



Enid Blyton

**ULTIMO CURSO EN
TORRES DE MALORY**

se

Un curso más y diremos adiós a Torres de Malory. Algunas saldrán de aquí siendo grandes éxitos del pensionado, otras no habrán aprendido tanto en su estancia, pero a todas nos ha cambiado este colegio y sus queridas profesoras.

El compañerismo, la decencia y la honestidad son la firma que siempre llevaremos en nuestros corazones.



Enid Blyton

Ultimo curso en Torres de Malory

Torres de Malory 6

ePub r1.0

Ishamael 10.08.13

Título original: *Last term at Malory Towers*

Enid Blyton, 1951

Traducción: C. Peraire del Molino

Ilustraciones: Pablo Ramírez

Diseño de portada: Pablo Ramírez

Editor digital: Ishamael

ePub base r1.0



Capítulo 1

EL PRIMER DÍA

«¡*Mi último curso!* —pensó Darrell, mientras terminaba de arreglarse para bajar—. ¡*Éste sí que es el último!* ¡*Pronto cumpliré dieciocho años!* ¡*Soy casi una persona mayor!*!».

—¡Darrell! —gritó Felicity desde el piso inferior—. ¿Es que no vas a terminar nunca? Papá pregunta si piensas irte hoy o mañana.

—¡Ya voy! —gritó a su vez Darrell. Recogió su raqueta de tenis y su maletín y bajó las escaleras, de dos en dos, como siempre.

Su hermana menor, Felicity, estaba esperándola. Ambas ataviadas con el uniforme de *Torres de Malory*: falda color castaño oscuro, blusa blanca, corbata color naranja y sombrero de paja adornado con una cinta anaranjada.

—Es la última vez que nos vamos juntas vistiendo este uniforme —dijo Darrell, con cierta solemnidad—. El próximo curso irás tú sola, Felicity. ¿Te gustará?

—No tiene importancia —respondió Felicity, alegremente—. ¡De todas formas, tú lo pasarás estupendamente cuando vayas a la universidad!, y ¡no adoptes ese aire tan solemne!

—¡La última vez es siempre horrible! —comentó Darrell.

Las dos hermanas salieron corriendo hacia el coche. Su padre había empezado a tocar el «claxon». «¿*Por qué siempre tenían que hacerle esperar? ¿Es que no sabían que era la hora de salir?*».

—¡Gracias a Dios que por fin habéis llegado! ¡Venga, adentro! Y ahora, ¿vuestra madre dónde está? ¡Verdaderamente, en nuestra familia haría falta un pastor para que cuidara todo el día de su ganado! ¡Ah, ahí llega!

Mientras la señora Rivers entraba al coche, Felicity descendió otra vez de él. Su padre, que no había reparado en la fuga, puso el automóvil en marcha. Darrell gritó:

—¡Papá, papá, frena! ¡Falta Felicity!

Éste miró con sorpresa el asiento posterior.

—Pero si vi cómo subía... ¡Bendito sea Dios! ¿Dónde habrá ido ahora?

—Habrás olvidado despedirse del gato, supongo —comentó Darrell—. Siempre tiene que despedirse de todo, incluso de la carpa china del estanque. Yo hacía lo mismo, pero nunca derramé lágrimas, como ella.

Felicity llegó corriendo y subió al coche, diciendo:

—¡Olvidé despedirme del jardinero! Me ha prometido que cuidará de mi semillero y contará las fresas que se recojan en las matas que yo planté. ¡Oh, es triste tener que decir adiós a todo!

—Pues no lo hagas —aconsejó Darrell.

—Es que me gusta. Después de haberme despedido de todo y de todos, noto una sensación de bienestar, que me da ánimos para soportar el colegio. Oye, estoy pensando si aquella horrible

Josefina volverá. Siempre decía que deseaba volver a América. Espero que se haya ido.

—Yo también lo desearía —añadió Darrell, recordando la voz estridente y los malos modales de Josefina Jones—. No sé por qué, pero no encaja en *Torres de Malory*. No comprendo por qué la directora la aceptó.

—Supongo que lo haría creyendo que la disciplina de *Torres de Malory* podría corregirla y sacar provecho de ella —contestó Felicity—. Realmente no son muchas las chicas que no sacan provecho, ¡incluso yo he mejorado!

—¿De verdad? —exclamó Darrell, fingiendo sorpresa—. ¡Cuánto desearía que no fuera mi último curso! Parece como si el tiempo no hubiera pasado desde mi ingreso, hace seis años. Entonces era una chiquilla de doce años.

—Bueno, ya estamos poniéndonos tristes otra vez dijo Felicity, alegremente. —No has de ser tan egoísta, y deja que otras puedan ser tan felices como tú. Has sido capitana de deportes durante uno o dos cursos, jefa de grupo en varias clases, y ahora eres la jefa del curso, y has ostentado el cargo durante dos cursos. ¡Yo nunca llegaré a tanto!

—¡Espero que sí! —contestó Darrell—. De todas formas, estoy contenta porque Sally terminará también los estudios y ambas iremos a la universidad y continuaremos juntas. Papá, no te olvides de que debemos recoger a Sally.

—No me olvidaré —repuso su padre.

Al poco rato, tomó la carretela que les conducía a la casa de Sally. Muy pronto estuvieron rodando por la entrada del jardín.

En las escaleras centrales, Sally ya estaba aguardándolos desde hacía un rato. La acompañaba su hermanita de seis o siete años.

—¡Hola, Darrell! ¡Hola, Felicity! —saludó Sally—. Ya estoy preparada. Mamá, ¿dónde estás? ¡Los Rivers han llegado ya!

La hermana de Sally gritó:

—¡Yo también iré a *Torres de Malory* dentro de seis años!

—Eres muy afortunada, Dolly —le respondió Felicity—. Es el mejor colegio del mundo.

Sally subió al coche y se colocó entre las dos hermanas. Agitó la mano en un adiós a sus padres y se pusieron otra vez en marcha.

—¡Es la última vez que hacemos este viaje, Darrell! ¡De todo corazón desearía que fuese la primera!

—¡Oh, no empieces tú también! —cortó Felicity—. Desde que salimos de casa, Darrell no ha cesado de lamentarse.

—¡Insolencias no, Felicity Rivers! —dijo Sally, haciendo una mueca—. Recuerda que tú solamente eres una pipiolo de segundo.

—Ya iré a tercero el próximo año —replicó Felicity—. Estoy subiendo de categoría, aunque el tiempo no transcurre tan veloz como yo desearía.

—A ti te parece ahora muy lento —dijo Sally—. Pero cuando llegues al último curso, te parecerá que todo ha pasado en un abrir y cerrar de ojos.

Siguieron hablando sin parar, mientras duró el viaje; pero, cuando se aproximaron a *Torres de*

Malory, Sally y Darrell permanecieron silenciosas. Siempre les había gustado prestar atención a la primera visión de su hermoso colegio, con sus cuatro torres, una a cada extremo.

Sus ojos pudieron contemplar a placer aquel gran edificio cuadrado de piedra color gris claro, asentado en lo alto de un acantilado, que abruptamente iba a morir en el mar. En cada ángulo del edificio se alzaban unas redondas torres. La *Torre Norte*, *Torre Sur*, *Torre Este* y *Torre Oeste*. El colegio parecía más bien un viejo castillo. En lontananza se oteaba el azulado mar de Cornualles.

—¡Ya estamos llegando! —cantó Felicity—. Papá, acelera a ver si puedes alcanzar el coche que nos precede. Estoy segura de que Susana va en él.

Otro coche los alcanzó en aquel momento, pasándoles a una velocidad supersónica. El señor Rivers tuvo que frenar bruscamente.

—¡Ése es el coche de Josefina! —exclamó Felicity—. ¿Habéis visto nunca un monstruo parecido?

—¡Monstruo, ésta es la palabra adecuada! —refunfuñó su padre—. ¿Crees que es correcto conducir así y a tal velocidad en un camino vecinal?

—¡Oh, siempre conduce así! —dijo Felicity—. El padre de Jo no puede permanecer sentado tras el volante si no corre a noventa millas por hora. Dice que tiene cuatro coches, papá, y todos grandes como ése.

—¡Puede guardárselos! —replicó su padre, coléricamente. Tenía el mismo carácter que Darrell, explosivo—. Si lo veo en el colegio, le diré cuatro palabras sobre su manera de conducir. ¡Realmente es un cerdo en la carretera!

Felicity soltó un chillido de alegría.

—¡Oh, papá, has encontrado el nombre apropiado! Es exactamente como un cerdo, terriblemente gordo, con ojos de cerdito. Jo es idéntica a él.

—Entonces espero que no sea amiga tuya —reconvino su padre.

—¡No lo es! —contestó Felicity—. Mi amiga es Susana. Bueno, ya hemos llegado, ahí está la reja... Y ahí están June y Julia, y Pam. ¡Pam, Paaamm!

—¡Vas a dejarme sorda! —protestó la señora Rivers, riendo. Luego, volviéndose hacia su marido, le dijo—: Querido, hoy no podrás aparcar en las escaleras de la entrada principal, hay muchos coches, y los autocares del colegio que han recogido a las niñas que han llegado por tren.

La Gran Avenida parecía un enjambre de abejas revoloteando cerca del panal; pero estas abejas de uniforme eran algo más ruidosas que las naturales.

—¡Meten más ruido que los fanáticos de un partido de fútbol! ¡Siempre me divierte comprobar que las niñas son tan escandalosas como los chicos! —manifestó el señor Rivers.

Darrell, Felicity y Sally se apearon, empuñando sus raquetas y sacos de mano. Pronto se vieron rodeadas de una multitud de excitadas niñas.

—¡Darrell, no me escribiste!

—Felicity, ¿has visto a Julia? Le han permitido traerse su pony «*Jack Horner*». ¡Es estupendo!

—¡Hola, Sally qué morena estás!

—¡Ahí está Alicia! ¡Aliciaaaa! ¡Betty! ¡Vaya, todo el inundo llega al mismo tiempo!

Un hombre de recia voz y una mujer demasiado emperifollada se abrían paso a través de la

multitud, para llegar al flamante coche americano, que momentos antes había casi arrollado el automóvil del señor.

—Adiós, Jo —estaba diciendo él a su hija—. Aunque seas la última de la clase, no te preocupes. Yo siempre lo fui. No les hagas mucho caso a tus profesoras. Haz lo que te apetezca y procura pasarlo lo mejor posible.

Sally y Darrell se miraron con profundo disgusto. No era sorprendente la forma de ser de Jo si su padre le hablaba así. ¡Y qué voz!

El padre de Jo Jones parecía estar muy satisfecho de sí mismo. Hizo una mueca a las furiosas muchachas. Hinchó él pecho y dio una palmada en la espalda de su pequeña y gordinflona hija.

—¡Bueno, hasta la vista, Jo! ¡Si quieres comida extra, dínoslo!

Vio al señor Rivers que le estaba mirando, le hizo un signo con la cabeza, sonriéndole, y le preguntó muy alegremente:

—¿Usted también tiene una niña aquí, verdad?

—Tengo dos —repuso el señor Rivers, con su voz clara y firme—; pero si no llego a desviarme hacia la valla y frenar rápidamente cuando usted quiso avanzar en esta estrecha carretera, quizás en este momento no tendría ninguna de mis dos hijas. Conduce usted irresponsablemente.

El señor Jones se quedó sorprendido. Echó una rápida mirada para ver si alguien lo había oído y, al comprobar que muchas de las muchachas estaban escuchando, después de mirar altivamente al señor Rivers, se marchó sin abrir la boca.

—¡Muy bien, papá! —le dijo Felicity, que estaba cerca de ellos—. Seguro que nadie se atrevió a decirle una cosa parecida, como lo has hecho tú. Mira, ahí viene Jo, que es idéntica a su padre.

Jo miró a Felicity y al señor Rivers con el ceño fruncido. Naturalmente no había oído el comentario de Felicity, pero estaba presente cuando el padre de Darrell llamó la atención al suyo, y se consideraba ofendida. «*Es igual —pensó—, se lo haré pagar a Felicity durante todo este curso*».

—Queridas, tenemos que marchamos —manifestó la señora Rivers, saliendo del coche—. ¿Tenéis ya todo lo vuestro? ¡Adiós, queridas mías! Adiós, Sally. Divertíos mucho. El trimestre de verano es siempre el mejor de todos.

El coche desapareció. Felicity se mezcló con la multitud, perdiéndose pronto de vista. Sally y Darrell andaban más reposadamente, como correspondía hacerlo a dos «*educadas jovencitas de sexto*».

—Es agradable estar en la cumbre —comentó Darrell—, pero envidio los gritos y alborotos de las de segundo. ¡Fíjate qué tropa!

Capítulo 2

LA LLEGADA DE LAS ANTIGUAS Y NUEVAS ALUMNAS

Darrell y Sally subieron las escaleras y se dirigieron hacia el gran vestíbulo.

—Subamos a nuestro estudio —propuso Darrell—. Dejaremos allí nuestras cosas y después daremos una vuelta.

Subieron, pues, a la pequeña y acogedora habitación que compartían ambas alumnas. Las de sexto tenían una habitación destinada a estudio, que ocupaban dos chicas. Tanto Sally como Darrell adoraban esta pequeña habitación. Habían cubierto el suelo con una blanda alfombra que la señora Rivers les había regalado; y en las paredes habían colgado alguno de sus cuadros preferidos. Completaban la decoración unos almohadones que las respectivas madres habían cedido a sus hijas y algunas miniaturas de porcelana china o madera, representando perros y caballos en la repisa de la chimenea.

—¿Quién ocupará esta habitación el próximo curso? —preguntó Darrell, mientras iba hacia la ventana y miraba a su alrededor—. Es una de las más bonitas.

—Es el mejor estudio —contestó Sally, hundiéndose en uno de los sillones—. Unas de quinto lo ocuparán el año que viene; ¡qué afortunadas!

Las de sexto tenían además una sala común, donde había un aparato de radio, una librería y varios armarios para el uso de las chicas.

Cuando hubieron deshecho las maletas, puesto en marcha los dos relojes y colocado algunos nuevos adornos, dijo Darrell:

—¿Podemos ir a presentarnos al ama?

—¿Tienes el certificado médico? —preguntó Sally—. No sé si Irene habrá traído el suyo. Casi todos los trimestres se olvida de traerlo. Me gustaría que esta vez, por ser la última, le ocurriera lo mismo.

Darrell sonrió. El certificado médico de Irene era la broma permanente del colegio.

—Yo tengo también el de Felicity. Vamos a entregarlos ahora.

Bajaron y encontraron al ama en medio de una multitud de chicas que estaban entregándole sus certificados médicos y las de los primeros cursos el dinero para que se lo guardara.

Una voz saludó a Darrell y Sally:

—¡Hola! ¡Ya estamos otra vez aquí!

—¡Irene! —exclamaron a la vez Sally y Darrell.

Irene había cambiado muy poco de como la recordaba Darrell seis años atrás. Quizá mayor, y desde luego más alta, pero continuaba siendo la misma cabeza loca. No obstante, era un genio en música y muy brillante en matemáticas. Solamente en cosas simples y triviales era una cabeza de chorlito.

—¡Irene! —gritó el ama, que se había desesperado todos los trimestres con lo del certificado

médico de la chica—. ¿Tendré que aislarte este trimestre también por haber olvidado el certificado médico, o te has dignado acordarte de traerlo?

—¡Aquí está, ama! —contestó Irene, y le alargó un sobre, guiñándole un ojo a Sally y Darrell. El ama sacó del sobre una fotografía de la muchacha en traje de baño.

—¡Irene, esto es una fotografía! —reprendió el ama, molesta.

—¡Oh, perdón, ama! Le he dado un sobre equivocado —se excusó la joven, y le dio otro sobre.

El ama lo abrió, y mirando a Irene con el ceño colérico, exclamó:

—¡Basta de bromas! ¡Esto es una licencia de perro!

—¡Caramba! —dijo Irene—, aquí es donde había ido a parar la licencia del viejo «Rover».

Perdone, ama, estará en este otro sobre.

Todas estaban riéndose. Alicia se unió al grupo de chicas que estaban alrededor del ama disfrutando de lo lindo. La mujer abrió el tercer sobre y empezó a reír. Ésta vez se trataba de una postal inteligentemente dibujada en la que se veía al ama regañando a Irene por haberse olvidado su certificado médico. Belinda, la amiga de Irene, la había dibujado y puesto en lugar de la certificación para gastar una broma.

—Guardaré este dibujo como recuerdo tuyo, Irene —comentó el ama—. Lo colgaré para que sirva de advertencia a todas las niñas de mala memoria. Bueno, y ahora, ¿quieres decirme dónde tienes el certificado?

El «documento» fue por fin entregado por Belinda al ama, que se mostró satisfecha.

—Supongo que tenías que seguir la tradición y perder tu certificado por última vez —dijo, sonriendo—. Bien, ahora, June, dame el tuyo. ¿Y el tuyo, Jo?

Felicity llegó, y Darrell lo aprovechó para entregarle su certificado. Luego se fue con Alicia y Sally para ver quién había llegado.

—Seguro que ésta es Bill —manifestó Darrell de repente al oír ruido de cascos de caballo por la avenida—. Me pregunto cuántos hermanos vendrán con ella esta vez.

Wilhelmina, llamada Bill para acortar, tenía siete hermanos y todos aficionados a la equitación. Algunos de ellos la acompañaban al colegio cabalgando, lo cual siempre era motivo de gran sensación. Las chicas corrieron hacia la ventana para poder verla.

—Sí, es Bill, pero solamente con tres de sus hermanos —dijo Sally—. Supongo que esto quiere decir que otro está cumpliendo el servicio militar o que ha empezado a trabajar. Mirad, con ellos va Clarisa con su pequeño caballo «*Patas alegres*».

—Y allí está Gwen —dijo Alicia, con cierta malicia en la voz—. Cuántas veces la hemos visto despedirse enternecida de su madre. Fijemos nuestros ojos en esta tierna despedida. ¡Será la última!

Pero Gwen estaba en guardia: demasiadas veces había oído a las chicas imitar sus llorosas despedidas. Salió del coche muy solemne, pero dignamente. Besó a su madre y a su antigua institutriz, la señorita Winter. No dejaría que se pusieran tontas esta vez. Pero no besó a su padre al despedirse.

Él le gritó:

—¡Adiós, Gwen!

—¡Adiós! —repuso Gwen, pero con voz tan seca que todas las chicas se miraron con sorpresa.

—Ha habido bronca. Supongo que su padre le ha reñido por culpa de sus tonterías. Es bueno para Gwendoline Mary que haya en la familia alguien que sea razonable.

La madre de Gwen estaba enjugándose los ojos con un pañuelo. El automóvil arrancó y desapareció por la avenida. Gwen entró en la habitación detrás de las otras.

—¡Hola! —saludó—. ¿Habéis pasado unas buenas vacaciones?

—Hola —correspondió Darrell—. ¿Y tú?

—Regulares —repuso Gwen—. Mi padre ha sido un estorbo horrible.

Las otras no dijeron nada. Gwen no entendería nunca que no estaba bien criticar a sus padres en público.

—Mamá lo había arreglado para que pudiera ir a Suiza, a un maravilloso colegio de perfeccionamiento —siguió Gwen— que es muy caro. Toda la gente de postín manda a sus hijas allí. La hija de lady Jones Tregenttone también ha ido, y..., «*La misma Gwen de siempre*», pensaron Darrell y Sally con disgusto; creída de sí misma, vanidosa, tonta. Le volvieron la espalda, comprendiendo que nada en el mundo haría cambiar a Gwen, enseñándole a ser, simplemente, una sencilla y bondadosa muchacha.

A Gwen no le importaba en absoluto hablar a la gente que le había vuelto la espalda, o sea, que sin inmutarse continuó:

—Cuando ya estaba todo arreglado, papá dijo que era demasiado caro, y que todo esto eran tonterías, y que lo que tenía que hacer era buscarme un trabajo. ¡Un trabajo! Dijo además...

—Considero que no debes hablar así —la reprendió Darrell—. A tu padre no le gustaría oírte explicar todas estas interioridades.

—¡No me importa nada! —repuso Gwen—. Ha intentado estropeármelo todo; pero ya le dije claramente lo que pensaba de él: yo tengo mi propio camino. ¡Me iré!

Sally miró a Darrell y a Alicia. Éste era el último curso de Gwen. Había estado seis años en *Torres de Malory* durante los cuales había sufrido severas reprimendas, pero parecía que no había asimilado ninguna de las virtudes que le habían enseñado.

«*Y probablemente nunca lo aprenderá* —pensó Dandi—. *Es demasiado tarde para ello*». Y salió de la habitación con Sally y Alicia, todas profundamente molestas. Gwen las miró con el ceño fruncido y resentida. Las chicas abandonaban muy a menudo a Gwen sin que ella pudiera hacer nada para retenerlas.

«*Se han marchado cuando iba a explicarles algunas de las cosas que le dije a papá* —pensó Gwen—. *Bueno, estoy contenta porque casi no me he despedido de él. ¡Yo soy su única hija y me trata de esta manera! Bueno, ahora se habrá dado cuenta del poco afecto que siento por él*».

Estaba tan poseída de sí misma y de su victoria que olvidó por completo la tristeza y la añoranza que normalmente fingía sentir. Dio una vuelta y se encontró con la pequeña Mary-Lou. Ésta había crecido, pero su timidez y el complejo de inferioridad se mantenían iguales.

Mary-Lou siempre escuchaba a todo el mundo, y Gwen empezó a contarle todo lo que ya les había dicho a las otras. Mary-Lou la miró con asco y exclamó:

—No creo que hayas podido decirle todo eso a tu padre. No te considero tan grosera como para

hacerlo.

Y la pequeña Mary-Lou le volvió también la espalda abandonándola con cierto desdén. Gwen, súbitamente, comprendió que, si no era más comedida, se vería despreciada por todas sus compañeras.

Cuando llegó la hora de la cena, las chicas pudieron comprobar quiénes habían llegado y quiénes no. También pudieron contemplar a las alumnas nuevas, que habitarían en la misma torre. Darrell y sus amigas habitaban en la *Torre Norte*, que daba al mar. Consideraban que era la mejor y más confortable, aunque las otras chicas de las restantes torres pensaban lo mismo de las suyas.

Darrell estaba segura de que no encontraría ninguna chica nueva en sexto. Era muy raro que alguna muchacha entrara en *Torres de Malory* el último curso. Quedó, pues, sorprendida al ver dos caras nuevas en la mesa de las de sexto.

Una de las chicas era alta y fuerte, y con cierto aire varonil, con un pelo muy corto y pies grandes y largas piernas. La otra era menuda y de graciosa silueta.

Mademoiselle Dupont presentó a la chica con una de sus radiantes sonrisas.

—Niñas, ésta es Suzanne, sobrina de *Mademoiselle Rougier*, que está en la *Torre Sur*; pero como allí no hay sitio estará con vosotras, en el sexto grado, y debe aprender cuanto antes vuestro idioma, ¿verdad, Suzanne?

—«*Certainement, Mademoiselle Dupont*» —contestó con voz modesta. Y miró rápidamente a todas las de sexto con sus brillantes ojos negros, y de nuevo los bajó tímidamente. Darrell sintió cierta simpatía por ella.

—«¡*Ah, non!*» —exclamó *Mademoiselle*, riñéndole—, no debes decir ni una sola palabra en francés; tienes que decir: «*ciertamente*» y no «*certainement*».

—«*Sierta-a-mentee*» —repitió la chica, arrastrando las palabras. Las otras niñas se rieron. Darrell dio un codazo a Sally, y le dijo en voz baja:

—Va a pasarlo estupendamente con *Mademoiselle*, y nosotras nos vamos a divertir con Suzanne.

Capítulo 3

PLANES PARA EL PORVENIR

Mademoiselle se volvió entonces hacia la otra chica.

—Y ésta es..., ¿cómo te llamas? —preguntó a la robusta recién llegada—. ¿Amanda Shoutalot?

Las chicas rieron. La recién llegada dirigió una mirada alta a *Mademoiselle*, diciendo:

—No, Amanda Charletow.

—¡Ah, esto es lo que he dicho! —protestó *Mademoiselle*—. Amanda Shoutalot. ¡Pobre Amanda! Su colegio se quemó bajo el fuego. «¡*Helas!*». Ya no existe.

Nadie supo qué contestar. Amanda tomó otra rebanada de pan ignorando a *Mademoiselle*. Gwen entró, con cara larga, en la conversación:

—¡Oh, Señor, qué cosa tan horrible! ¿Resultó alguien herido?

—No —repuso Amanda, sirviéndose más ensalada—. Ocurrió durante las vacaciones. Probablemente lo leísteis en los periódicos. Se llama *Torres de Trenigan*.

—¡Ah, sí...!, leí algo —dijo Sally, recordándolo—. ¡*Torres de Trenigan!* . Es uno de los más famosos colegios en deportes, ¿verdad? Quiero decir que vosotras ganabais todos los partidos en que tomabais parte. Y también todos los campeonatos de tenis y todas las copas de *lacrosse*^[1].

—Así era —respondió Amanda—, pero ahora todo esto ha terminado. No han podido encontrar otro edificio rápidamente, o sea, que todas hemos tenido que dispersarnos y buscar otros internados. No sé cuánto tiempo estaré aquí, quizás un curso, quizás algo más. En *Torres de Malory* sois poco deportistas, ¿verdad?

Esto era demasiado. Aunque proviniese de un colegio cuya reputación brillaba en el aspecto deportivo, no debía ser tan despectiva.

—No somos estrellas, pero tampoco se nos puede considerar «*malas*».

—Quizá podrías darnos algunas lecciones —insinuó Alicia con voz suave, y que muchas chicas reconocieron como peligrosa.

—Quizá lo haga —repuso Amanda, y ya no volvió a hablar.

Las muchachas contemplaron a su nueva compañera y supusieron que por su complexión anatómica debía de ser muy fuerte. Su estatura rayaría en un metro setenta y siete centímetros. ¿Cuánto pesaría?

«*Debe de pesar unos setenta y tres kilos* —pensó Darrell, comparando a Amanda con la elegante y esbelta chica francesa—. ¡*Demonio!*, y tendremos que aguantarla todo el curso. Será difícil dominarla».

Sally estaba pensando lo mismo. Era capitana de juegos de todo el colegio, un cargo muy importante. Lo que Sally disponía, tenían que cumplirlo tanto las de sexto como las de primero. Sally era una jugadora estupenda de tenis y *lacrosse*, y una de las mejores nadadoras de *Torres de*

Malory. Nadie, excepto Darrell, podía ganarle en tenis, y esto pocas veces.

Echó otra mirada a la imperturbable y altiva Amanda. Sería muy difícil darle órdenes, especialmente porque Amanda quizá demostraría ser mejor tenista y nadadora que Sally. Ésta no era tan robusta como Amanda, pero sí fuerte y ágil.

—¡Has tenido suerte en encontrar plaza en *Torres de Malory*! —barbotó Gwen.

—¿Ah, sí? —repuso Amanda, fríamente, mirando a Gwen como queriendo decir que no le gustaba.

Gwen parpadeó. Qué chica tan horrible. Esperaba que Alicia pudiera enfrentarse con ella. Alicia podía hacerse cargo de cualquiera. Su afilada lengua era la más viperina de todo el colegio.

—Supongo que tomarás parte en los Juegos Olímpicos —manifestó Alicia con sarcasmo—. Se celebrarán el año próximo en México.

—¡Oh, sí, tengo intención de presentarme a cinco pruebas! —contestó Amanda con calma—. Mi entrenador en *Trenigan* dijo que tenía que ganar por lo menos dos para ser seleccionada.

Las chicas suspiraron. Alicia, sorprendida con una respuesta que nunca se habría imaginado, quedó apabullada y sólo se atrevió a murmurar:

—Tenemos que sentirnos muy honradas de que estés entre nosotras, Amanda.

—Gracias —repuso Amanda sin mirarla.

—Amanda es tan grande, tan grrrande —empezó a decir *Mademoiselle*, tomando por timidez la poca afabilidad de Amanda—. Sally, quizá puedas ponerla en el segundo equipo, debe ser buena de verdad jugando al tenis. «¿*N'est-ce pas?*».

Nadie contestó. Sally simplemente asintió, y *Mademoiselle* continuó bajo la impresión de que estaba haciendo algo para que aquella enorme Amanda se encontrara a sus anchas.

—¿Cuánto mides, Amanda? —le preguntó, teniendo la extraña impresión de que medía dos metros de altura. La elevada estatura de Amanda hizo que *Mademoiselle* se sintiera enormemente baja cuando habían entrado juntas...—. ¿Y cuántas..., cómo se dice, «*arrobas*» pesas?

Hubo un gran alboroto de risas en toda la mesa. Incluso Amanda se dignó sonreír. *Mademoiselle* miró a su alrededor, indignada.

—¿Qué he dicho? ¿Es que arrobas no es correcto?

—No. «*Kilogramos*», *Mademoiselle* —contestaron a coro las niñas con gran contento—. El peso de las personas se mide por kilos y no por arrobas.

—Arrobas o kilos es lo mismo —dijo *Mademoiselle*—. ¡Oh, nunca aprenderé a hablar el inglés!

El timbre sonó para poner fin a la comida. Todas las chicas se levantaron riendo. Querida *Mademoiselle*, sus equivocaciones podrían llenar un libro.

Darrell y Sally subieron a su estudio para hablar y chismorrear un poco. El grupo lo formaban las de siempre: Sally, Alicia, Belinda, Irene, Mary-Lou, Bill y Clarisa. Mavis no estaba.

—Sin Mavis esta habitación está muy silenciosa —empezó Sally—. Veremos cómo se le da la carrera de canto que ha iniciado. Quizás un día iremos todas a uno de sus conciertos para aplaudirla.

—Yo también echo de menos a la quieta Jane —dijo Darrell—. Está estudiando para

diseñadora de vestidos; estoy segura de que triunfará. ¿Os acordáis del vestidote tan maravilloso que nos hizo cuando representamos la comedia musical?

—Catherine también se ha ido —terció Alicia—. ¡A Dios gracias! En mi vida había conocido una persona tan pesada. No me sorprende que la llamáramos «*santa Catherine*».

—No será tanto —intervino Mary-Lou con lealtad—. Su único defecto era el de querer sacrificarse por los demás.

—Y siempre lo hacía al revés —dijo Bill—. Siempre estaba haciéndose la mártir. ¿Qué es lo que va a hacer?

—Se va a quedar en casa ayudando a mamita —dijo Alicia con cierta malicia—. Le va pero que ni pintado. Mamita se cree una especie de inválida, supongo, y Catherine podrá disfrutar a sus anchas haciendo el papel de la pequeña hija sacrificada.

—¡No seas mala, Alicia! —amonestó Mary-Lou—. Catherine era muy generosa, aparte de ser tan pelma.

—¿Ves? Tú lo has dicho: pelma —dijo Alicia sonriendo a Mary-Lou—. No te acalores ni te preocupes, mujer. Esto es sólo un viejo y agradable chismorreo. ¿Qué vas a hacer tú, Mary-Lou, cuando te vayas el próximo año?

—Me iré antes —repuso Mary-Lou—. Ya lo he decidido. En septiembre empezaré a estudiar para enfermera. Pienso especializarme en pediatría. Realmente nunca he pensado en otra cosa. Cursaré mis estudios en el Hospital de Grent Ormon Street. Ya está todo arreglado.

Las otras miraron a la tranquila, leal e idealista Mary-Lou. Inmediatamente cada una de ellas vio que había escogido la mejor carrera y la más adecuada a su idiosincrasia. Ser enfermera era una vocación. Una siente que tiene que hacer algo por los demás por el bien de la gente. Era absolutamente adecuado para Mary-Lou.

—Creo que has elegido la profesión que más te cuadra —comentó Darrell con calor—. Es la más indicada para tu manera de ser. ¡Qué suerte van a tener los niños que tú cuides!

Mary-Lou estaba contenta y turbada, al mismo tiempo. Miró a las cuatro y dijo:

—¿Qué es lo que vamos a ser todas? Es fácil saber lo que va a ser Belinda.

—Sí —repuso ésta—. Yo seré actriz. Siempre lo he sabido; naturalmente es fácil cuando una está dotada para ello, y no se puede hacer otra cosa que hacer uso de estas dotes.

—Irene estudiará música —dijo Darrell—. Es fácil adivinarlo. Y Bill, ¿qué pensáis hacer tú y Clarisa? ¡Estáis tan locas por los caballos las dos que no puedo imaginaros en un empleo que no sea montando a caballo!

Clarisa miró a Bill y dijo:

—Has dado en el clavo, nuestro trabajo será montando a caballo, ¿verdad, Bill?

Bill asintió y dijo:

—Clarisa y yo vamos a dirigir juntas una escuela de equitación.

—¡No es posible! —exclamaron las otras, divertidas y curiosas.

—¡Sí lo es! Ya lo decidimos las pasadas vacaciones —exclamó Clarisa—. Yo estaba en casa de Bill, y nos llegó la noticia de que se vendían unos establos; hemos decidido comprarlos, llevar nuestros caballos, comprar otros nuevos y empezar una escuela de equitación. No está muy lejos

de aquí. Nosotras hemos pensado que sin duda la señorita Grayling nos permitirá que a las alumnas de *Torres de Malory* que lo deseen les demos clases de equitación.

—¡Bueno! —dijo Alicia con honda admiración—. ¡Vosotras dos sois unos «*Corceles Negros*»!

Hubo muchas risas como respuesta a la broma de Alicia. Bill hizo una mueca, nunca hablaba mucho, pero era una muchacha de gran determinación. Nadie puso en duda el éxito asegurado de la escuela de equitación de Bill y Clarisa.

—Os prometo desde ahora que todas mis hijas serán alumnas vuestras cuando vengan a *Torres de Malory* —manifestó Alicia con una simpática mueca—. ¡Vaya par de mosquitas muertas! ¡Ya os lo teníais todo apañado y sin decirlo a nadie!

Se produjo un corto silencio. Parecía como si todas supiesen lo que iban a hacer cuando dejaran el colegio. Como si hubieran escogido adecuadamente.

—Bueno, Sally, Alicia, Betty y yo —aclaró Darrell— ingresaremos en la universidad de San Andrés, en Escocia. Y ¡cómo nos vamos a divertir!

—Será una sensación rara ser otra vez las más jóvenes en vez de las mayores, como aquí —dijo Belinda—. Y supongo que tú, Darrell, estudiarás literatura para llegar después a ser escritora.

—No lo sé —manifestó Darrell—, Sally y yo no somos tan afortunadas como Irene y tú. No tenemos ningún don, ni vocación, como Mary-Lou. Tenemos que hallar qué es lo que mejor se adapta a nosotras, y esto tendremos que buscarlo en la universidad. Tendremos que emplear nuestro cerebro en ello. Estaremos con gente muy inteligente.

Sally se levantó.

—¿Dónde pusimos las galletas, Darrell? Hablar siempre me abre el apetito. Ésta es una de las cosas que me hacen pensar que aún no somos mayores, incluso llegamos a creer que es nuestra manera de ser. ¡Siempre tenemos apetito! Las personas mayores no parecen tenerlo nunca.

—¡Para que nuestro apetito disfrute de largos años de vida! —dijo Alicia cogiendo una galleta—. ¡Y para que nuestras sombras no adelgacen!

Capítulo 4

EN LA HABITACIÓN DE LA SEÑORITA GRAYLING

Al día siguiente todo el mundo se despertó al tocar la campana para anunciar que debían vestirse. Las nuevas se sentaron en la cama, sorprendidas por la desacostumbrada campana matinal. Las de segundo refunfuñaron y dieron media vuelta para poder echar otro sueñecito. Eran un grupo de perezosas todas las de segundo. Darrell estaba siempre burlándose de su hermana Felicity.

—Sois un grupo de niñas perezosas —la reprendió—. Siempre tenéis que correr para llegar a tiempo a la hora de desayunar, y os presentáis con vuestras corbatas a medio anudar y los zapatos sin atar. Me sorprende que la señorita Parker no os imponga centenares de castigos.

—¡No te preocupes, que ya lo hace la vieja miss Olfato! —murmuró Felicity—. ¿En tus tiempos era, también así, Darrell? ¡Siempre olfateando esto y lo otro!

—Esto a ti no debe preocuparte —repuso Darrell, recordando cómo una vez, estando en segundo, había bajado a desayunar con un solo calcetín puesto—. ¿Qué? ¿Cómo se porta esa desagradable Josefina?

—Arrojando todo su peso a su alrededor, como de costumbre —repuso Felicity—. A Susana y a mí no nos importa mucho; pero cuando se mete con June, ésta se enfurece y la destroza a fondo. ¡Le está bien empleado!

Darrell estaba segura de que June era capaz de destrozar a quien ella quisiera, como decía Felicity. June era la prima pequeña de Alicia; una niña fuerte y de carácter agresivo. Se había suavizado un poco desde su llegada a *Torres de Malory*. Se parecía mucho a Alicia y tenía también una lengua mordaz y viperina. Le gustaba tender trampas y engaños, y sus compañeras de curso tenían que mantener los ojos muy abiertos si no querían ser víctimas de sus pesadas tretas.

Al principio, todo el mundo podía gastar una broma a *Mademoiselle* Dupont y salirse de ella sin castigo. Pero últimamente la cosa se ponía un poco difícil, desde que *Mademoiselle* se había enterado de que existían unos folletos explicativos facilitados por los fabricantes de artículos de bromas. Ahora había hecho un estudio intensivo de los mismos, y estaba mucho más alerta.

—¿Te acuerdas cuando *Mademoiselle* nos jugó aquella broma a todas nosotras? —dijo Felicity, sonriendo mientras lo recordaba—. Se compró un juego de dientes postizos de celuloide y se los puso encima de los suyos, ¿recuerdas? Y cuando sonreía a alguien le daba un susto de muerte. ¡Tenía un aspecto tan monstruoso!

—Sí que me acuerdo, nunca lo olvidaré —repuso Darrell—. Querida y vieja *Mademoiselle*, cómo deseo que nos gaste otra broma también este último año. ¡Porque ésta es su única broma, hasta ahora!

Una o dos niñas no habían llegado aún. Moira, de sexto, era esperada hoy. Ella y Sally se compenetraban muy bien planificando los deportes, preparando horarios, partidos, y organizando encuentros. Pero aparte de esto, Moira era una chica que no gozaba de mucha simpatía.

—Está siempre tan segura de sí misma —comentaban las chicas—, tan engreída, tan altiva cuando anda. ¡Nunca se equivoca! ¡No se puede contradecir a la grande y encopetada Moira!

Darrell vio a Amanda, la nueva de sexto, que pasaba por allí. Sus andares le recordaban a Moira, y sonrió para sí misma.

—¿Cómo congeniarán Moira y Amanda? ¡Será divertido verlas a las dos juntas! Éste año habrá serias peleas. Bueno, siempre es más interesante cuando ocurren cosas. No me gustaría que mi último año en *Torres de Malory* fuera aburrido.

Después del baño se dirigió a la sala común para encontrar a las otras de su clase. Sally, Mary-Lou y Belinda ya estaban allí.

—La campanada que anuncia la primera clase va a sonar dentro de poco —advirtió Darrell—. Supongo que es mejor que bajemos ya.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Darrell.

Una de las niñas de segundo, con mirada asustada, asomó la nariz por la puerta y empezó a hablar:

—Perdón, dice...

—Entra —le ordenó Belinda—. Nos gusta conocer el cuerpo a que pertenece la cara. ¡No te vamos a comer!

La de segundo entró en la habitación.

—Por favor —empezó—, la señorita Grayling pregunta si alguna de vosotras quiere acompañar a las recién llegadas a su despacho. Ha dicho que no sea la nueva de sexto. Está esperando.

—De acuerdo —contestó Darrell—. ¿Las recién llegadas están aguardando en el vestíbulo como de costumbre?

—Sí —repuso la asustada muchacha. Y desapareció agradecida.

—Yo acompañaré a las niñas —dijo Mary-Lou, levantándose.

Las recién llegadas siempre tenían que ir a ver a la directora al día siguiente de su llegada. A la señorita Grayling le gustaba darles una idea de lo que se esperaba de ellas en *Torres de Malory*, y como una regla, ninguna de las niñas olvidaba nunca estas palabras tan graves. Darrell tampoco las había olvidado. Las recordaba en estos momentos, y alzó su mano para detener a Mary-Lou.

—Mary-Lou, déjame que sea yo quien las acompañe, y de todas formas es mi trabajo; y además, siento la necesidad de oír a la señorita Grayling hablando a las recién llegadas de la misma forma que nos habló una vez a nosotras.

—De acuerdo —contestó Mary-Lou, comprendiéndola.

Darrell salió de la habitación y se dirigió hacia el vestíbulo. Las recién llegadas estaban allí. Eran cinco en total. Tres de primero, una de segundo y otra de tercero. Todas ellas tenían el semblante preocupado y asustado.

—Es la jefa de las niñas —cuchicheó una de tercero—. ¡Cuidado!

Nadie tenía la menor intención de no tener cuidado. Las pequeñas de primero miraron con ojos agrandados a la «*alta e importante*» muchacha de sexto. Darrell recordó cuan asustada estaba seis

años atrás, y sonrió bondadosamente.

—Vamos, «peques», seguidme. Y no os asustéis. ¡Habéis venido a uno de los mejores colegios del Reino Unido! ¡Tenéis mucha suerte!

Darrell acompañó a las cinco niñas al despacho de la directora y, deteniéndose ante la puerta, llamó con gran decisión.

Una honda y familiar voz contestó:

—¡Adelante!

Darrell abrió la puerta y dijo:

—¡Le traigo a las nuevas internas, señorita Grayling!

—Gracias, Darrell —contestó la directora. Estaba sentada ante una mesa de despacho escribiendo. Una dama de cabellos grises, rostro sosegado, brillantes ojos azules y boca decidida.

Miró a las cinco temblorosas muchachas que estaban frente a ella. Sus azules ojos iban de una a otra, examinándolas minuciosamente.

Darrell estaba pensando, ¿qué es lo que veía en ellas? ¿Es que veía el bien y el mal? ¿Podía ver cuál de ellas sería apta para ser algo en el colegio, y cuáles serían sus fracasos cotidianos?

La señorita Grayling habló a cada una de las niñas con voz clara, pero profunda. Después, gravemente, se dirigió a todas. Darrell la escuchaba con tanta atención como las mismas jovencitas, recordando las palabras dichas seis años atrás.

—Quiero que me escuchéis unos minutos. Un día, vosotras dejaréis este colegio y entraréis en el mundo como mujeres jóvenes y tendréis que hacerlo con mente clara y corazón bondadoso. Tendréis que tener comprensión para muchas cosas y grandes deseos de aceptar responsabilidades para mostrar a los demás que sois mujeres aptas para amar y para que confíen en vosotras. Todas estas cualidades podéis aprenderlas en *Torres de Malory*, «si vosotras queréis».

Hizo una pequeña pausa. Cada una de las muchachas la estaba escuchando atentamente.

—No considero un éxito ganar premios y sobresalientes en los exámenes, aunque esto sea muy agradable —continuó la directora—. Las que triunfan son aquellas que han aprendido a ser buenas de corazón, amables, sensatas y en las que se puede confiar. Buenas y sanas mujeres. Las que salen así son un éxito y un orgullo para el colegio. Nuestro fracaso son las que, a pesar de los años, no aprenden estas cosas.

Darrell deseaba poder ver el interior de las cinco niñas. ¿Qué es lo que estarían pensando las cinco recién llegadas? ¿Estarían decidiendo sobre su porvenir, como lo había hecho ella un día? ¿Pensarían que podrían llegar ellas a ser uno de los éxitos de *Torres de Malory*? Las cinco niñas suspiraban mientras miraban a la señorita Grayling, y la escuchaban.

—Para algunas de vosotras será fácil aprender estas cosas. A otras les será difícil —continuó diciendo la directora—; pero sea fácil o difícil, son cosas que tenéis que aprender si queréis sentirnos felices una vez que dejéis este colegio; y, sobre todo, si queréis hacer la felicidad de los que os rodean.

La señorita Grayling se detuvo y miró a Darrell, que estaba escuchando con tanta atención como las jovencitas.

—Darrell —preguntó la señorita Grayling—. ¿Recuerdas que dije estas mismas palabras

cuando llegaste por primera vez aquí?

—Sí, señorita Grayling —repuso Darrell—. Y nos dijo algo más: «*Todas vosotras sacaréis mucho provecho de Torres de Malory, procurad dar algo a cambio*».

—Recuerdo haberlo dicho —asintió la señorita Grayling—. Pero ahora he de añadir algo. Seis años atrás dije estas mismas palabras a Darrell, y ella es una de las que más provecho ha sacado de nuestras enseñanzas aquí; pero también es la alumna que ha dado más a cambio de ello. Ninguna tanto como ella.

Las cinco niñas miraron con admiración a su jefa. No podían imaginársela niña de doce años; no obstante, la señorita Grayling la recordaba perfectamente.

—Podéis retiraros —ordenó la directora, satisfecha del aspecto de las cinco niñas.

«*Éstas niñas tienen madera —pensó— para ser mañana jefas de clase y capitanas de deportes, y posiblemente jefas de todo el colegio*».

Darrell se volvió para retirarse.

—Espera, Darrell —rogó la directora—, y cierra la puerta.

Así lo hizo Darrell y volvió junto a la mesa. Sentía cómo le subían los colores a la cara. ¡Estaba tan contenta del elogio hecho por la señorita Grayling! Miró tímidamente a la directora.

—Tú eres uno de nuestros éxitos, Darrell —le dijo la señorita Grayling—. Uno de nuestros grandes éxitos, junto con Sally y Mary-Lou. Creo que sólo tenemos un lamentable fracaso, un completo fracaso, en tu grupo, y sólo le queda este año para poder cambiar. ¿Sabes a quién me refiero, verdad?

—Sí —contestó Darrell—, Gwendoline.

La señorita Grayling asintió.

—Quizá tú la conozcas mejor que yo, ¿se puede hacer algo con ella? Éste año he tenido las más desagradables entrevistas con sus padres sobre su porvenir. La madre quería una cosa, el padre otra. Su padre, naturalmente, estaba en lo cierto; pero me han dicho que finalmente ha tenido que claudicar. Darrell, si es que puedes, desearía que hicieras lo posible por hacer entrar en razón a Gwendoline y tratar de convencerla sobre el punto de vista de su padre, de lo contrario la familia se dividirá, y serán todos muy desgraciados.

—Lo intentaré —afirmó Darrell, pero con voz tan dudosa que la directora comprendió perfectamente que la muchacha veía difícil poder hacer algo—. Conozco toda la historia, señorita Grayling. Gwen nos ha dado su versión, pero es del todo imposible hacer entrar en razón a esa muchacha cuando se le mete algo en la cabeza.

—Bueno, es igual —replicó la directora, sonriendo—. ¡Puedo muy bien soportar a veinte como Gwen, mientras tenga alguna como Darrell y Sally!

Capítulo 5

EN EL AULA DE LA SEÑORITA OAKES

Darrell salió del despacho de la directora sintiéndose tan feliz y contenta de sí misma que se habría puesto a cantar y bailar a grandes saltos. ¡Ella era uno de los éxitos! Siempre lo había deseado, pero había perdido la paciencia tantas veces que no quería recordarlo. Con gran pesar suyo había llegado a la conclusión de que, aunque no era un completo fracaso, tampoco era un completo éxito.

Pero, si la señorita Grayling opinaba que era un éxito, no tenía que defraudarla. Balanceándose, se fue hacia la clase de sexto. Abrió la puerta y entró silenciosamente.

—Lo siento, señorita Oakes, llego con retraso porque he tenido que acompañar a las recién llegadas al despacho de la señorita Grayling.

—Sí, lo sé. Mary-Lou ya me lo ha indicado. Estábamos hablando del trabajo para este próximo trimestre. Las que obtuvisteis la calificación superior tendréis que trabajar en grupos separados, sólo algunas clases las haréis en común. Habéis trabajado duramente en los dos trimestres pasados, y no creo que encontréis difícil el presente; pero tendréis que manteneros al mismo nivel que alcanzasteis.

Darrell asintió. ¡Deseaba tanto pasar al superior con una buena calificación! Estaba segura de que Sally lo haría, y, en cuanto a Alicia y Betty, con su excelente memoria y rápida comprensión, no dudaba de que obtendrían éxito, y pensó: «*Seguro que lo sacarán*». ¡Eran todas tan estudiosas!

—¡No me interesa conseguir el grado superior! —dijo Gwen—. De todas formas, supongo que tendré tiempo para presentarme en los exámenes de mi colegio de Suiza, ¿verdad, señorita Oakes?

A la señorita Oakes no le interesaba el futuro colegio de Gwen, como tampoco sentía ningún interés por esta alumna.

—¡No estás preparada para sacar el título superior, aunque vayas a otro colegio! —le respondió fríamente—. Lo único que espero es que durante este trimestre trabajes más que los anteriores, Gwendoline. Será muy difícil que modifique la opinión que tengo formada de tu capacidad intelectual, a menos que, a partir de estos momentos, te esfuerces muchísimo.

Gwen miró a su alrededor en busca de la sonrisa de Maureen, pero no la encontró. Maureen siempre se ponía contenta cuando alguien incomodaba a Gwen. Las otras chicas habían adoptado un aire distraído, y esquivaban encontrarse con la mirada de Gwen.

—Amanda, tengo entendido que, si fuera posible, tenías la intención de presentarte para el grado superior —dijo la señorita Oakes volviéndose hacia la robusta y sólida muchacha recién llegada—. Pues bien, ¿quieres sacarlo aquí? Tengo entendido que lo han dejado a tu elección, pues, como tú sabes, puedes estudiarlo al año próximo, si es que así lo deseas.

—Gracias, señorita Oakes. No deseo sacarlo este año. Me encontraría desorientada habiendo tenido que estudiar con diferentes profesoras. En vez de esto, tengo intención de trabajar de firme

en deportes, ya que pretendo ser seleccionada para los Juegos Olímpicos del próximo año —repuso Amanda.

Solamente las niñas de la *Torre Norte* sabían la noticia. Las chicas de las otras torres se quedaron boquiabiertas ante la afirmación de Amanda. ¡Ir a los Juegos Olímpicos! O estaba completamente loca, o era muy buena en deportes.

—Ah, sí —repuso con calma la señorita Oakes—; olvidaba que vienes de *Torres de Trenigan*. Bueno, Amanda, comprobarás, afortunadamente para ti, que los deportes en este colegio están a buen nivel, y muy bien dirigidos.

Amanda la miró con incredulidad, pero no hizo ningún comentario. De todas formas se le veía decidida a meter su nariz en todos los deportes que se celebrasen en *Torres de Malory*. Sally se sentía un poco incómoda, pero divertida. Moira estaba furiosa, miró a Amanda y decidió bajarle los humos cuanto antes.

«*Si tratas de interponerte, pronto verás que no gasto bromas, aunque Sally te lo permita*», pensó Moira, mostrando cierta fiereza en sus pensamientos, que se reflejaban en su cara, de tal forma que Belinda puso la mano en el pupitre para sacar su libro de bocetos, el que todas las chicas llamaban «*el libro del ceño fruncido*», y que contenía la más preciosa colección de rostros coléricos o malhumorados; pero, indudablemente, los mejores eran los de Gwen.

¡Cómo deseaba Gwen apoderarse de este antipático cuaderno de Belinda! Pero ésta lo guardaba celosamente y tenía un estupendo escondite que Gwen nunca pudo averiguar.

—¡No, Belinda, no! —cortó la señorita Oakes, que de lejos distinguía «*el libro del ceño*», al ver que ésta lo había sacado—. No queremos bocetos de ceños en esta sesión. Irene, ¿podrías dejar de tabletear con los dedos en tu pupitre?

—¡Oh, perdón! —repuso Irene, dejando de teclear—. No lo puedo remediar. Cada vez que una nueva canción viene a mi pensamiento, me pongo a tararearla. Es el ritmo y la melodía del aire que sopla allí, entre los árboles, sua, ssuuuaaa, ssuuaa, hace así, y esto me produce...

—¡Irene! ¿Es que no quieres hacer caso de mi advertencia? —gritó la señorita Oakes impacientemente. Nunca estaba segura de si Irene se perdía entre el vacío de sus canciones, como ella decía, o si lo hacía para divertirse y hacer reír a sus compañeras, lo cual representaba un perjuicio para toda la clase.

Pero Irene se lo tomaba con gran seriedad. Vivía a medias entre el mundo de la música y el mundo terrestre. Cada uno de estos mundos chocaba con el otro, estaba perdida. Era capaz de componer una canción durante un dictado de francés en vez de escribir las palabras de la profesora; pero es que también era igualmente capaz de entregarlo. *Mademoiselle* se había sorprendido al encontrarse varias veces con páginas de verbos franceses, atiborrados de notas musicales.

Hasta ahora la niña francesa había permanecido sentada con los ojos a medio cerrar, mientras duraba el discurso de la profesora. De pronto ésta le habló, lo que hizo dar un salto a Suzanne.

—¡Suzanne! ¿Me estás escuchando?

—«*Pólice*» —preguntó Suzanne, y la señorita Oakes la miró sorprendida.

—Quiere decir «*please*» —corrigió Darrell riendo—. Continúa diciendo «*pólice*» cada vez que

no entiende una cosa en vez de decir «*please*»^[2] ¿verdad Suzanne?

—¿«*Pólice*»? —dijo Suzanne sin comprender Una palabra de lo que decían—. ¿«*Pólice*», Darrell? «*Je ne comprends pas*».

—Bueno, Suzanne, tendrás que escuchar con ojos y oídos muy atentos —recomendó la señorita Oakes—. O de lo contrario no aprenderás una sola palabra de inglés mientras estés aquí. Tengo entendido que has venido para aprender el idioma. Para hablar correctamente el inglés.

—¿«*Pólice*»? —repitió Suzanne, sus grandes ojos negros estaban muy abiertos—. Yo lo «*decir mucho*» mal.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó la señorita Oakes.

—Dice que habla muy mal el inglés —aclaró Sally.

—Entonces tendrá que tomar clases particulares —afirmó la profesora con firmeza.

—¡No, no quiero yo esto! —repuso Suzanne con igual firmeza.

—¡Ah! ¿Entonces habías comprendido lo que decía? —replicó la señorita Oakes, recelando de la inocente Suzanne.

—¿«*Pólice*»? —replicó Suzanne otra vez, y la suspicaz profesora tuvo que abandonar la partida. Decidió hablar privadamente con *Mademoiselle* Rougier acerca de la pretendida estupidez de su sobrina. Y empezó a dar instrucciones sobre el trabajo que tenían que preparar para el trimestre, qué libros tenían que elegir y qué trabajos deberían preparar las chicas por sí solas.

—Me gusta la vieja Oakes —comentó Darrell en un momento de descanso—; pero muchas veces desearía que tuviese más sentido del humor. No sabe distinguir cuando se trata de una broma; pero siempre sospecha que hay alguien que quiere burlarse de ella.

—Sí, siempre recela de Irene y sus tonadas —asintió Belinda—. Y de verdad que Irene suele viajar a menudo con las musas musicales. Miradla ahora: «*ssua, ssuuaa, ssuua*», frente a la ventana con los ojos perdidos entre los árboles.

Alicia sonrió maliciosamente. Fue hacia Irene y le tocó amistosamente en el hombro.

—¡Oye, Irene! —dijo—. Déjame jugar a mí también. «*Ssuua, ssuua*». ¡Vamos, juguemos a trenes!

Y ante la sorprendida Irene, que no comprendía lo que estaba pasando, más de la mitad de las de sexto habían formado una fila y estaban jugando «*a trenes*» por detrás de Irene, remedando el ruido de la locomotora.

Amanda las miraba con desdén. «*Vaya colegio* —pensó—. *Si estuviéramos en Torres de Trenigan todo el mundo estaría practicando tenis en el campo o cualquier otro deporte, en vez de perder tontamente el tiempo*».

—No te muevas, no te muevas, Amanda —le rogó Belinda, que la había sorprendido y estaba sacando una rápida caricatura en su cuaderno. Amanda no tenía idea de lo que estaba haciendo. Era tan nuevo para ella, que ni siquiera sabía que Belinda supiera dibujar. Luego comprobó con horror que Belinda había sabido captar la expresión de su cara, y quiso apoderarse del cuaderno, pero Belinda lo quitó de su alcance.

—Yo no tenía ese aspecto —protestó Amanda, enfurecida—. Sólo estaba pensando en que, si estuviera en mi antiguo colegio no estaríamos perdiendo tontamente el tiempo; estaríamos al aire

libre, practicando el servicio del tenis o algo sensato.

—¿De veras? —intervino Moira, fríamente—. Supongo que se te habrá pasado por alto el hecho de que en este momento está lloviendo.

En realidad Amanda no se había dado cuenta. Estaba demasiado ocupada despreciando a las demás por sus tonterías. Se puso en un rincón donde estaba la radio, después de echar a Moira una mirada desagradable, la cual fue devuelta con la misma intensidad por Moira. Darrell consideró que no había ninguna diferencia entre ambas miradas.

Empezó a manipular el aparato y, casualmente, encontró la noticia de algún acontecimiento deportivo. El comentarista estaba muy excitado, y su voz recia y el volumen del altavoz elevado resonaban en la sala común, donde las chicas pasaban su recreo; pero, debido al pequeño incidente ninguna se atrevía a decirle que lo pusiera más bajo. Pasados unos diez minutos, Darrell dio un codazo a Sally y le indicó la ventana. Había cesado en aquel momento de llover. Sally sonrió.

Ambas hicieron señas a las demás y empezaron a escabullirse de la sala sin que Amanda se diera cuenta. Una por una salieron de puntillas y Darrell cerró silenciosamente la puerta. Se dirigieron al cuarto de aseo, encontraron sus armarios y se pusieron las zapatillas de tenis, cogieron sus raquetas y salieron corriendo hacia las pistas.

—¡Confiemos en que no nos vea! —jadeó Moira.

Efectivamente, Amanda no las vio... Cuando finalizó el reportaje, cerró la radio. Inmediatamente se percató del silencio que reinaba en la estancia. Estaba vacía. Oyó voces en el jardín y el ruido de las pelotas al ser golpeadas. Se dirigió a la ventana y se enfurruñó. «*¡Lo han hecho para hacerme rabiar!*», pensó Amanda.

Las chicas regresaban riéndose, cuando sonó la campana.

—¡Lástima que no sintiera ganas de practicar Amanda! —dijo Moira—. No importa, ¡tendré mejor suerte la próxima vez!

Capítulo 6

EN LA PISCINA

Como de costumbre, las chicas se adaptaron pronto a las diversiones del trimestre de verano. Era mejor que los otros, pues tenía el aliciente de la natación, que era una fuente de diversión. Tenían para ello una estupenda piscina natural, una pequeña bahía limitada por las rocas.

Las chicas que deseaban bañarse cada mañana antes del desayuno bajaban corriendo los escalones del paso del acantilado hacia la piscina. Llevaban los trajes de baño y algo encima, cubriéndolas.

A la mayoría de las muchachas les gustaba mucho la piscina; a otras, las menos, no les gustaba en absoluto. Las que no sabían nadar, estaban asustadas. Las que no gustaban del agua fría, odiaban la piscina. Gwen era una de éstas, y Maureen también.

La chica nueva francesa también tenía horror al agua. Un día fue a ver a las que se bañaban y dio un chillido en cuanto una gota le cayó encima.

—No seas simple, Suzanne —le riñó la señorita Potts, que era la encargada de turno a la hora del baño—. Si chillas como una de las pequeñas, te haré quitar el vestido y meterte dentro. No comprendo cómo *Mademoiselle* no lo hace.

Mademoiselle, desde luego, nunca hizo meterse en el agua a ninguna chica que no lo deseara. Ella también tenía aversión al agua fría, así como también la profesora de francés de segundo. *Mademoiselle* Rougier era la tía de Suzanne, y ninguna de ellas comprendía la loca afición que tenían todas las escuelas inglesas por las competiciones y los deportes de natación.

—Me voy —dijo Suzanne a la siguiente salpicadura de agua.

—¡No te irás! —ordenó la señorita Potts—. ¡Quédate aquí! Aunque no se te pueda convencer de aprender a nadar, puedes contemplar a las demás.

—¿«Pólice»? —dijo Suzanne, con la cara arrebolada. La señorita Potts deseaba ardientemente tener bajo su autoridad a Suzanne, aunque sólo fuese por un día. Estaba absolutamente convencida de que entonces Suzanne no se habría atrevido a exteriorizar su endiablada manera de ser otra vez.

Gwendoline y Maureen, aunque sabían nadar, tardaban siglos en decidirse a entrar en el agua fría. Esperaban a que todas estuviesen dentro, pues menudeaban los empujones «casuales», propinados por Alicia, Moira o Betty, que eran equivalentes a un baño de impresión inesperado. Éste chapuzón era el que más odiaba Gwen.

La piscina era muy linda, sobre todo en los días soleados y de hermoso cielo azul. El color del cielo se reflejaba en el agua y, después de varias semanas de calor estival, estaba el agua deliciosamente templada; hasta que llegó la marea, que ensució la piscina y dejó el agua helada, a Darrell le gustaba tanto la piscina, que incluso, cuando no se bañaba, se llevaba los libros para estudiar allí, y soñaba contemplando los reflejos azulados de las aguas.

Moira y Sally eran muy buenas nadadoras, y Darrell no se quedaba atrás; pero Amanda las

ganaba a todas. Era la mejor nadadora del colegio. La primera vez que entró en el agua, cuando ya todas jadeaban, ella cruzó toda la piscina en línea recta con la más poderosa braza que las chicas habían visto nunca.

—¡Atiza, cómo nada! —exclamó Darrell—. Nunca he visto nada semejante. Es buena para ir a la Olimpiada. Podría ganarnos a todas.

Amanda no se contentaba con la piscina, pese a que era espaciosa y honda, y suspiraba por el mar.

—Iré a nadar al mar —dijo.

—No está permitido —le advirtió Darrell, que estaba a su lado, secándose—. Hay una corriente muy peligrosa allí cuando sube la marea alta.

—Las corrientes no son peligrosas para las nadadoras fuertes como yo —repuso Amanda, y dobló los brazos para enseñarle a Darrell sus fuertes músculos.

También tenía fuertes y largas piernas. Su forma de caminar era pesada y sin gracia alguna, en la vida ordinaria; pero, cuando practicaba algún deporte, o nadaba, tenía gracia atlética. Era fascinante observarla.

Las niñas la contemplaban con admiración, y a menudo bajaban a la piscina, cuando había corrido la voz de que Amanda estaba allí, sólo para verla.

—¿Por qué no entrenas a alguna de esas jovencitas, Amanda? —le repuso Sally un día. Como jefa de deportes de la escuela estaba siempre alerta buscando a alguien que adiestrara a las jóvenes.

—Puede que sí —repuso Amanda, con cara aburrida—. Siempre y cuando no sea perder el tiempo.

—¡Bueno, si tienes ganas! —intervino indignada Moira, que estaba junto a ellas escuchando.

Moira no era simpática, pero al menos trataba de ayudar a las jóvenes en los deportes que dominaba y había sido una gran ayuda para Sally.

—Nunca hemos tenido que dedicarnos a las jóvenes en *Trenigan* —dijo Amanda, secándose tan enérgicamente que se le puso la piel roja—. Teníamos suficientes instructoras que se cuidaban de las niñas. Parece que aquí tenéis pocas monitoras de deportes.

Darrell, ante esta crítica a *Torres de Malory*, se encolerizó interiormente. Había suficientes maestros en el colegio, sólo que en *Torres de Malory* no se hacía un culto del deporte, como en *Trenigan*. Éste gran fallo, según Amanda, hacía que mirara con desprecio a los demás.

Sally vio la cara que ponía Darrell y, dándole un codazo, le dijo mientras Amanda se marchaba:

—No vale la pena que le repliques. Tiene una cara tan dura, y está tan segura de su porvenir, que nuestras palabras no llegarían a impresionarla. Debió disgustarse mucho cuando *Trenigan* se desvaneció en humo, y probablemente odia a *Torres de Malory*, porque todo es nuevo para ella, y no puede sobresalir en lo suyo, los deportes, como le sucedía allí.

—Es afortunada por haber venido aquí —refunfuñó Darrell, todavía malhumorada. Sally se rió. Hacía mucho tiempo que no veía a Darrell perder los estribos. Anteriormente solía perderlos a menudo, y conmovía a la escuela entera con sus arrebatos. Pero ahora sabía dominarse, y

raramente se salía de sus casillas.

—No dejes que esa chica te excite —le recomendó Sally—. Créeme, es mucho más probable que me ponga nerviosa a mí. Es exasperante con la cuestión del tenis, ¡ni siquiera cree que merece la pena jugar un partido con nosotras! Desde luego, ha logrado irritar a Moira. El día menos pensado habrá bronca.

Las chicas del segundo curso llegaron corriendo hasta la piscina para bañarse. Felicity gritó:

—¡Hola, Darrell! ¿Te has bañado? ¿Qué tal está el agua? ¿Verdad que tiene un aspecto estupendo?

—¡Fantástico! —dijo Susan, su amiga, en cuanto se hubo descalzado y metió un pie—. ¡Caramba! Cada día está mejor. Apresúrate, Felicity, cuanto antes nos metamos, más tiempo podremos permanecer dentro de ella.

A Darrell aún le sobraba un poco de tiempo, así que permaneció con Sally y Moira para observar a las más jóvenes. Ante la inminente y cada día más cercana hora en que debería abandonar el colegio, Darrell se esforzaba en que las alumnas más jóvenes mantuvieran con dignidad las grandes tradiciones de *Torres de Malory*, y en particular quería asegurarse de que lo hiciera su hermana Felicity.

La observó con orgullo. Ella y Susan se sumergieron rápidamente y con fuertes y gráciles brazadas nadaron a través de la piscina y regresaron.

—Tu hermana se está imponiendo —comentó Moira con Darrell—. El año pasado estuvo muy bien, y este año va progresando. Creo que si mejora su revés, podríamos probarla en uno de los equipos.

—Así lo espero —dijo Darrell, deseando que Felicity se luciera—. Susan también es una gran nadadora, pero mucho menos veloz. ¡Hola! ¿Quién es ese delfín?

Una joven, obesa y desgarbada, se encontraba en pie, tiritando, al lado de la piscina. Alguna de las chicas de segundo curso que ya estaban dentro del agua, le gritaron:

—¡Métete, Jo! ¡Venga, gordita! Si no te apresuras, sólo podrás permanecer en el agua dos minutos.

Para la gordita y cobarde Jo, incluso dos minutos eran demasiado. Desenvuelta y descarada en todo lo demás, el agua fría la acobardaba. Había suplicado a su padre que intercediera para que la dispensaran de la natación. Le faltó tiempo al buen señor para llamar telefónicamente a la directora y pedirle que no obligara a su hija a practicar la natación si la chica no quería.

—¿Por qué? —repuso fríamente la señorita Grayling—. ¿Se lo ha prohibido el médico?

—¡No, pero yo sí! —replicó el escandaloso señor Jones, vociferando por el auricular—. ¿No es suficiente?

—Me temo que no —repuso la señorita Grayling, con su firme y decisiva voz—. Las chicas de *Torres de Malory* están todas sujetas a las normas y disciplina del colegio, a menos que exista una contradicción médica. Según los informes que me ha pasado la profesora de gimnasia, la aversión que siente su hija no es por la natación, sino por tener que zambullirse en agua fría. Creo que usted estará de acuerdo conmigo en que Josefina debería vencer esa aprensión, en vez de que el agua fría derrote a Josefina.

El señor Jones había estado a punto de descubrir que él siempre había detestado el agua fría, y no veía por qué Jo no podía ser igual que él. Pero de repente cambió de parecer. Había algo en la fría voz de la directora que él advirtió. Bruscamente colgó el teléfono. Si persistía, quizá la señorita Grayling le respondiese que buscase otro colegio.

Así que, con sorpresa y disgusto, Jo recibió la contestación de su padre informándole que no podía dispensarla del ejercicio de la natación. Por lo tanto, cada día se veía obligada a bajar a la piscina y tiritar de temor al borde de ésta, hasta que, inevitablemente, era empujada o arrastrada dentro por alguna desdeñosa chica del segundo curso. ¡Incluso algunas de primer curso habían llegado a empujarla!

Hoy fue Felicity la que se acercó sigilosamente por detrás, y de un tremendo empujón la lanzó a la piscina. Jo subió a la superficie, boqueando y balbuceando, enfadadísima. Cuando logró escupir el agua que le había entrado en la boca, se volvió hacia la risueña Felicity.

—¡Bruta! Ésta es la segunda vez que me haces esto. Pero espérate, ya me las pagarás por ello. ¡Eres tan mala como tu padre!

—¿Qué ha hecho mi padre? —preguntó divertida Felicity.

—¡Fue descortés con el mío! —contestó Jo—. Porque al adelantaros, tu padre se vio obligado a arrimarse a la valla. Yo lo vi.

—Bueno, nosotros nos tuvimos que arrimar a la valla y hoy tú te has tenido que arrimar al agua —exclamó Felicity—. «Ojo por ojo». Ahora estamos iguales. Cuidado, ¡voy a zambullirme!

Se sumergió en el agua para asir por las piernas a Jo. Ésta gritó y pataleó, hasta que su cabeza desapareció otra vez bajo el agua. Surgió nuevamente, furiosa. Luchó por alcanzar el borde de la piscina y llamó a Sally.

—Sally, ¿no puedes lograr que Felicity deje de hacer el tonto en el agua? Siempre me tira de los pies.

—Entonces aprende a nadar —le contestó Sally—. Procura que te enseñen. Siempre te escabulles en cualquier entreno. Ten cuidado, viene alguien más que va por tus piernas.

¡Pobre Jo! Por mucho que fanfarroneara y se jactara y pavoneara fuera del agua, era la más insignificante de las jóvenes de primer curso cuando estaba dentro de la piscina.

Capítulo 7

DARRELL Y GWEN

Darrell había confiado en que su último curso transcurriría muy despacio. Sally también.

—Quiero saborear cada momento, durante este último curso —dijo Darrell—. Sé muy bien que lo pasaremos estupendamente en la universidad de San Andrés, pero quiero tanto a *Torres de Malory*, que deseo que el tiempo transcurra lo más lentamente posible. Quiero marcharme recordando cada detalle. No quiero olvidarlo nunca.

—Bueno, recordaremos todas las cosas que deseemos recordar —dijo Sally—. Nos acordaremos de todas las bromas que gastamos a *Mademoiselle*, del paisaje marino que divisamos desde las ventanas de la clase, del aspecto de la piscina cuando la baña el sol. También nos acordaremos del ruido que hacen las chicas cuando salen al recreo.

—Y recordarás a la querida Gwen y sus maneras —le dijo Alicia, que se encontraba cerca—. Nunca te olvidarás de ellas.

—¡Oh, Gwen! —exclamó Darrell, exasperada al pensar en ella—. No me importaría olvidarme de todo lo relacionado con ella. Está estropeando nuestros últimos días con su tonto comportamiento.

—Ciertamente que se comporta de una forma muy irritante —convino Sally.

A Gwen nunca le había gustado *Torres de Malory*, debido a que no había sabido adaptarse a sus costumbres e ideales. Era una chica malcriada, egoísta y tonta. Y, sin embargo, creía ser una muchacha muy atrayente y agradable. A la última chica de la clase parecida a ella, Maureen, la detestaba. Podía observar en Maureen los mismos o similares defectos que ella tenía y quizás al verse reflejada en otra persona, le producía tal aversión.

Gwen no cesaba de hacer comentarios elogiosos sobre su próximo colegio. «*Está en Suiza, ¿sabes?* —repetía cientos de veces—. *Es el mejor colegio que allí existe. Se llama un «Pensionado», y es muy, pero que muy selecto».*

—Bueno, espero que acaben contigo —dijo Alicia—. Ya es hora de que algo acabe contigo.

—Ésa salida carece de gracia, Alicia —repuso Gwen con un aspecto muy digno—. Es propia de una chica de primer curso.

—Tus palabras y razonamientos me transportan al primer curso —le replicó Alicia—. Me hacen pensar en cosas tontas, como sacar la lengua y gruñir «*aaah*»; principalmente, cuando glosas tu fantástico colegio. No comprendo por qué no te fuiste ya este curso, y no nos dejaste disfrutar en paz los últimos días de nuestra estancia aquí.

—Tuve que librar una tremenda batalla para ir —respondió Gwen.

Todas las presentes suspiraron. Ya habían escuchado demasiadas veces la versión de la «*titánica lucha*» sostenida con su padre.

—Apuesto a que no dijo ni la mitad de las cosas que ella cuenta —comentó Alicia a Darrell—.

Ningún padre lo toleraría, y el señor Lacey ha colocado a Gwen muchas veces en su sitio anteriormente.

Sin embargo, era cierto que Gwen, con una falta total de respeto al dador de sus días, le había dicho a su padre frases intolerables. Había sido tan descortés porque se sentía apoyada por su madre, la señora Lacey, que se había propuesto enviar a Gwen a un pensionado de renombre donde su hija pudiese hacer «*buenas amistades*».

Lágrimas, reproches, malas caras, palabras crueles habían sido empleadas por la señora Lacey. Cuando ella fracasó, alentó a la hija para que continuara la lucha. La vieja institutriz, que adoraba a Gwen y sentía una gran admiración por la señora Lacey, se había escandalizado.

Gwen lo explicaba todo a sus recalcitrantes oyentes.

—La señorita Winter es una idiota. Sólo sabía decirme: «*Tu padre ya tiene otros problemas, Gwendoline. Hace tiempo que no goza de buena salud. ¿No crees que sería mejor no preocuparle tanto?*». Es tonta y débil. Siempre lo ha sido.

—¡Cállate! —le respondió Sally—. Me avergonzaría de tratar a mi padre de esta forma.

—Pues yo le dije: «*¿No soy acaso tu única hija? Me regateas un año de felicidad. Tú no me quieres. ¡Nunca me quisiste! Si de verdad me quisieras procurarías complacerme y con ello harías también feliz a mamá*».

—Te dije que te callaras —ordenó otra vez Sally—. No queremos oír tales infamias que en nada te favorecen.

—¡Oh!, quieres hacerte la virtuosa, ¿verdad? —replicó Gwen con su risita afectada—. Pero eso no es virtud, sino debilidad. No tienes arrestos para enfrentarte a tu padre, estoy segura.

—No es necesario enfrentarse a los padres cuando en una familia reina el amor.

De repente Darrell se levantó. Aquélla conversación la había disgustado. Pensó en su propio padre, el señor Rivers, un cirujano experto, trabajador, cariñoso, devoto de su familia. ¿Qué sensación de dolor le hubiese producido si ella, Darrell, se hubiera soliviantado diciéndole denuestos e improperios?

«*Se le partiría el corazón. Y estoy segura de que al señor Lacey le ocurrió lo mismo* —pensó Darrell—. *Supongo que quiere a Gwen, a pesar de que ella sea tan egoísta. ¿Cómo pudo comportarse así?*».

Cuando habló, el tono de su voz hizo que todas la miraran.

—Gwen, quisiera hablar contigo —dijo—. Ven a mi estudio.

Gwen se sorprendió. ¿Qué quería Darrell? El primer impulso fue negarse, pero se levantó. Sentía cierto temor ante la actitud de Darrell.

Mientras andaba hacia el estudio, Darrell recordaba las palabras de la señorita Grayling. ¿Tendría argumentos para influenciar a Gwen y demostrarle que estaba equivocada? Confiaba que sí.

—Siéntate —le dijo Darrell al entrar, indicándole un sitio a su lado.

—Espera que no vayas a sermonearme —advirtió Gwen.

—Bien. No pienso sermonearte —repuso Darrell—. Mira, Gwen, me siento muy apenada por tu padre.

Gwen estaba muy sorprendida.

—¿Apenada por mi padre? ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver contigo?

—En fin, nos has explicado tantas veces las discusiones familiares, nos las has hecho revivir tan a lo vivo que me has impresionado. Quiero decir que me has hecho pensar mucho en todas estas disputas y discusiones y disgustos; y me siento casi como formando parte de los actores.

Gwen, por una vez, estaba silenciosa. Darrell prosiguió:

—No pienso inclinarme a favor de nadie, respecto a quién tiene razón y quién no, Gwen. Tampoco criticaré a nadie. Por lo que tú has relatado, he llegado al convencimiento de que tu padre se siente desgraciado. Tienes lo que quieres, a expensas del sufrimiento mental de alguien que te quiere.

—Tengo que sostenerme sobre mis dos pies, ¿verdad? —murmuró Gwen.

—Sí, pero sin pisar a nadie —argumentó Darrell, y prosiguió conmovida—. ¿Quieres realmente a tu padre, Gwen? Yo no podría decirle al mío las palabras que tú dijiste al tuyo. Si en verdad de tu boca salieron aquellas frases tan crueles, deberías recapacitar un poco y reconocer que, dominada por el egoísmo o el furor, fuiste descortés. Deberías lamentarte de haber obrado así.

—¡No siento haberlas dicho! —repuso Gwen con voz dura—. Mi padre a menudo me ha hablado con aspereza.

—Bien te la merecías —dijo Darrell, empezando a perder la paciencia—. En varias ocasiones he hablado con él y creo que es un encanto. Tú no te mereces un padre así.

—Dijiste que no ibas a sermonearme —manifestó desdeñosamente—. ¿Cuánto tiempo vas a seguir así?

Darrell miró la estúpida cara de Gwen y se maravilló de que una persona de tan frágil apariencia pudiera ser tan dura y obstinada. Hizo otra tentativa, aunque ahora estaba segura de que nada lograría. ¡Nadie en este mundo podría impresionar a Gwen!

—Gwen —empezó—, tú comentaste que tu padre había argumentado que no podía permitirse el lujo de mandarte a Suiza. Si es así, él tendrá que privarse de algo para poder complacerte.

—Fue una excusa —replicó Gwen—. Mamá aseguró que podía costearme el internado. Además, también hizo el comentario de que ya era lo bastante tonta y que allí me volvería idiota; que la disciplina y trabajo me quitarían de encima una gran cantidad de tontería.

Tartamudeando al comenzar a sentir pena de sí misma, Gwen empezó a derramar lágrimas. Darrell la miró con desesperación.

—¿No podrías de alguna forma dirigirte a tu padre y decirle que lamentas tu comportamiento y estás dispuesta a aceptar sus decisiones y cumplirlas con docilidad?

Gwen empezó a gemir:

—¡Tú no comprendes! De ninguna manera podría obrar así. No voy a humillarme. Papá alardearía de ello a mi costa. Me alegro de que se sienta desgraciado. ¡Esto le servirá de lección! —terminó Gwen, maliciosamente.

Darrell, vencida, se levantó.

—¡Eres horrible, Gwen! No quieres a tu padre ni a ninguna otra persona. Sólo te quieres a ti

misma. ¡Eres monstruosa!

Salió de la habitación y se dirigió directamente a la de la señorita Grayling. Había fracasado absolutamente con aquella muchacha.

La directora tendría que intentarlo personalmente; Darrell se consideraba incapaz.

Se lo contó todo a la señorita Grayling. Ésta la escuchó gravemente.

—Gracias, Darrell —la animó—. Hiciste todo lo que pudiste. Yo no lo hubiese hecho mejor.

La obstinación de esa muchacha tendrá su castigo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Darrell, algo asustada.

—Sólo quiero advertirte que algún día deplorará no haber sabido humillarse y pedir perdón.

No te inquietes por ella. Hiciste cuanto pudiste para que modificara su conducta. Gracias, Darrell.

Capítulo 8

EL TRUCO DEL IMÁN

Darrell no iba a permitir que Gwen y su obstinación le estropearan ni un día de su precioso último curso. Caviló acerca de la entrevista en su estudio durante unas horas, deseando que el resultado hubiese sido fructífero; pero luego la ahuyentó completamente de su mente.

«*Sé que no puedo hacer nada más. He hecho cuanto estaba en mis manos, ¿de qué me sirve preocuparme por ello?*», pensó sensatamente. Ocupó su mente en asuntos de mayor interés: partidos de tenis, competiciones de natación. También pensó en sus padres y en la revelación que Felicity, entre risas, le había hecho el día anterior.

—¡Oh, Darrell! Susan se ha enterado de un truco estupendo por June. Es tan simple, ¡y tan seguro!

Darrell se sonrió. Era tan buena cosa ocupar un lugar elevado en el colegio, y ser un miembro importante del sexto grado; pero ello significaba que los trucos y las bromas ya no eran posibles ni permisibles. Simplemente, la seriedad de que se revestían las de sexto les imposibilitaba practicar truco alguno con cualquier profesora. La mera suposición de hacer víctima de alguno a la digna e instruida señorita Oakes era ya imposible.

Pero no había razón para que las más jóvenes no tuvieran su parte de diversión, como durante la época de Darrell. Así que ésta se sonrió y escuchó, mientras Felicity vertía su pequeña noticia en un aislado rincón del jardín.

—June va a conseguir un imán —dijo—. Es muy potente, a pesar de ser muy pequeño. Según June, lo bastante para esconderlo en la palma de la mano.

—Y bien. ¿Qué pensáis hacer con él? —preguntó Darrell. No parecía haber grandes posibilidades en una cosa tan vulgar como un imán.

Felicity empezó de nuevo a reír entre dientes.

—Escucha bien, Darrell —continuó—. Ya sabes en qué forma se peinan las dos *Mademoiselles*, ¿verdad?, con moños pequeños.

Darrell asintió, confusa. No veía en forma alguna qué tenían de común entre sí unos moños y un imán.

—*Mademoiselle* Rougier se lo coloca en la nuca y *Mademoiselle* Dupont lo monta en la coronilla. Ambas lo sujetan con horquillas.

Darrell miró fijamente a su hermana pequeña, y una luz empezó a aparecer.

—No querrás insinuar... ¡Oh, vaya, Felicity! ¡No te atreverás a sostener el imán cerca de cualquiera de las cabezas de las profesoras para hacer que las horquillas abandonen el pelo hasta irse al imán!

Felicity asintió, bailándole la risa en los ojos.

—Sí, eso es lo que pretendemos, Darrell; ¿verdad que es estupendo? ¡Es superior!

Darrell empezó a reírse.

—¡Es magnífico! Mira que haberseos ocurrido a vosotras un truco tan simple que nosotras nunca practicamos. Felicity, ¿cuándo vas a hacerlo? ¡Cómo me gustaría presenciarlo e incluso ponerlo en práctica!

—No puedes. Eres de las chicas mayores —repuso Felicity con aire escandalizado—; pero podrías idear alguna excusa, ¿verdad?, para venir y observarnos mientras hacemos ese truco. Pensamos practicarlo sobre *Mademoiselle Dupont* y *Mademoiselle Rougier* tantas veces como lo admitan sin sospechar de nosotras.

—Me parece que pronto se darán cuenta de vuestra intervención. Especialmente *Mademoiselle Rougier*. Más vale que tengáis cuidado con ella —aconsejó Darrell—. No tiene sentido del humor, como *Mademoiselle Dupont*.

—Tendremos cuidado —dijo Felicity—. Bueno, ¿puedes tener una excusa para entrar un momento en nuestra clase, si te decimos cuándo vamos a hacer el truco?

—Lo intentaré —contestó Darrell, aunque estaba convencida de que no podría, y en todo caso una sola vez; pues *Mademoiselle* podría sospechar algo si cada vez que apareciese en clase sus horquillas se caían.

Darrell lo contó al resto de la clase, con excepción de Gwen y Maureen, pues era difícil que guardaran el secreto. Amanda también estaba allí y, para sorpresa de todos, soltó de repente una carcajada. Al igual que su voz, su risa era muy sonora e hizo que todas se sobresaltasen. Nunca habían oído hasta ahora reírse a la envarada Amanda; estaba demasiado ocupada observándolo todo con aires de superioridad.

—Es fantástico —exclamó Amanda—. En *Trenigan* también hacíamos cosas parecidas.

—¿De veras? —preguntó Darrell, sorprendida. Y *Trenigan* subió algo en su estimación—. ¿Qué trucos practicabais?

Por primera vez Amanda se franqueó un poco y empezó una animada conversación sobre trucos, buenos y malos, seguros y peligrosos, unos fácilmente reconocibles, y otros que nunca fueron descubiertos. Era una conversación interesante.

Amanda tenía que reconocer que *Torres de Malory* tenía más agudeza en inventar y planear trucos que *Trenigan*.

—Bueno, en realidad, es debido a Alicia, por lo que tenemos tan buenas bromas —reconoció Sally—. Alicia tiene tres hermanos, y uno de ellos, Sam, solía mandarle siempre los trucos buenos que él utilizaba. Alicia, ¿te acuerdas del truco del estornudo?

—Oh, sí —repuso ésta—. Era una pequeña pelotilla que clavábamos en algún lugar cerca de *Mademoiselle*, en la pared o en cualquier sitio, no importaba, y cuando se le echaban algunas gotas de agua salada encima, emanaba un vapor invisible que hacía que la gente estornudara. ¡Y tendrías que haber visto estornudar a *Mademoiselle*!

—¡Aaaaaachiiiiiss! —imitó Sally de repente, y todas se sobresaltaron. Sally sonrió—. La pobre *Mademoiselle* empalmaba un estornudo detrás de otro, y así se pasaba un cuarto de hora.

—¡Cómo nos reímos! Siento envidia de estas niñas pertenecientes a clases inferiores —dijo Alicia, con expresión cómica—. Sin dignidad que mantener, sin responsabilidades como las

nuestras, sin necesidad de ser ejemplo para todo el colegio. ¡Y con esa broma del imán para practicar!

—Tu prima June, desde luego, está manteniendo la tradición familiar —intervino Mary-Lou—. ¿Cuándo va a practicar ese truco?

Estaba previsto para un jueves por la mañana, al final de la clase de francés. Ésta era la última lección antes del recreo y después las chicas podrían salir al vestíbulo y reírse de buena gana, si sentían necesidad de hacerlo.

—¿Quién da la lección, *Mademoiselle* Dupont o *Mademoiselle* Rougier? —preguntó Darrell, deseando que fuese la buenita y alegre Dupont.

Aquél día la lección la explicaba la delgada *Mademoiselle* Rougier, que gastaba mal genio. ¿Qué pensaría cuando su cabello se le cayera y las horquillas desaparecieran?

Las chicas de segundo lo planearon todo cuidadosamente. Decidieron que June no fuese la ejecutante. Todas las profesoras sospechaban de ella. Tenía que ser otra la que gastara la broma.

—¿Lo haré yo? —preguntó Felicity—. ¿O por qué no Susan? Susan siempre se porta tan bien en clase que nadie sospecharía de ella...

—No siempre me porto bien —dijo Susan, bastante dolida por este elogio—. De cualquier modo, no quiero hacerlo. Me río con demasiada facilidad.

—Nadie debe reírse —advirtió June—. En cuanto nos vean reír, sospecharán de nosotras y no podremos volver a repetir la broma.

—Pero ¿cómo podremos aguantarnos? —preguntó Nora, que daba siempre repentinos bufidos, como Irene—. Quiero decir que el reír no es como estornudar o toser. Si sientes deseos de reír, no puedes evitarlo.

—Sí que se puede —contestó June, con firmeza. Tenía un maravilloso dominio de sí misma y podía mantener la cara seria durante los acontecimientos más cómicos—. Si crees que vas a estropear el juego, es mejor que salgas de la habitación antes de que vayamos a hacer el truco, ¿eh?

—¡Oh, no! ¡De ninguna manera quiero perdérmelo! —le respondió Nora—. No me iré. Me llevaré tres o cuatro pañuelos y me los meteré en la boca.

Llegó el jueves. Las lecciones empezaron con normalidad, hasta la hora de francés en que *Mademoiselle* Rougier entró en el aula. Sus fuertes pisadas resonaron por el pasillo. June sujetaba la puerta abierta. Un pequeño resoplido provino de Nora, cuyos bolsillos contenían pañuelos.

—¡Cállate! —suplicaron varias voces con fuertes susurros. Nora miró a su alrededor, preparada para volver a soltar otro bufido; pero se encontró con miradas tan feroces que se apaciguó.

—«*Asseyez-vous*» —ordenó con su aguda y vigorosa voz. Las alumnas obedecieron, sentándose con mucho ruido de sillas. Miraron a *Mademoiselle* Rougier con ojos sospechosamente brillantes.

Pero *Mademoiselle* Rougier estaba acostumbrada a enfrentarse con docenas de brillantes y risueños ojos. Nuevamente resonó su voz:

—¡Página treinta y tres! Espero que hayan preparado bien la lección —les repitió lentamente

en francés—. Nora, haga el favor de empezar.

A Nora se le daba mal el francés. Repentinamente perdió todo deseo de reírse y se levantó, tartamudeando la composición francesa. Una por una, la siguieron las demás. *Mademoiselle* Rougier estaba de mal humor. Aquélla mañana le salían con más facilidad palabras de reproche que frases de elogio. La clase se sentía muy satisfecha de que fueran a gastar una buena broma.

Inmediatamente, antes de finalizar la clase, *Mademoiselle* dio la orden acostumbrada:

—¡Hagan el favor de limpiar el encerado!

Susan se puso en pie. Tenía el pequeño y poderoso imán escondido en la palma de la mano. Ya lo había probado, anteriormente, con resultados milagrosos. Se situó muy cerca de la espalda de la profesora. Ésta había abierto su pupitre y estaba revolviendo en él, buscando un libro. Era una estupenda oportunidad para poder utilizar inmediatamente el imán. Observada por veintitrés chicas que contenían la respiración, Susan sostuvo el imán cerca de la cabeza de *Mademoiselle* a la altura del moño.

Ante sus maravillados ojos, cada una de las grandes horquillas fueron a adherirse al hierro imantado. Susan sonrió a sus compañeras, guiñó un ojo, como dando a entender que todo había salido perfecto y se «*aplicó*» a la tarea de limpiar bien la pizarra.

Aparentemente, *Mademoiselle* no había notado nada. La campana sonó y se puso en pie.

—¡Pueden salir! —dijo. Y la clase se retiró. Nora, colocándose uno de sus pañuelos en la boca, se marchó al gran vestíbulo por donde debía pasar la profesora.

—¡Ya está! —exclamó una de segundo curso, soltando un grito de alegría—. El moño está todo deshecho.

Así era. *Mademoiselle* no se había dado cuenta, pero la señorita Peters sí. Le dio una palmadita en el hombro y le dijo:

—Su peinado se está viniendo abajo, *Mademoiselle*. Ésta levantó la mano, y con gran sorpresa suya encontró que el moño estaba completamente deshecho y le colgaba la trenza por la espalda. Palpó, buscando las horquillas para volver a sujetarlo. No había ni una sola horquilla en el pelo. Esto no era sorprendente, ya que todas se encontraban en el bolsillo de Susan. *Mademoiselle* Rougier buscó desesperadamente por toda su cabeza, y Nora soltó un bufido ahogado. Se embutió en la boca un segundo pañuelo.

(*Mademoiselle* empezó ahora a buscar por su cuello, pensando que quizá las horquillas habían desaparecido por allí. La señorita Peters la miró con curiosidad.

—¿Perdió una horquilla? —preguntó.

—¡Las he perdido todas! —repuso *Mademoiselle* Rougier, azorada. Pensó que quizá se había olvidado de hacerse el moño aquella mañana. ¿Habría ido a las clases con el pelo colgándole por la espalda? Se sonrojó ante el pensamiento. ¿Qué habrían pensado las chicas?

Se dio cuenta de que las de segundo se estaban riendo y vio cómo Nora se embutía un pañuelo en la boca (el tercero, aunque ella no lo sabía). Desapareció del vestíbulo.

«¡Las chicas se estaban riendo! ¡Sí! Vine a las clases sin haberme recogido el pelo —se dijo a sí misma la pobre *Mademoiselle*—. ¡Hay que ver! ¡Cómo pude distraerme tanto!».

Se fue a su cuarto y se peinó con mucho cuidado. No sospechaba en absoluto la broma que le

habían gastado. Pero, si hubiera podido observar a las traviesas chicas de segundo riéndose y revolcándose en el césped del jardín, bajo los árboles, lo hubiera encontrado «*muy sospechoso*».

—¡La cara que ponía cuando se palpaba la cabeza era todo un poema! —recordaba June con regocijo—. Y la de asombro que puso la señorita Peters cuando la contempló con la «*coleta*» moviéndose en su espalda, era para morir de risa.

—¡Lo repetiremos otra vez! —insinuó Felicity—. Es una de las bromas más graciosas que se nos han ocurrido.

Capítulo 9

AMANDA HACE UNA SORPRENDENTE SUGERENCIA

Darrell estaba trabajando de firme preparándose para los exámenes, al igual que Sally. Pero también ocupaba su ocio, pues de una u otra forma encontraba tiempo suficiente para asistir a todos los debates, reuniones de canto y conferencias que se organizaban. Era una vida alegre y ocupada, con lo cual Darrell disfrutaba plenamente.

Desde hacía seis años que estaba en *Torres de Malory* y había aprendido a trabajar realmente bien, así que preparar los exámenes no le parecía tan difícil como había pensado. La señorita Oakes estaba satisfecha de ella.

—Con un poco de dirección, puedes ya prepararte sola —le dijo—. Posees los conocimientos básicos para ingresar en la universidad. Allí verás que la disciplina es distinta. Todo depende de la voluntad del estudiante; puede trabajar mucho o no mirar el libro. Pero tú y Sally siempre estudiaréis mucho.

Privadamente la señorita Oakes pensaba que Darrell y Sally rendirían más en la universidad que Alicia o Betty, aunque estas dos tenían unas mentes más ágiles y mejor memoria que las dos primeras.

«*El sentirse mayores, por primera vez, libres de campanas y horarios estrictos e interminables clases, no les hará ningún provecho a Betty y Alicia —pensaba la señorita Oakes—. ¡No darán de sí todo lo que pueden! Perderán mucho tiempo en bailes, fiestas y diversiones. En cambio, la sensata Darrell y la pequeña y sólida Sally conquistarán los laureles por su tesón y constancia. Betty y Alicia podrían conquistarlos con suma facilidad, pero por su carácter no lo lograrán.*»

En aquel momento, Darrell y Sally estaban confeccionando las listas para los primeros partidos de tenis de la temporada. Moira estaba allí, dando excelentes consejos en su forma habitual dominante. Sin embargo, Sally la soportó agradecida por la ayuda. Moira sabía de lo que hablaba en lo concerniente a deportes.

Amanda vino y observó silenciosamente por encima de sus hombros. Las demás no le hicieron caso. Moira, aún más sutilmente, le volvió deliberadamente la espalda.

—Para el tercer equipo seguramente convocaremos a Jeanie Smithers, de tercer curso —dijo Sally—. Tiene un saque muy bueno y es constante. Hará unos buenos dobles con Tessie Loman.

—Tessie no quedará bien —exclamó Amanda—. Nunca despuntará. A menos que se deshaga de su peculiar forma de servir. Pierde la mitad de su potencia en la forma en que hace oscilar su raqueta.

—Apuesto a que ni siquiera sabes quién es Tessie —repuso Sally.

—Sí que lo sé —contestó Amanda, inesperadamente—. A menudo he ido a observar a los «bebés». Siempre se puede ver las que son promesas.

—Bueno, eres más lista que nosotras —intervino Moira—. Es posible separar de las demás a

alguien brillante y darse entonces cuenta de que es sólo un espejismo, que no vale nada.

—Si la observación es perfecta, es fácil hacer la selección —dijo Amanda convencida—. Ahora mismo podría confeccionar la lista del primer equipo, esto desde luego es fácil; pero también el segundo, tercero y cuarto equipo. Ahora bien, ni a Jeanie ni a Tessie las elegiría para el tercer equipo. Se desintegrarían.

Las otras se sentían molestas. ¿Por qué se metía? ¿Cómo podía Amanda, que sólo hacía unas semanas que estaba en *Torres de Malory*, saber algo sobre las posibilidades que para los deportes tenían todas las chicas?

—Bien, si haces tantos augurios quizá nos podrás decir quién será la capitana de los juegos dentro de tres años —repuso Moira sarcásticamente—. Te estamos escuchando con gran atención.

—Sí, os lo puedo decir —contestó Amanda, sin vacilar un momento—. Si recibiera un buen entrenamiento y se dedicara a practicar cada momento que pudiera, hay una chica en el segundo curso que podría ser la capitana de juegos de cada clase a la que perteneciera, y ser, con mucha diferencia, la mejor en tenis, en cualquier clase en la que se encontrara.

Las otras tres se volvieron y miraron a Amanda. ¡Parecía estar tan segura!

—¿Quién es? —preguntó Moira por fin después de que las tres hubieran buscado en sus mentes tratando de encontrar, en vano, a esta esquivia chica del segundo curso.

«¿Quién podría ser?».

—¿Lo veis? Ni siquiera podéis dar con ella cuando os he dicho que es extraordinaria, y después de haberos dicho en qué curso está —dijo Amanda, alejándose—. En *Trenigan* hubiera sido descubierta al segundo día de estar en la escuela. ¡Aquí podríais tener una campeona mundial y no daros cuenta!

—¡Amanda, no te marches! —le ordenó Moira—. Ahora que has aireado tan libremente tus opiniones, sé un poco más explícita. ¿Quién es esa estupenda chica del segundo curso?

—Vete a observar cómo juegan y entérate —respondió Amanda con voz de aburrimiento. Pero Moira se abalanzó a la puerta y la cerró justo cuando Amanda iba a salir.

—No, Amanda —exigió—. Dínoslo antes de irte, o creeremos que sólo estabas hablando por hablar, y que no existe ninguna chica maravillosa.

—No malgasto mi aliento así —contestó Amanda, despectivamente—. Y no me mires tan enfurecida, Moira. Puedes hablar a las demás en ese tono autoritario si ellas te lo consienten. Yo no te lo toleraré. Es más, en deportes no puedes enseñarme nada.

Sally salió en defensa de Moira, aunque estaba secretamente satisfecha de que hubiera alguien que pudiera enfrentarse con la obstinada Moira y luchar en su mismo nivel.

—Eres una chica nueva, Amanda —le dijo—; pero parece que te olvidas de ello. No nos puedes hablar así, y debes de comprender que Moira conoce más que tú a las chicas.

La aludida asintió.

—No las conoce en absoluto —repuso desdeñosamente Amanda—. Bien, os revelaré el nombre de la chica: es June.

—¡June! —exclamaron las otras tres, sorprendidas. June, la desafiante, agresiva y temeraria prima de Alicia. ¡Vaya! ¿Quién hubiera pensado en June?

—Ni siquiera se toma la molestia de escuchar cuando se le dan instrucciones.

—Sólo juega cuando quiere —afirmó Darrell—. Y normalmente está haciendo el tonto. ¡No vale nada!

—June siempre ha sido así —dijo Moira—. Es una excelente corredora y en *lacrosse* podría contener al contrario mejor que ninguna si lo intentara; pero nunca hemos podido colocarla en un equipo. Sabría nadar como un pez, si no hubiera estado siempre tonteando. Es rápida, cuando quiere, pero nunca puedes fiarte de ella.

—Mirad —advirtió Amanda con convicción en su voz—. Os digo que si June recibiera un buen entrenamiento en tenis y natación, desde luego no sé qué tal es en *lacrosse*, sería la mejor jugadora y nadadora que hubierais visto nunca. ¡Oh, ya sé que hace el tonto! ¡Sé también que es una frescales y que no hay quien la meta en cintura! Pero podéis estar seguros de que una vez se dé cuenta de que puede superarse en algo, cambiará de manera de ser. En fin, observadla. ¡Subirá a la cumbre como un relámpago!

Todo aquello era muy sorprendente, y, sin embargo, dicho con la sonora y segura voz de Amanda, era extraordinariamente convincente. Darrell miró a Sally. ¿Podría tener razón Amanda? ¿Acaso su desagrado por la descarada June, a quien desaprobaban sus maneras indisciplinadas, les había impedido ver que escondía la promesa de convertirse en una jugadora de primera clase?

—Bien —dijo Sally dudosa, pensando en el tenis de June y recordando la forma en que más de una vez la había visto hacer el tonto en la pista de tenis—. No sé, no sé. Es maravillosamente rápida y flexible, y, muy fuerte, pero su carácter es indómito. No quiere molestarse ni responsabilizarse.

—Simplemente quiere que alguien se tome interés y que la aliente —argumentó Amanda—. Apuesto a que con ella ha ocurrido lo del refrán del perro: «*En dando en que el perro ha de rabiar, rabia*». Si yo la manejara, pronto haría algo de ella.

—Bueno, ¿por qué no lo haces? —soltó Moira, bastante desagradablemente. De repente se había dado cuenta de que Amanda tenía razón. June era una jugadora nata. Tenía una visión del juego y un estupendo y maravilloso estilo. «*Ha sido tan descarada conmigo, que no supe ver sus cualidades*», pensó sombríamente—. Bien, ¿por qué no lo intentas? —insistió.

Amanda cayó en seguida en la trampa.

—Yo puedo tomarme la molestia de entrenar, si la persona lo merece —repuso con brusquedad—. En fin, me alegro, de que, no obstante, estés de acuerdo conmigo. Me haré cargo de June y antes de que termine el curso formará parte del segundo equipo de tenis y de natación.

Se marchó dando un portazo, según su costumbre. Las tres muchachas que quedaban en la estancia se miraron unas a otras. Darrell se frotó la nariz, como hacía siempre que algo la sorprendía o la cogía de improviso.

—Bien. Tiene razón, desde luego. June podría ser una maravilla en los juegos, si quisiera. Es como Alicia, brillante, pero inconstante. Es maravillosa cuando hace algo que le place; en caso contrario, no.

—Por nada del mundo me haría cargo de esa desgraciada de June —comentó Moira—. Es mal educada y desagradecida, y siempre está haciendo el tonto. Espero que Amanda disfrute con ella.

—Verdaderamente, se ha hecho cargo de algo que le va a dar trabajo —dijo Sally, tomando su lista de juegos—. Pero, si logra mejorar el juego de June, habrá hecho algo provechoso. De todas formas, gracias a Dios que podemos depender de Felicity, Darrell. No cabe duda de que va a seguir tus pasos.

Darrell resplandeció de placer. Sí, Felicity tenía un temperamento similar al suyo; sin embargo, si June se lo proponía, sería mil veces superior a su hermana.

—En fin, sería interesante ver lo que pasa —comentó Moira, con cierto retintín—. Muy interesante. La confiada Amanda, tan segura de sí misma. Palabra que las dos muchachas me resultan insoportables.

Capítulo 10

AMANDA Y JUNE

Cuando Amanda se decidía a hacer algo, lo hacía inmediatamente. En cuanto hubo abandonado la habitación buscó a una chica de segundo curso, y se encontró a Susan.

—¡Eh, tú! ¿Cuál es tu nombre? ¡Ah, Susan! —la llamó—. Vete a buscar a June. Dile que quiero verla y mándamela a mi estudio.

Susan se alejó rápidamente, pensando qué habría hecho June. Por regla general, a las de segundo curso sólo se las llamaba cuando se les tenía que echar una reprimenda. Encontró a June y le dio el recado.

June se sorprendió. Amanda, por lo que sabía, ni siquiera se había molestado en conocerla, aunque había visto a la chica alta de sexto curso observando su práctica de tenis y natación. Miró a Susan.

—Estoy segura de que no es a mí a quien quiere ver —comentó—. Será a otra. De todas formas, no he hecho nada malo, y si alguien me fuera a sermonear no sería precisamente Amanda, sino Sally o Darrell. No voy. No me gusta Amanda.

—¡Debes ir! —protestó Susan, escandalizada ante la idea de que June desobedeciera una orden de una de sexto curso—. Aunque se trate de una equivocación, debes ir y enterarte.

—Estoy ocupada —repuso June—. Déjame en paz. La que se meterá en un lío por no ir seré yo, por lo tanto, no te preocupes. Amanda se ha equivocado.

Susan se marchó. Muy bien. Si June quería desobedecer a Amanda allá ella.

Era típico de June su repulsión a recibir órdenes de las muchachas mayores.

Amanda se fue a su estudio y esperó. No tenía un verdadero interés en June, aparte del hecho de que realmente se había fijado en las cualidades que reunía la niña para los deportes. Se sentó y esperó que viniera la chica del segundo curso.

Esperó durante cinco minutos pacientemente, sabiendo qué quizá Susan emplearía algo de tiempo en encontrarla. Entonces, impaciente, esperó durante otros cinco más. Se levantó, enfadada, y se fue hacia la puerta para ver si June estaba esperando en la puerta por haber llamado suavemente.

El pasillo estaba vacío. Amanda oteó por la ventana y por fin la localizó.

—¡June! ¡Ven aquí! ¿No te dio el recado Susan? —ordenó Amanda—. Ya hace más de diez minutos que te espero.

Las demás chicas del segundo curso se rieron ante la cara de enfado de June.

—¡Ahora sí que estás en un lío! —dijo Catherine—. ¿Qué es lo que has hecho, June? ¡Ya verás el rapapolvo que te llevarás!

June no se acordaba de haber faltado en nada. Le molestaba que la hubiese llamado, delante de las demás. Entró de mala gana y se quedó ante la puerta de Amanda. Llamó fuerte. Amanda había

esperado una llamada suave, y se sorprendió.

—Entra —autorizó. June entró y cerró la puerta con energía. Así demostraría a Amanda que no temía a las chicas de sexto curso, por muy altas y fuertes que se creyesen. No era buen comienzo para una buena cooperación entre ellas. Amanda estaba muy enfadada. June, enojada.

—Supongo que Susan te daría mi recado —empezó Amanda.

—Pensé que te habías equivocado. No creí que me conocieras ni supieras ni siquiera mi nombre.

—¡Vaya una excusa más tonta! —juzgó Amanda.

Ciertamente, sí que sonaba bastante tonta, incluso a los oídos de June, cuando ésta se oyó.

June dio un bufido. Esperaba una repulsa. Casi esperaba ver un «*libro de castigos*» preparado sobre la mesa; pero no había ninguno. Todas las chicas del sexto curso tenían libros de castigos, en los cuales anotaban todas las sanciones que imponían a las chicas de cursos inferiores que se hubiesen portado mal. Generalmente los castigos consistían en aprenderse de memoria unas líneas.

«*Ojalá me dijera de una vez cuál ha sido mi falta*», pensó June, mirando agresivamente a Amanda. En realidad, aquel silencio obedecía a que Amanda, ante aquella chiquilla tan exasperante dudaba en cambiar de parecer acerca de entrenarla. Decidió seguir adelante. No podía soportar la idea de Moira mofándose ante su fracaso.

—Mira, June —empezó bruscamente—. Te he estado observando.

June se sorprendió.

—¿Observándome? —replicó en seguida, a la defensiva—. ¿Para qué? Yo no me he dado cuenta de que valiera la pena observarme. Últimamente he sido inofensiva.

—No hables en ese tono —cortó Amanda—. Te he estado observando cuando jugabas al tenis, y en la piscina. Podrías llegar muy lejos. En realidad podrías ser mejor que cualquier otra de segundo curso, e incluso de tercero. Pero si te emplearas a fondo en tus entrenos, en vez de hacer el tonto, pronto podrías vencer a cualquiera de cuarto curso también.

June la miraba con la boca abierta. Esto era tan extraordinario e inesperado que no pudo articular palabra.

Amanda continuó:

—Así que me propongo entrenarte yo misma, June. He dicho a Sally, a Darrell y a Moira mi opinión acerca de ti. Que tienes aptitudes para jugar en el segundo equipo de tenis y de natación antes de finalizar el curso. Quiero demostrarles que tengo razón.

June aún miraba fijamente a Amanda, abrumada por la sorpresa. No podía comprender por qué Amanda la había escogido. June no se hacía ilusiones acerca de sí misma. Sabía que podía llegar a ser extraordinaria si lo intentaba; pero significaba demasiado esfuerzo el intentarlo en serio. Sin embargo, era muy lisonjero oírlo.

—Y bien —preguntó Amanda impacientemente—, ¿qué contestas? Me propongo empezar los entrenos en seguida; esta tarde, si es posible.

June dudó. Se encontraba ante dos alternativas. Amanda le desagradaba, y quería rechazar su ofrecimiento, porque tenía algo de duro y condescendiente. Por otro lado, ¡qué divertido sería

pavonearse ante las otras chicas de segundo curso, y decirles que Amanda, del gran colegio de deportes *Torres de Trenigan*, la había elegido a ella, de entre todas las chicas de cursos anteriores y que pensaba que merecía la pena ocuparse durante largo tiempo de ella!

—Muy bien —contestó por fin June—. ¿Sally está conforme?

Amanda dio un resoplido.

—¡No seas tonta! Creo que por lo menos podrías demostrar un poco más de gratitud. Tendré que invertir mucho tiempo contigo.

—Bueno, sólo lo haces para demostrarte a ti misma que tienes razón, ¿no es verdad? —espetó June con su devastadora agudeza—. No porque realmente estés interesada por mí. No me importa. A mí me va bien, si a ti también te favorece.

Amanda hizo un esfuerzo para dominarse. No sería prudente que de buenas a primeras se creara un ambiente de hostilidad, pues no sería posible que existiera cooperación entre ambas, y por lo tanto el resultado final sería nulo.

—Muy bien —repuso secamente Amanda—. Lo haremos en base a un provecho mutuo. Yo quiero demostrar que tengo razón, y tú quieres estar en los segundos equipos del colegio. Por lo menos me imagino que quieres. Formar parte de esos equipos ha de ser algo fascinante para una chiquilla de segundo.

—Muy bien —repuso June, de forma enfurecedora.

—Pero existe una cosa que debes comprender —continuó Amanda—. Habrá disciplina. Tienes que venir forzosamente a las horas que establezca para el entreno de natación o de tenis, ¿lo has entendido?

—Está bien —repuso June. Y de esta forma se hizo el arreglo entre ellas, sin ningún verdadero agrado o interés por ninguna de las dos partes. June se marchó airosamente. Vaya sorpresa que se iban a llevar las del segundo curso al oír la noticia.

En cuanto apareció en la clase de segundo, las demás la rodearon.

—¿De qué se trataba, June? ¿Para qué te quería?

—¿Cuántas líneas te has de aprender de memoria?

—¿Te soltaste con ella? ¿Qué le dijiste?

—Me mandó llamar porque me quiere entrenar en tenis y natación —anunció June.

Esto era tan sorprendente para las otras, que se quedaron en silencio. Felicity boqueó:

—¡Amanda entrenándote a ti! Pero ¿por qué?

—Bueno, opina que podría formar parte del segundo equipo de tenis y natación para finales de curso, si quisiera —aclaró June airosamente.

—No podrás. Siempre haces demasiado el tonto —dijo Susan en seguida.

—Bien, Amanda opina lo contrario —contestó June—. Sin embargo, no me cabe duda de que tu opinión es más correcta, Susan.

—Mira, no seas tan exasperante —replicó Felicity.

—Ya os lo he dicho —repuso Jane—. Amanda me quiere entrenar cada día, y yo he accedido. Eso es todo.

Hubo un silencio. Las chicas de segundo curso lo encontraban muy difícil de creer. Pero sabían

que June estaba diciendo la verdad. Siempre la decía.

—Bueno, todo lo que puedo decir es que espero que «*disfrutes*» siendo entrenada por aquella «*horrible y dominante*» criatura —deseó Susan.

—Te zarandeará de uno a otro lado como si fueras un muñeco —opinó Harriet.

—Tendrá cuidado cuando me hable —dijo June suavemente—. A mí no me gusta que me manden. Si quiere demostrar que tiene razón y ponerme en buena forma para los segundos equipos, tendrá que hacerlo de la manera adecuada.

—Vaya pareja que haréis —habló de nuevo Harriet—. Iré a ver los entrenos. Será algo divertido.

—¡No quiero que lo hagas! —saltó apresuradamente June.

—¡Oh, pero tenemos que ir! —repuso Felicity guiñando el ojo a las demás—. Después de todo con unos entrenos lo bastante maravillosos como para colocarte tan pronto en los segundos equipos, quizás incluso nosotras aprendamos algo bueno.

—Sólo unas pocas migas que caen de la mesa del gran señor —se rió June.

Capítulo 11

EN LA PISTA DE TENIS Y EN LA PISCINA

La noticia, acerca del entrenamiento especial, pronto circuló por el colegio. La profesora de gimnasia tuvo algunas dudas cuando lo oyó. No era realmente bueno dedicar demasiada atención a una chica de un curso inferior.

Por otro lado, June podría llegar a ser brillante en los deportes, si le interesaba. Quizás esta oferta por parte de Amanda lograra hacerle trabajar de firme en tenis y natación. Si trabajara firme en algo, resultaría muy beneficioso para su carácter.

—Es una chica exasperante —manifestó la señorita Parker, la profesora del segundo curso a *Mademoiselle*—. Tiene habilidad para todo, pero carece de fuerza de voluntad para ser constante y trabajar de firme, excepto para hacer reír a los demás.

—Sí, es verdad, esto lo hace bien —repuso *Mademoiselle*, quien había sido víctima de esta habilidad de June.

—Es ya demasiado mayor para hacer el tonto —indicó la señorita Potts, quien había tenido a June en el primer curso—. Es la única niña que he tenido en mi clase a la que con gusto la hubiera puesto boca abajo sobre mis rodillas para darle unos azotes bien fuertes.

Se rieron.

—Bueno, si Amanda logra hacerla trabajar, será muy interesante —concluyó la señorita Parker—. Ya veremos.

Amanda confeccionó un horario bastante intensivo. June se asombró al verlo. Cada día se destinaba un tiempo bastante amplio para natación y tenis. June pensó si debería protestar o no. No; si Amanda se lo tomaba en serio, ella, June, mantendría también su parte del contrato.

El entrenamiento empezó. Un grupo interesado de chicas del primero y segundo curso fueron a observar. Amanda estaba sorprendida de ver el corro. Y en cuanto a June, no le gustó lo más mínimo. No quería que se rieran de ella, como tampoco deseaba ser una atracción todo el tiempo disponible.

—¿Qué es esto? —exclamó Amanda agitando las manos hacia las mironas sentadas sobre la hierba, alrededor de la cancha.

—Han venido para observarnos —dijo June—. Tenían que hacerlo, naturalmente. Amanda se dirigió al grupo:

—Si habéis venido para aprender algo, podéis quedaros; pero si habéis venido para divertirnos, ya os podéis marchar. Cualquiera que intente interrumpir el entrenamiento o moleste, recibirá su merecido. Como de costumbre, llevo conmigo mi «*libro de castigos*».

Éstas palabras fueron recibidas en medio de un gran silencio; al volverse Amanda para regresar, surgió un discreto murmullo. Amanda, decididamente, no era popular. Era menos popular que la dominante Moira. Algunas de las chicas se levantaron y se fueron. Sólo habían ido

para decirle socarronerías a June; pero esto podía acarrearles consecuencias y castigos y no valía la pena quedarse. June deseó fervientemente que todas se marchasen. Con desagrado y sorpresa, se dio cuenta de que estaba nerviosa.

Amanda empezó a jugar, fijándose bien en lo referente a los gestos y colocación de June. Observó que utilizaba la cabeza tanto como sus manos. Vio que hacía oscilar su raqueta hacia atrás, mientras mantenía su mirada fija en la pelota. Advirtió cada detalle. En realidad no habría gran cosa que Amanda no supiera, en cuanto al tenis. Había intervenido en disputadas competiciones y era una profesora innata, al mismo tiempo que una excelente jugadora.

—Bueno, ¿por cuánto tiempo va a durar esto? —se quejó June por fin—. Quiero decir este peloteo.

Se produjeron unas cuantas risas entre las espectadoras. Pusieron atención esperando que June comenzara a ponerse graciosa.

Amanda no contestó. Devolvió otra pelota hacia June. Ésta hizo ver que la perdía, casi se cayó y, al parecer, recobrándose milagrosamente, golpeó la pelota por detrás de su espalda, y se puso en pie otra vez. Ésta era la clase de payasadas que ella hacía de forma superior.

Las risas se sucedían entre las espectadoras.

—¡Venga, June! —le gritó Harriet.

Amanda atrapó la pelota con la mano y se encaró con las chicas del curso inferior:

—Un grito más y os echo a todas —anunció—. No es cuestión de hacer el payaso... en este arte nada le puedo enseñar a June; ya conoce todos los trucos que existen; pero me temo que no sabe gran cosa de cómo ganar un verdadero juego. ¿Os habéis fijado lo mal que hace el revés? Lo hace así... y ha de hacerse de esta forma. Quizá no os habéis dado cuenta de la posición forzada de sus pies cuando ha querido recoger la pelota ya fuera de la línea lateral. Una posición incorrecta que le impidió dirigir la pelota al punto deseado.

June estaba quieta, escuchándola, y echando chispas. ¿Por qué tenía que señalar sus defectos en público? Desde luego, sabía por qué. Era el castigo impuesto por Amanda debido a sus payasadas. Cada vez que hacía una de las suyas y se oían risas, Amanda paraba el juego y señalaba nuevos defectos de June.

La próxima vez que una pelota cayó cerca de donde estaban las demás chicas, June les habló en voz baja:

—¡Ojalá os fuerais todas de aquí! ¡Es muy difícil intentar concentrarse con todas vosotras contemplándome!

Pero no se fueron, especialmente cuando Amanda paró el juego de peloteo y empezó a explicar a June, con su fuerte y dominante voz, los cientos de cosas que hacía equivocadamente. Era estupendo ver a June, a la que nunca le importaba nada, aguantando el chaparrón como un párvulo. Las chicas del curso inferior disfrutaban todas de lo lindo.

Pero June estaba rabiosa. Si hubiera tenido un carácter más débil lo hubiera echado todo a rodar. Pero June no era débil, y además reconocía que Amanda, como jugadora, era excelente. Además, como instructora sabía explicarlo todo con claridad y sencillez.

June se dio cuenta que estaba contemplando a su instructora con admiración al ilustrar ésta,

con varios movimientos de raqueta y desplazamientos de sus pies, lo que acababa de explicar verbalmente.

«He aprendido más en este solo entrenamiento que en todo el curso», pensó June; pero no se lo dijo a Amanda. No quería dirigirle ninguna alabanza a la dominante alumna de sexto.

Amanda tampoco alabó a June. Simplemente le dijo:

—Gracias. Es bastante por hoy. Como ves, tienes muchas cosas en qué pensar. Procura la próxima vez hacer algunas de ellas bien. No te retrases para ir a la piscina; sólo puedo concederte diez minutos, y no quiero desperdiciar ni un segundo.

June estaba allí a la hora convenida. Amanda también fue muy puntual. June pasó diez minutos muy malos. Encontró tantos defectos en su natación como en el tenis. Darrell, Moira y Mary-Lou estaban también allí, observando en silencio.

—Si June logra aguantarlo —dijo Darrell—, le va a hacer mucho bien. ¡Vaya, qué ambiciosa es Amanda! Nunca da un momento de respiro.

—June puede soportarlo perfectamente. La pregunta es: ¿querrá hacerlo? —intervino Mary-Lou—. Tengo la impresión de que muy pronto se cansará; no del entrenamiento en sí, sino de la forma en que está programado, tan duramente.

Tres o cuatro chicas de segundo curso vinieron a bañarse, entre ellas Josefina, obesa y fofa como pastel de hojaldre. Como de costumbre, aireaba sus opiniones. Naturalmente, éstas no valían nada. Nunca valían, pero al igual que su padre, adoraba escuchar el sonido de su voz, y si podía presumir de cualquier cosa lo hacía.

Tenía mucho de qué presumir.

—Mi padre tiene toda una flota de coches. Mi madre tiene un collar de brillantes que nunca se pone, porque es demasiado valioso. Tenemos un perro en casa que vale quinientas libras. Mi tía me va a enviar cinco libras para mi cumpleaños. Mi hermano tiene...

Éstos eran los retazos de noticias familiares que Jo retransmitía continuamente. No cabía la menor duda de que todo era cierto. Ahora, mientras se quitaba el albornoz, estaba hablando en voz alta.

—La señorita Parker esta mañana me ha hecho enfadar; no es nada simpática, ya se lo dije. Yo quería...

—¡Cállate! —dijo Amanda, que estaba dando instrucciones a June que se hallaba dentro del agua—. Métete dentro del agua y deja de vocear; estoy entrenando a June y no dejas que oiga lo que le digo.

Jo emitió una pequeña risa. Al principio no había reconocido a Amanda.

—¡Oh, si es Amanda! Vamos a mirar; ¿será tan buena como en el tenis?

Amanda, desde el borde de la piscina, iba dando instrucciones a June, siguiéndola. Jo, que se había puesto a su lado, se interpuso en cierta ocasión y Amanda, impaciente, le dio un empujón. Jo perdió el equilibrio y mientras lanzaba un largo alarido se zambulló grotescamente en el agua. Al ver que sus pies no tocaban fondo le invadió el pánico.

—Jo está en aguas profundas y no sabe nadar —exclamó Darrell.

June nadó hasta la desesperada Jo, y empezó a arrastrarla, pero la obesa muchacha, dominada

por el pánico, se asió a su salvadora y la arrastró consigo bajo el agua. Era gruesa y pesada y June no podía con ella.

Un chorro de agua salpicó el cielo al sumergirse limpiamente Amanda en la piscina. En breves segundos estuvo junto a las dos niñas y las sacó a flote.

—¡Déjala, June! —ordenó—. Yo me ocuparé de ella.

Josefina, aún dominada por el pánico, se aferró a la nueva salvadora. Amanda comprendió que era preciso dominar aquella excitación. Se desprendió rudamente del abrazo de la pequeña y le pegó dos sonoros cachetes en cada mejilla, que resonaron por toda la piscina.

Jo balbuceó y volvió en seguida en sí, aunque muy enojada.

—Así está bien. Ahora, escúchame —le ordenó Amanda autoritariamente—. No te agarres. Yo te tengo bien cogida. Quédate quieta y yo te llevaré hasta el borde.

Pronto estuvo fuera del agua, y Moira, Darrell y Mary-Lou la ayudaron a secarse.

Jo se lamentó, luego se «desmayó» y por último gritó:

—¡Casi me ahogo! ¡Me ha pegado! Le escribiré a mi padre y le diré que me empujaste, bravucona. Me encuentro muy mal. ¡Casi me ahogo! ¡Y me duelen mucho las mejillas donde me pegaste!

—¡No seas tonta! —intervino Moira—. Sólo perdiste el dominio de ti misma. Ni siquiera intentaste nadar aunque has estado tomando lecciones.

—Es cierto que Amanda te echó al agua —dijo Mary-Lou, suavemente, viendo que Jo estaba realmente asustada—. Ignoraba que tú no sabías nadar, de lo contrario no te hubiera empujado.

—Es una bravucona —lloraba Jo—. ¡Se lo diré a mi padre!

—Díselo —le respondió Amanda—. Lo que ocurre es que eres una cobarde. Si quieres también te daré lecciones de natación. Nadarás como un pez en un par de lecciones.

Jo se vistió llorando y murmurando amenazas y regresó al colegio. Las demás se rieron.

—Pobre Jo, no se adaptará a *Torres de Malory* —comentó Mary-Lou—. Es una pequeña idiota.

Capítulo 12

LOS DÍAS TRANSCURREN

Jo no halló el consuelo que esperaba en sus condiscípulas, excepto en una infeliz muchacha del primer curso llamada Deirdre. Ésta se la encontró llorando cuando regresaba de la piscina.

—¡Oh! ¿Qué te sucede, Jo? —preguntó Deirdre, disgustada—. ¿Te has hecho daño?

—¡Casi me ahogan! —se lamentó Jo, derramando más lágrimas—. Aquélla bruta de Amanda me empujó en la parte profunda de la piscina y eso que no ignoraba que yo no sabía nadar. También me pegó: mira. Se lo diré a mi padre.

—¡Oh, yo lo haría también! —repuso Deirdre, halagada de que una chica de segundo curso le hiciera confidencias.

Deirdre tampoco sabía nadar, y podía comprender muy bien el temor que había sentido Jo cuando cayó al agua. Quiso dar su opinión.

—Amanda ha hecho una acción indigna. Nadie le tiene simpatía a esa muchacha de sexto, y no me sorprende.

Jo se sentó en una roca. Se secó los ojos con una mano.

—Estoy indispuesta —se lamentó—. Debe de ser el agua salada que he tragado. No podré comer nada en todo el día.

Esto le parecía horrible a Jo, y de igual forma opinaba Deirdre, quien disfrutaba de un excelente apetito. Se aventuró a tocar el brazo de Jo.

—¡Estás tiritando! —dijo—. Será mejor que entres. ¿Quieres que vaya a comunicarlo a la directora del colegio?

—¡Oh, madre mía, no! —repuso Jo en el acto. No sentía simpatía por la directora y ésta pronto se había dado cuenta del carácter voluble de su educanda debido a sus complejos de grandeza y a las desapariciones que practicaba cuando algo requería un esfuerzo. Se había dado cuenta en varias ocasiones, cuando el colegio había organizado excursiones o largos paseos donde el andar era el ejercicio primordial Jo se excusaba alegando tener jaqueca.

«*Es curioso*» —había dicho la directora—, *una larga caminata: un dolor de cabeza. Ambas cosas siempre van unidas en ti, Jo. Bien, creo que tu dolor de cabeza se aliviaría con el paseo. El aire te hará bien*».

Así que Jo no quería llamar la atención de la directora. En esta mañana en que, prácticamente casi se ahoga, todo lo que Jo deseaba era comprensión.

Pero la única comprensión que recibió fue por parte de la pequeña Deirdre del primer curso. Todas las demás se rieron de ella.

—¡Casi ahogada! —dijo Susan, mofándose—. Sólo te hundiste y te llenaste la boca de agua, Jo.

—Te mandaré al fondo durante mucho más tiempo, si realmente quieres saber lo que significa

«*casi ahogarse*» —se ofreció June cuando hubo escuchado media docena de veces los lamentos de Jo.

—¡Jo casi se ha ahogado por lo menos dos veces! —comentó Gwen—. No entiendo por qué no intenta aprender a nadar de una vez. Entonces no estaría siempre «*a punto de ahogarse*».

—No sé por qué sois tan malas conmigo —lloriqueó Jo, patéticamente—. ¿Acaso no comparto mis dulces y pasteles con vosotras? ¿No os dije que acababa de recibir cinco libras para gastar en una fiesta de cumpleaños, que me ha regalado mi tía? Sabéis que lo pasaremos muy bien con mi dinero... ¿Acaso no siempre...?

—¡Cállate! —interrumpió Felicity, enfadada—. ¿Acaso no hacemos todas lo mismo? Tú no eres la única.

—Sí, pero yo recibo muchas más cosas —repuso Jo—. Recordad aquel enorme pastel de la semana pasada. Duró en nuestra mesa dos días, y recordad también el...

—No sigas haciéndonos tragar tus riquezas —exclamó exasperada June—. En adelante guárdate para ti tus pasteles y dulces. No quiero ninguno; para que luego nos los echéis en cara cada momento, ya puedes comértelos todos.

Los ojos de Jo se llenaron de lágrimas.

—Sois malas —suspiró—. Todas vosotras sois horribles. Uno de estos días me escaparé.

—Hazlo pronto —la invitó June—. Sería demasiado maravilloso levantarnos una mañana y encontrar tu cama vacía, ¡qué alivio!

Jo gimió lastimosamente, y fue otra vez a buscar consuelo en Deirdre. Sabía que Deirdre la consolaría. Y así fue, especialmente cuando la «*casi ahogada*» se le acercó con una gran caja de chokolatinas que había llegado el día anterior, y que no habían sido compartidos con nadie.

—No, a las de segundo no les daré ni un solo bombón —declaró Jo—. Nos las comeremos tú y yo. Anda, llévate la mitad del contenido de la caja y cuando reciba mi próximo pastel te daré una cuarta parte.

Deirdre no tenía una madre que le mandara pasteles o dulces. Sólo tenía padre, que era navegante, y una tía vieja, que no se daba cuenta de que a las niñas les gustaba recibir paquetes en el pensionado. ¡Realmente estaba tan excitada con las chokolatinas! Además, eran excelentes, como siempre lo eran los de Jo.

—Mi familia siempre compra lo mejor —dijo Jo. Sabía que podía presumir tanto como quisiera con Deirdre—. Me gustaría que vieras la habitación que tengo, Deirdre. Es toda en oro y rojo. Y también tengo un pequeño cuarto de baño para mí, decorado en rojo y oro.

Esto era cierto. El padre de Jo tenía mucho dinero. En cierta ocasión que Jo presumía de que su padre tenía dinero para comprar todo lo que le apetecía, June le había preguntado si tenía bastante dinero para adquirir unas cuantas «*haches*». Jo nunca le había perdonado aquella ofensa. Por primera vez se había dado cuenta de que las sonoras frases de su padre aún empeoraban debido a que continuamente olvidaba las «*haches*», y por sus habituales faltas de ortografía.

Amanda, cierta mañana, preguntó a Jo si le gustaría que la entrenase en natación. Se había sentido algo culpable por haberla empujado y se había enfurecido consigo misma por no haberse enterado antes de si sabía nadar. Jo le volvió groseramente la espalda.

—No, gracias —contestó secamente—. Tienes suerte que no he escrito a mi padre diciéndoselo. De todas formas no quisiera por nada del mundo tener que aguantar las bajezas que le haces a June. No, gracias.

Sally estaba con Amanda. Cogió a la chiquilla por los hombros y haciéndole dar media vuelta la increpó:

—¡Pídele perdón a Amanda por tu grosería! ¡Anda, rápido!

—No —insistió Jo, viendo cerca a Deirdre, que la estaba admirando.

—Muy bien —contestó Sally, sacando su pequeño libro de castigos—. Tendrás que aprenderte de memoria cualquier fragmento de una poesía francesa, no inferior a veinte líneas. Me lo tendrás que recitar antes del próximo miércoles.

—Te pido perdón —dijo sobriamente Jo. El francés no era uno de sus mejores temas.

—Demasiado tarde —repuso Sally—. El castigo queda en pie. Y no pongas esta cara avinagrada.

—No, espera —era la voz de Belinda que a su espalda estaba sacando un apunte—. No es frecuente que consiga una expresión tan buena de enfurruñamiento. Mírate a ti misma, Jo.

Jo miró con enfado la caricatura que le había hecho Belinda. Se volvió sobre sus talones y se alejó cabizbaja seguida de Deirdre, como un pequeño y fiel can.

—Ésta niña precisa que se la meta en cintura —manifestó Sally—. Sé por Felicity que recibe cada día paquetes verdaderamente extravagantes y mucho dinero. Si la sorprendo tirándolo por ahí, se lo confiscaré o la mandaré a la directora. Éstas chicas del curso inferior tienen que atenerse a las reglas en lo que se refiere al dinero. No es justo para las demás, las cuales sólo disponen de diez chelines por curso para gastos. Ésta niña es una plaga.

El interés por los entrenamientos que Amanda obligaba a hacer a June fue menguando. Ésta, sin embargo, lo aguantó, aunque a veces de mala gana. Amanda nunca la elogió, esto era lo peor en ella. Encontraba docenas de faltas, pero cuando June hacía algo realmente superior, el elogio de Amanda consistía en decir:

—Bien, es agradable ver por fin que tienes una buena actuación.

La propia Amanda pronto demostró a todo el mundo que era, con mucha diferencia, la mejor del colegio en tenis y natación. Fue automáticamente colocada en el primer equipo para natación y saltos, y en el primer equipo también de tenis. Era un placer observarla nadar o jugar. Darrell nunca dejó de maravillarse ante la gracia de su gran cuerpo fornido al entrenarse en la pista de tenis o en la piscina.

Moira y Amanda tuvieron disputas especialmente por ayudar a las más jóvenes. Moira se portaba muy bien en este aspecto, pero Amanda no se tomaba ningún interés. Se limitaba a los comentarios.

—Tessie ha de aprender a colocar mejor sus pelotas —o bien—: Lucy lo haría mejor si dejara de gritar y practicara un poco más. Entonces lo haría bien.

—Bien, ¿y si adiestráramos a Tessie y orientáramos a Lucy, no sería mejor? —decía Moira, impacientemente—. Siempre ves lo que está mal, pero nunca intentas corregirlo. Excepto con June. Ella es la única.

Amanda no contestó. Parecía no oír nada, y esto sacaba de quicio a Moira.

—Muy bien, mira al infinito y piensa en los maravillosos días en que participarás en los Juegos Olímpicos —se mofaba Moira, saliendo de la estancia.

A Moira le hubiera gustado ser tan buena como Amanda. Su único interés se cifraba en los deportes, lo cual sorprendía a la francesa Suzanne.

—Amanda y Moira —solía decir Suzanne—. «*Elles sont tres dróles*».

—Habla en inglés, Suzanne —ordenó *Mademoiselle Dupont*, severamente—. ¿Cuántas veces debo advertírtelo?

—«*Pólice*» —dijo Suzanne.

—¡Ya me has oído! —respondió la profesora—. Repite lo que decías, pero en inglés.

—¡Moira y Amanda, ellas son muy «*Piggy-hoo-learr*»! —dijo seriamente Suzanne.

Mademoiselle la miró muy sorprendida.

—¿Qué palabra es ésa? —preguntó.

—«*Piggy-hoo-learr*» —repitió Suzanne—. Es una palabra verdadera, *Mademoiselle Dupont*. Darrell me la enseñó.

—¿Darrell te la enseñó? —le preguntó *Mademoiselle*—. ¡Ah, debo preguntarle qué quiere decir!

Resultó ser, naturalmente, «*peculiar*», y durante algún tiempo después, todo lo extraño era descrito como «*piggy-hoo-learr*». Alicia se propuso enseñarle algunas palabras más, las cuales también sorprendían mucho a la pobre *Mademoiselle*.

Enseñó a la confiada Suzanne palabras como «*fid-dlestickss*», «*peefle*» y «*scrumpleecious*», que, naturalmente, era una mezcla de «*scrumtious*» y «*delicious*»^[3].

A Suzanne le gustaban mucho las palabras raras, y las empleaba siempre que podía. Describía el nuevo cuello de encaje de *Mademoiselle* como «*scrumpleecious*» y, amablemente, le dijo que, en su opinión, la natación era «*peefle*» y «*vairy feedle-steecks*», ¿no opinaba *Mademoiselle* igual?

—¿Qué es eso de «*peefle*» y «*feedle-steecks*»? —preguntó con sospecha la profesora de francés—. No son palabras. Alicia, ¿las has oído? Dime la verdad.

—¡Oh, sí, *Mademoiselle*! —repuso Alicia, mirando con inocencia a la maestra. Observó una horquilla que se le escapaba del moño a la francesa y esto le recordó el magnífico imán. ¿Lo habría utilizado otra vez June?

—«*Peefle*» —murmuró *Mademoiselle*, buscando desesperadamente en el diccionario la palabra—. No la encuentro. Suzanne, toma el diccionario y busca esta palabra.

—«*Pólice*» —le respondió Suzanne, con mucha corrección.

Mademoiselle explotó:

—¡Sí! ¡Busca también tu terrible «*pólice*»! —gritó—. Mira a ver lo que quiere decir. Un día te buscará la «*policía*». ¡Ah, muchacha tonta! Nunca aprenderás a hablar inglés como es debido.

Capítulo 13

UN SOBRESALTO Y UNA PEQUEÑA BROMA

Alicia se acordó de preguntarle a June sobre el imán. Su prima se sonrió, metió la mano en el bolsillo de sus pantalones de deporte azul marino y sacó el hierro magnético.

Alicia lo cogió. Era muy pesado. Lo deslizó por el pupitre. Un gran sacapuntas casi pareció saltar en el aire y quedó sujeto al imán. Luego vino un compás y dos o tres plumillas.

—Volvimos a practicar la broma con *Mademoiselle* Rougier —explicó June—. Ésta vez lo hizo Harriet. Lo ejecutamos de forma distinta; pero fue igual de gracioso.

—¿Qué pasó?

—Bueno, las horquillas volvieron a salirse del moño, claro —narró June, sonriendo ampliamente—. Y Harriet las desenganchó rápidamente del imán y las dejó caer cerca de la puerta cuando volvió a su sitio. *Mademoiselle* notó que su cabello se caía y, naturalmente, puso su mano para cerciorarse. No pudo encontrar ni una sola horquilla y parecía absolutamente aterrorizada. Entonces Felicity levantó su mano y dijo haber visto algunas horquillas en el umbral de la puerta. *Mademoiselle* no podía comprender cómo habían llegado hasta allí. Cada una dio su opinión. Yo dije que seguramente se le habían caído al entrar. Harriet opinó que aquellas horquillas podían ser de otra profesora...

—*Mademoiselle* empezará a olerse algo si dais tantas explicaciones —dijo Alicia, riendo.

—En realidad, creo que sí que empieza a desconfiar —dijo June—. Está todo el tiempo pasándose la mano por la cabeza para ver si su moño sigue aún sujeto, y se palpa las horquillas todo el día para asegurarse de que aún siguen allí. Y nos mira muy sospechosamente.

—¡Cuánto me gustaría practicar ese truco con *Mademoiselle* Dupont! —suspiró Alicia—. Ella sería la más graciosa.

—Sí, es una pena que las chicas de sexto curso no os podáis divertir como nosotras —dijo June—. Espero que cuando yo llegue al sexto grado se hayan variado las costumbres.

—Bueno, de todas formas es un buen truco. Me hubiera gustado tenerlo cuando yo podía gastar bromas. Creo que lo hubiera empleado con mayor acierto del que parece que habéis tenido vosotras.

Se marchó. June la siguió con la mirada. ¿Cómo lo hubiera utilizado Alicia para obtener el máximo efecto? No se podía hacer nada mejor. June volvió a aguardarse el imán en el bolsillo de su pantalón pensando con su rápida mente en todo lo que había dicho Alicia.

Buscó a Felicity y Sally y las tres juntaron sus cabezas. Jo entró en la habitación y las vio. Fue hacia ellas, de pronto, llena de curiosidad.

—¿Qué ocurre? ¿Estáis planeando algo? —preguntó.

—Nada —repuso June.

—Podríais decírmelo —se lamentó Jo, ofendida—. Creo que sois malas; siempre me dejáis

fuera de todo. Yo siempre comparto mis cosas. Estoy proyectando celebrar una fiesta maravillosa. Mirad, tengo cinco libras.

Por cuarta vez aquel día sacó los billetes del bolsillo de sus pantalones para enseñárselos a las otras. No se atrevía a guardarlos en su cajón por miedo a que la directora se los confiscara.

—Ya los hemos visto demasiadas veces —repuso Felicity, aburrida—. ¿Qué es lo que te va a mandar tu padre para tu cumpleaños? ¿Un «Rolls-Royce» o una manada de cabellos de carreras? ¿O será tan tacaño que sólo te enviará un collar de auténticas perlas?

Jo se alejó enfadada. ¿Por qué era incapaz de ser sencilla y no tan presuntuosa? Sin duda era culpa de la educación recibida de sus padres; pero debía comprender que la sencillez era lo que más apreciaban sus compañeras.

Un percance le ocurrió a Jo a poco de haberse marchado del cuarto de recreo. El bolsillo de sus shorts se rompió, y fue casualmente el de la pierna donde guardaba los billetes. Sin duda, al meter y sacar tantas veces los billetes, había forzado el pespunte. De cualquier forma, éste se rompió y Jo no se dio cuenta.

Se alejó por el pasillo, sintiendo la acostumbrada sensación de aislamiento. ¿De qué estarían murmurando aquellas tres? ¿Por qué no se lo dijeron? Se propuso ir a encontrar a Deirdre y murmurar contra las de segundo. Deirdre siempre resultaba una interlocutora dispuesta y siempre a punto para participar de los muchos dulces de Jo.

El ama salió de su cuarto a continuación de haber pasado Jo. Se sorprendió mucho al ver un billete de una libra en el suelo y lo recogió. Se le había caído a Jo, sin que lo advirtiera. El ama se lo metió en el bolsillo y siguió por el pasillo. Al poco volvió a encontrar otro billete de la misma cantidad, yaciendo en medio del pasillo. ¡Qué extraordinario! Empezó a sospechar. ¿Eran billetes reales o de imitación? ¿Querían gastarle una broma y habría algunos brillantes ojos observándola mientras los recogía?

El ama miró a su alrededor; pero no había nadie a la vista. Comprobó con atención el papel moneda. Eran auténticos.

Estaba realmente sorprendida cuando topó con un tercer billete. Lo recogió, cavilando. No pertenecía a ninguna de las chicas, desde luego. Nadie tenía tanto dinero junto.

Los últimos dos billetes yacían arrimados a la pared, cerca de la puerta del jardín. «*Cinco ahora. ¡Bien, bien, bien! Alguien muy rico ha andado por aquí, pero ¿por qué tira ese dinero?*».

El ama sacó la cabeza y oteó el jardín. Vio dos siluetas en la lejanía. Deirdre y Jo.

La luz se hizo en su mente. «*¡Claro, Jo! Alguno de sus familiares le había regalado el dinero. ¡Pero cinco libras! ¡Qué tontos eran los parientes de Jo! La estaban estropeando con sus ideas extravagantes*».

Jo las debió de perder. El ama se quedó al lado de la puerta con el ceño fruncido. ¿Tendría Jo más dinero? Desde luego, debiera habérselo entregado a la directora, así lo ordenaba el reglamento. Vio que Jo se subía la falda y metía la mano en el bolsillo de sus shorts. ¡Ah! Era allí donde guardaba el dinero.

Fue entonces cuando la presuntuosa Jo reparó en el bolsillo roto y en la desaparición de los billetes. Dio un grito de horror y alarma.

El ama se escabulló, regresando a su cuarto. Colocó el dinero en su caja fuerte, y con su firme y clara letra escribió un aviso.

Jo miró a su amiga con horror.

—Mira, el bolsillo se ha roto. He perdido los billetes. ¡Vamos, rápido, debemos buscarlos! ¡No deben estar lejos!

Pero, desde luego, los billetes habían desaparecido. La pobre Jo no pudo encontrar ni uno. Lloró consternada, y Deirdre intentó consolarla.

Jo se encontró a June, Felicity y Susan que bajaban por el pasillo, con aspecto satisfecho. Habían ideado un proyecto muy bueno con el imán. Jo se acercó rápidamente a ellas.

—He perdido mi dinero, ¿sabéis si alguien lo ha encontrado?

—Pronto aparecerá en el tablero de avisos si alguien lo ha encontrado —repuso Felicity. Y siguieron su camino.

—¡Tontas! —dijo Jo—. ¿Por qué tuve que venir aquí? Deirdre, tú eres la única persona decente en la escuela. La única con la que puedo contar. Tengo ganas de escaparme.

Deirdre había oído esto muchas veces anteriormente.

—¡Oh, no! —dijo, consolándola—. No debes hacer eso, querida Jo. No digas cosas como ésa.

Felicity y las otras se rieron al ver a Jo de rodillas por el pasillo, buscando todavía los billetes cuando regresaron. Ya habían leído el aviso del ama colocado en el tablero.

—Ve corriendo al tablero de avisos —advirtió June—. Alguien ha encontrado tu dinero, Jo, te alegras de saberlo. Puedes volver a tenerlo dentro de dos minutos.

Agradecida, Jo se puso en pie y se marchó apresuradamente con Deirdre para leer el aviso.

—Me pregunto qué es lo que el ama le dirá —dijo June riendo—. Esto si es que Jo se atreve a reclamarlo.

Pero Jo dejó de interesarles al minuto. Estaban demasiado satisfechas con su gran complot para seguir preocupándose por aquella infeliz. Iban en busca de Nora.

Por fin la encontraron.

—Escucha, Nora —empezó June—. ¿Conoces a mi prima Alicia? Bueno, pues, hoy vio nuestro imán, y dijo que si ella lo hubiera tenido a nuestra edad, habría sacado más partido del que nosotras hemos logrado. Se lamentó de estar en sexto y no poder intervenir en bromas. Así que hemos decidido que las de sexto puedan solazarse con nuestro truco. Una de nosotras va a aparecer en su clase con un mensaje para *Mademoiselle* Dupont, cuando esté allí dando lección, y le sustraerá todas las horquillas.

—Y *Mademoiselle* creará que fue una de ellas. No sabrán qué hacer —dijo Susan.

—Creemos que podremos hacerlo dos o tres veces, sólo para demostrar a las de sexto que no carecemos de imaginación —terminó June.

Nora irrumpió en chillidos de alegría.

—¡Oh, dejadme ser la que vaya! —imploró—. ¡Por favor! ¡Os juro que no me reiré! Es solamente cuando estoy con las de segundo cuando tengo ganas de reírme. Estaré tan solemne como un juez si me dejáis ir.

—Justamente es lo que hemos ideado —le dijo June—. *Mademoiselle* podría sospechar de

nosotras, ya que le hemos gastado muchas bromas; pero nunca sospechará de ti. Además, tú eres una de sus favoritas, estará contenta de verte.

Nora era el tipo de chica de cabello hueco y grandes ojos que a *Mademoiselle* le gustaba. Pestañeó ante las tres maquinadoras.

—¡Lo haré! —dijo con una pequeña risita de satisfacción—. Lo haré tres veces si queréis.

—¡Oh, no! De repetirlo, han de ser chicas distintas. No queremos que *Mademoiselle* sospeche nada.

—Aquí viene Jo —murmuró June—. Parece asustada.

Y estaba aterrada, en realidad. Había ido hasta el tablero de avisos y leyó el colocado por el ama.

«*La alumna que ha perdido esta tarde cinco libras en billetes, que se presente, que venga inmediatamente a mi habitación*».

Jo estaba aterrada. Si en *Torres de Malory* había alguien que le infundía respeto y temor era, sin duda, el ama. ¿Qué ocurriría ahora?

Capítulo 14

PROBLEMAS PARA AMANDA

La pobre Jo se lamentó largamente a Deirdre de su mala suerte. ¡Pensar que el ama tenía el dinero! ¡Cómo demonios iba a explicarle que tenía cinco libras, cinco libras! Confesarle que no se las había entregado a la directora, como era su deber, para que se las guardase, era la única solución.

—Jo, tendrás que ir y decírselo —le aconsejó Deirdre, ansiosamente—. Si no lo haces, quizá no vuelvas a conseguir el dinero nunca. Si el ama no sabe a quién pertenece el dinero, ¿cómo puede devolverlo?

—Sí, supongo que será lo mejor —concluyó Jo. Pero apenas se había acercado a la puerta, se volvió—. No puedo —confesó a Deirdre—, no me atrevo a enfrentarme a ella. No creas que soy una cobarde, Deirdre; pero sinceramente, empiezan a temblarme las rodillas cuando el ama pone aquella cara tan seria.

La tímida Deirdre nunca había tenido ocasión de que el ama le reprendiera por nada; pero sabía que sentiría lo mismo que Jo si hubiera tenido que ir. Se quedó mirando a Jo. ¿Cómo iban a salir de la dificultad?

—Jo, supongo que podrías deslizarte dentro del cuarto del ama cuando ella no esté, solamente para ver si encuentras el dinero por alguna parte —apuntó en medio murmullo—. Después de todo, es tuyo. Sólo te llevarás lo que te pertenece.

Los pequeños ojos de Jo brillaban.

—Sí, quizá pueda hacerlo, si es que el ama tiene el dinero en lugar visible. Sé que he visto algunos paquetes cuidadosamente envueltos sobre su mesa algunas veces, para pagar al personal de la cocina, supongo. Quizá haya puesto el mío allí para devolverlo a quien lo perdió.

—No te lo entregaría —dijo Deirdre—. Lo sabes de sobra. Se lo guarda y lo va entregando a medida que lo necesitan. A todas las niñas de cursos inferiores les pasa lo mismo. Probablemente sólo recibirás un poco cada semana, y el resto te lo entregarán cuando te marches a casa para las vacaciones.

Jo frunció el ceño.

—Pensaba gastar ese dinero en una estupenda fiesta —aclaró—. Pronto será mi cumpleaños, ¿sabes? De una forma u otra, tengo que conseguirlo.

—Chiss —aconsejó Deirdre—. Alguien viene.

Era Felicity. Metió su nariz por la puerta y sonrió.

—¿Ya te han devuelto el dinero, Jo? ¿O se lo vas a regalar al ama? A mí, al menos, no me gustaría tener que ir y admitir que tenía cinco libras, especialmente si además había sido bastante descuidada para perderlas, ¡qué tonta eres!

—¡Cállate, Felicity! —chilló Jo—. Ya estoy cansada de que todas os metáis siempre conmigo.

No me explico por qué estáis en contra mía. Cualquiera diría que no sirvo para estar en *Torres de Malory*.

Como esto era exactamente lo que la mayoría de las de segundo pensaban, Felicity no la contradijo. Jo nunca se ajustaría al colegio, estaba segura. Si hubiera tenido unos padres que apoyaran la labor educativa del colegio, sin duda habría ido modificando su carácter.

«Pero son los primeros en despreciar las normas del colegio. Le insinúan que no se moleste en observar ninguna regla, si no quiere. Le mandan paquetes en abundancia y excesivo dinero —pensó Felicity mientras se alejaba para practicar un poco de tenis—. Su padre no hace más que inculcarle que disfrute, que no se moleste ni esfuerce, que él siempre fue el último de la clase y, sin embargo, había sabido hacerse con una inmensa fortuna».

Era curioso el hecho de que algunos padres respaldaran bien a sus hijos y otros no. ¿Acaso si se quiere a los hijos no se intenta educarlos para que sean decentes en todos los sentidos? Sin embargo, el padre de Jo parecía quererla. A Felicity esto la confundía. Si realmente la quería, ¿cómo podía alentarla a que no obedeciera las reglas, a que fuera perezosa? ¿Cómo podía reírse cuando leía las observaciones desfavorables que se hacían al mandar las calificaciones?

Jo había dicho que le dio una palmada en la espalda y soltó una carcajada cuando leyó el informe de la señorita Parker al finalizar el curso anterior: *«Jo todavía no ha aprendido a discernir entre el bien y el mal. No irá muy lejos hasta que se enfrente con este hecho —recordó Felicity—. Caramba, si yo hubiera tenido esto escrito en mi informe, mi papá se hubiera disgustado muchísimo, y me hubiera reprendido enérgicamente; pero el padre de Jo sólo se rió».*

Felicity encontró a Susan, que también iba a jugar al tenis. Pronto estuvieron en la pista, y Felicity estaba tirando fuertes pelotas a la paciente Susan. Amanda se acercó al cabo de un rato y observó. Felicity redobló sus esfuerzos para servir bien. Ya que Amanda se estaba haciendo cargo de June y la estaba entrenando tan bien, cada chica de cursos inferiores tenía la esperanza de ser elegida. Felicity envió dos rápidos servicios, y Susan le gritó a Amanda:

—Lo hace bien, ¿verdad, Amanda?

—Así, así —repuso ésta, y se marchó, sin parecer interesarse en lo más mínimo.

—¡Burra! —exclamó Susan, en voz baja—. Moira, por lo menos, hubiera dicho sí o no, y si Felicity hubiera estado haciendo algo equivocado, la hubiese corregido; y de hacerlo bien, la hubiese elogiado.

En realidad Amanda apenas se había fijado en el juego de Felicity. Estaba pensando en otra cosa. En dos cosas, para ser exactos. Estaba preocupada por June; no acerca de sus progresos, ya que lo logrado era verdaderamente sorprendente. Amanda sabía cómo enseñar, y June era una discípula inteligente y capaz; pero June estaba cansándose de la severidad de Amanda y su falta de elogios. Estaba molesta por los bruscos mandatos y severas órdenes. Dado su carácter, le era difícil someterse a nadie y acatar órdenes. En realidad, empezaba a cansarse de esa severidad y del esfuerzo excesivamente pesado que debía efectuar diariamente.

El día anterior se lo había confesado a Amanda. Ésta le había enseñado un nuevo estilo de braceo y había insistido sin tregua ni reposo, haciéndole recorrer de un extremo a otro la piscina. Amanda estaba molesta porque June no había hecho caso de las órdenes que le dio desde tierra.

—Deliberadamente has nadado a través de toda la piscina moviendo mal los pies —le reconvinó—. Te lo he advertido, pero has seguido haciendo lo mismo.

—¿Supones que puedo oír una sola palabra cuando tengo los oídos llenos de agua? Además, con el ruido de mis brazos al golpear, el agua resuena como si fueran truenos —se excusó June, jadeante—. No dudo que gritarías y puede que desde el colegio podrían oír tu voz, probablemente, y hasta la oírían desde la estafeta de correos, a una milla; pero yo no podía, así que es mejor que consigas un megáfono. Y no es que quiera insinuar que no chillas, porque lo haces en cualquier parte y en todo momento. Pero si incluso en la iglesia...

—¡Ya es suficiente! —cortó Amanda, enfadada—. No voy a permitir tanto descaro a una de segundo.

—Y yo estoy empezando a pensar que no quiero recibir ordenes de ninguna de sexto —repuso June, mientras se secaba con una toalla—. El vaso casi está lleno, así que te lo advierto, Amanda.

Amanda estuvo a punto de cortar por lo sano; pero se calló. Se sentía muy orgullosa de June. Era una discípula maravillosa, aunque antipática y, generalmente, silenciosa. Sería una lástima interrumpir los entrenamientos ahora que June había logrado perfeccionarse y estaba en camino de llegar a ser sobresaliente en tenis y natación. Ahora estaba ya dotada para formar en el segundo equipo, y Amanda pensaba pedir su prueba dentro de una o dos semanas.

Así que Amanda se alejó furiosa por dentro, pero intentando no demostrarlo. June se sonrió. Sabía muy bien que Amanda no querría suspender los entrenamientos ahora que ella estaba demostrando que Amanda tenía razón al afirmar que podía llegar a ser una figura. «*De todas formas —pensó June—, me estoy cansando de ello. Éste curso me resulta muy desagradable al tener que trabajar tan duramente. Realmente, ¿me importa tanto el tener un puesto en el segundo equipo a cambio de los sacrificios que he de hacer? No estoy segura de que así sea*».

Esto, desde luego, era típico de June. Si ponía empeño en algo, lograba triunfar; pero era indolente, inconstante e irresponsable, a no ser que tuviese un acicate o una ilusión.

June era uno de los problemas que ocupaban la mente de Amanda. El otro era su propio entreno de natación. Ésta era sin duda la faceta que más dominaba. Ver a Amanda lanzarse a la piscina era todo un espectáculo. Nadie podía competir con ella en velocidad y estilo cuando estaba en el agua. Incluso las pequeñas de primero dejaban sus conversaciones cuando Amanda entraba en el agua.

Y Amanda estaba preocupada. Aquélla piscina no era suficiente para mantenerse en forma. Quería nadar en el mar. ¿Cómo podía mejorar su resistencia en una larga distancia sin conocer los problemas de las corrientes y el oleaje? La piscina era estupenda, ancha y larga, profunda; pero de agua mansa. Amanda quería nadar por lo menos una milla. «*Dos millas —pensó, triunfante—, tres millas. Soy lo bastante fuerte para nadar en el Canal, realmente creo que podría*».

En *Trenigan*, donde estaba su antiguo colegio, la playa era muy benigna; en cambio la costa de Cornualles, en *Torres de Malory*, era muy traidora con sus fuertes corrientes y las punzantes rocas donde el oleaje se estrellaba. No obstante, Amanda estaba segura de que podría dominar incluso una fuerte corriente.

En *Torres de Malory* no se permitía nadar en el mar. Ésta prohibición se mantenía rígida. Sólo

en raras ocasiones se permitía, a las que eran excelentes nadadoras, disfrutar del mar en una playa algo distante; pero siempre iban en grupo y acompañadas de algunas profesoras; aquel trozo de playa permitía bañarse sin peligro si el mar estaba en calma. Pero lanzarse al agua en el acantilado del colegio era peligroso. En realidad, a nadie le apetecía lanzarse al agua, más bien sentían respeto al ver el ímpetu con que se estrellaban las olas. Amanda, que adoraba la fuerza del agua, ansiaba luchar con el poderoso mar de aquella costa. No sentía ningún temor ante los elementos.

¿Debía arriesgarse a ir a nadar al mar alguna vez? No le importaba mucho si se metía en un jaleo. No pensaba quedarse mucho tiempo en *Torres de Malory*. Repentinamente lo decidió.

«Sí, iré al mar —pensó—. He hablado con Jack, el pescador, y me ha explicado cómo son las corrientes. Si aprovechara la marea baja, podría lanzarme y, nadando hacia el oeste, evitar la influencia de las fuertes corrientes. No me pasará nada».

La cuestión era buscar el momento oportuno a fin de que nadie lo advirtiera. No es que le importara tener un jaleo, pero era tonto hacerlo si podía evitarlo. Amanda fue dando vueltas al asunto.

«Temprano, por la mañana, sería la mejor hora —pensó—. Muy temprano. Nadie la vería. Podría entrenarme de verdad, durante hora y media. ¡Sería magnífico!».

Cuando hubo decidido esto, Amanda se sintió feliz. Deseó poder arreglar el asunto de June con igual facilidad. Pero esto no dependía totalmente de ella. No podía complacer a June, si es que aspiraba a que fuera una figura.

«Yo no deseo la ruptura —se dijo Amanda para sí—; pero si June se pone tonta, quizá se aclare la atmósfera. Le haré saber en qué lugar está y lo que ha ganado. Desde luego, no voy a aguantar ninguna tontería, y creo que si llegara la ocasión, June no será tan tonta como para desaprovechar su oportunidad de ser colocada en los equipos segundos del colegio».

Capítulo 15

MEDIO TRIMESTRE

Llegó y se fue el medio trimestre. El tiempo era estupendo y los padres y familiares lo pasaron muy bien paseándose por el recinto del colegio y cerca del mar.

El jardín anexo, situado en el hueco cuadrado en medio del edificio de las cuatro torres, estaba muy hermoso. Cientos de rosales, cargados de olorosas rosas, de múltiples variedades y colores, embalsamaban el ambiente y recreaban la vista con su policromía.

—Me alegra que *Torres de Malory* esté tan hermoso durante mi último medio trimestre —confesó Darrell a su madre, mientras la llevaba a ver las rosas—. Siempre lo recordaré como ahora. ¡Oh, mamá, gracias mil veces por haber escogido este colegio para mí! Me he sentido muy feliz aquí.

Su padre le apretó el brazo.

—Verdaderamente te has portado muy bien en *Torres de Malory* —dijo—. Todas las profesoras me han dicho que te van a echar de menos, porque has colaborado en la educación de otras chicas. Están contentas de que quede aquí una hermana tuya, que sin duda seguirá tu ejemplo.

Gwen pasó el día con su madre y la señorita Winter.

—Mi último medio trimestre —estaba diciendo—. Figúrate, mi próximo medio trimestre será en Suiza. Estoy segura de que allí seré mucho más feliz de lo que he sido aquí.

Su padre no había venido y Gwen estaba por eso muy contenta.

—Temí que viniera a estropearlo todo —le dijo a su madre—. Se portó muy mal con nosotras durante las últimas vacaciones, ¿verdad?

—Hubiera venido —aclaró la señorita Winter—, pero no está bien de salud. En realidad hace tiempo que está enfermo, Gwen. Tendrías que haberle escrito durante este tiempo, ¿sabes? Realmente creo que deberías hacerlo.

—¡Eso no le importa, señorita Winter! —repuso fríamente Gwen—. No siempre se puede saber cuando papá está enfermo, o si es su mal humor, ¿verdad mamita? De todas formas no lo echamos de menos hoy.

—¿Dónde está Maureen? —preguntó la señora Lacey. Maureen, tan parecida a Gwen, con su hueco pelo dorado, y sus grandes y azules ojos, era una de las favoritas de la señora Lacey y de la vieja institutriz. Pero Gwen no quería que aquella muchacha (que solía ayudarlas y que por eso les encantaba) les acompañara durante todo el día; por eso aclaró rápidamente:

—Maureen tiene que atender a sus familiares. ¡Pobre Maureen! Lo siento por ella, mamá, no podrá ir a un pensionado para «señoritas» como el mío; ni siquiera a ningún otro colegio. Hará un curso de secretariado, y luego se colocará en una oficina.

Los padres de Jo pasaron dando cada uno de ellos el brazo a su hija. El padre, de recia estatura

y modales, vulgares, hablaba a gritos con su voz de chantre, la cual se oía por todo el recinto, como de costumbre.

—No está mal este jardín de rosas, ¿eh, Jo? Claro que no tiene comparación con el nuestro. Déjame pensar, ¿cuántas rosas tenemos en nuestros jardines, Ma?

—Unos cinco mil rosales —repuso la señora Jones en voz baja. Casi siempre se sentía algo amedrentada ante los otros padres, y estaba empezando a desear que su marido no fuera tan escandaloso y presuntuoso. Había podido observar algunas miradas asombradas y unas risitas irónicas. Pensó si se habría colocado demasiadas joyas.

Así era. Iba «*cargada de brillantes*», como June le había dicho a Susan.

—Me sorprende que no se haya colocado un aro de platino y brillantes en la nariz —había comentado June—. Creo que se lo voy a sugerir a Jo. Quizá podría ser una buena idea.

—No, no lo hagas —repuso Susan, asustada por el cruel humor de June—. No tiene la culpa de tener estos padres. ¿No crees que su padre se está portando muy chabacantemente?

Realmente era cierto. Había cogido por su cuenta a la señorita Parker, la profesora de clase de Jo, y le hablaba a voces.

—Bueno, señorita Parker, ¿cómo va nuestra Jo? La chica más traviesa de la clase, ¿eh? En fin, siempre son las más populares, ¿no es verdad? ¡Las cosas que yo había hecho de chico! Mi nombre es Charlie, así es que en la escuela me llamaban Charlie el «*Descarado*». ¡Las cosas que les decía a mis profesores! ¡Ja, ja, ja!

La señorita Parker no contestó: sus facciones se endurecieron. Jo comenzó a asustarse. Conocía a la señorita Parker. Tenía la sensación de que la profesora, si hablaba, diría alguna frase que ni siquiera le gustaría a Charlie el «*Descarado*».

Su padre siguió desatinando.

—Bien, no ha dicho una sola palabra acerca de nuestra Jo. Es todo un carácter, ¿eh? Apuesto que a usted la llama Parker la «*Curiosa*».

E incluso llegó a darle a la señorita Parker un golpecito en las costillas.

—No tengo nada que decir de su hija, excepto que aparentemente es como su padre —respondió secamente, pero con dignidad, y le volvió la espalda para atender a la madre de Darrell, la cual había venido a librarla de aquella escena violenta.

—Papá, no debías haber dicho esto —se quejó Jo muy disgustada—. Se ha enfadado. No digas a las profesoras esas cosas, por favor.

—¡Vaya! Me gusta esto —exclamó el señor Jones, echándose para atrás el sombrero y rascándose la parte de la frente—. ¿Qué es lo que dije? ¡Oh!, he vuelto a ser de nuevo Charlie el «*Descarado*», ¿verdad? Así que la llamas Parker la «*Curiosa*», ¿no es así? Vaya, si aquí está tu directora. Debo ir a hablar con ella.

Jo intentó retenerlo y dirigió una mirada agonizante a su madre. Jo se daba cuenta de que su padre tenía unos modales poco elegantes. ¿Por qué gritaba tanto? ¿Por qué tenía siempre aquella cara brillante y coloradota? ¿Por qué daba a sus interlocutores golpes en las costillas, y contaba chistes tontos? ¿Por qué irrumpía en un círculo donde varias personas estaban hablando y, sin pedirles perdón cortaba la conversación y les soltaba su perorata, o les hacía preguntas?

Esto es justamente lo que hacía en aquel momento. Jo no había podido evitar que se dirigiera al pequeño grupo en el que se encontraba la directora, que hablaba con tres o cuatro padres. Su madre estaba sonrojada. Sabía que Charlie el «*Descarado*» no estaba precisamente en su mejor momento.

—¡Hola, hola, hola! —saludó el señor Jones, situándose en el mismo centro del grupo, y extendiendo su manaza a la señorita Grayling—. Hoy es usted como la Reina de Inglaterra, ¿verdad?, concediendo una audiencia a nosotros, los pobres padres, como sus súbditos. ¡Ja, ja, ja!

El señor Jones estaba tan satisfecho de esta brillante frase que se sorprendió a sí mismo, mirando a los que le rodeaban. Sonrió, esperando ver muestras de aprobación y admiración.

No recibió ninguna. La señorita Grayling le dio correctamente la mano.

—Buenos días, señor Jones —murmuró. Y se volvió al padre con quien estaba hablando. Ninguno de los presentes lo saludó; pero Charlie el «*Descarado*» tenía tan poca sutileza que ni siquiera se dio cuenta de la actitud de aquellos padres.

—Espero que nuestra Jo constituya un crédito para su colegio —empezó de nuevo—. Su papá no lo era. Era un chico travieso, estaba siempre en la cola de la clase, ¿verdad, Ma? Bien, esta escuela tiene un aspecto estupendo, señorita Grayling.

—Gracias —repuso la directora—. Le ruego me excuse durante unos minutos, mientras termino mi conversación con el doctor y la señora Leyton.

La señora Jones le tiró del brazo.

—Ven aquí, Charlie —imploró, pensando que su marido debía haber sufrido una insolación. Siempre se había comportado igual, gritaba y fanfarroneaba; pero, sin embargo, en casa, entre sus amistades de similar educación, no sobresalía tanto su vulgaridad y desenfado.

El señor Jones iba a dirigir unas cuantas calurosas palabras al doctor Leyton cuando observó una mirada extraordinariamente helada en el distinguido señor. Le recordó a uno de sus antiguos profesores. Aquélla mirada lo aturdió y murmurando algo que no pudo entenderse se alejó con su familia del grupo.

La señorita Grayling suspiró aliviada.

—Lo siento —se excusó a los demás padres—. Quise hacer un experimento al aceptar a Jo; pero me temo que el resultado será negativo. Hemos hecho otros experimentos antes, como ustedes saben, aceptando chicas que en un principio no encajaban con el ambiente de nuestra disciplina; siempre tenía la esperanza de que nuestros métodos lograrían transformar a aquella niña. Gracias a Dios, nunca tuve un desengaño. Quien más, quien menos, todas mejoraron; pero con esa niña preveo el fracaso. Lo bueno que le podemos inculcar es destruido por sus padres.

—Alejémonos de aquí —propuso uno de los padres—, creo que será lo más prudente.

Jo se sintió aliviada al ver que la directora se marchaba. ¡Oh, vaya! Tendría que meter a su padre en cintura y decirle unas cuantas cosas. Tenía un aspecto algo triste, y su padre le apretó el brazo.

—¿Qué ocurre, viejita? —dijo con voz cariñosa—. Anímate. No me gusta ver a mi pequeña Jo sin sonreír. Su viejo papá haría cualquier cosa del mundo por ella.

Jo se animó ante el cariño que había en su voz. ¡A paseo con la señorita Parker y la directora, y

todos los demás! Era medio trimestre, y nadie debería estropearlo. Tiró del brazo de su madre.

—Mamá, ¿puedo decirle a Deirdre, mi amiga, que venga y se quede con nosotros hoy? Su padre es marino, y no tiene madre; nadie ha venido a verla.

—Sí, díselo —repuso su padre con su resonante voz, antes de que su madre pudiera contestar—. Le daremos un rato estupendo. Me alegro de que por fin tengas amigas. No parecía que tuvieras ninguna.

Así que se le pidió a Deirdre que fuera con ellos.

La niña estaba contenta de tener alguien con quien salir, aunque, en realidad, el señor Jones la asustaba con su vozarrón y sus joviales maneras de hablar.

—Así que tú eres la amiga de Jo, ¿verdad? —le vociferó—. Bien, tú quédate con mi Jo, se lo merece mi Jo. ¿Cuál es tu nombre? ¿Deirdre? Bien, te mandaremos unos paquetes fantásticos, ¿verdad, Ma? Tú, quédate con mi Jo, Deirdre.

—Sí —tartamudeó Deirdre casi ensordecida.

—¿Qué hay de aquellas cinco libras que tu tía te mandó la otra semana? —preguntó la señora Jones tan pronto pudo decir algo—. Nunca supimos si las habías recibido. ¿Las tienes en lugar seguro?

Jo dudó. Temía decirle a su madre que las había perdido y que las tenía el ama, y que no se había atrevido a pedirselas. Si su padre se enteraba iría en el acto a ver al ama y le ordenaría que entregase inmediatamente el dinero a su adorada Jo. Esto era simplemente inconcebible.

—Están muy seguras —murmuró la niña, y se devanó los sesos pensando en cómo cambiar de tema.

—En fin, si aún tienes aquellas cinco libras intactas, no te daré más por ahora —argumentó su madre—; cinco libras son suficientes para guardar en tu cajón, o donde sea que las guardes. Puedes escribirnos si necesitas más.

Jo no sabía qué decir. Había confiado en que su madre le daría dinero; entonces no necesitaría ir al cuarto del ama. La pobre Jo no había logrado reunir el valor suficiente para traspasar el umbral de aquella habitación. No tenía dinero, excepto algunos centavos que le habían quedado del chelín que le había dado el ama aquella semana.

Los padres marcharon en coche o en tren, excepto el padre y madre de Bill, quienes iban y volvían cabalgando ante el contento de Bill y Clarisa. Ambas muchachas habían disfrutado mucho trotando por las colinas con sus cabalgaduras.

Ha transcurrido mi último medio trimestre —se lamentó Darrell—. Ahora estoy ante mis últimas semanas.

—Anímate —dijo Alicia—. Pueden suceder muchas cosas en pocas semanas.

Tenía razón. Ocurrieron muchas, y la mayoría de ellas inesperadamente.

Capítulo 16

UNA DISPUTA Y UNA BROMA

Lo primero que sucedió fue la disputa entre June y Amanda. La mayoría de las muchachas pensaban que más pronto o más tarde ambos caracteres chocarían. Y así fue.

Lo motivó un hecho muy simple. Amanda estaba entrenando a June al tenis, devolviéndole unas pelotas, tan rápidas y fuertes, que June empezó a ponerse nerviosa; no obstante, las devolvía valientemente, contenta de cazar servicios tan difíciles.

—¡June, usa tu cabeza! —gritó Amanda, parando el juego durante un minuto—. ¿De qué te sirve devolver estos rápidos servicios si no colocas la pelota donde yo tenga que correr por ella? O incluso en donde yo no pueda alcanzarla. Lo que haces es colocarla de nuevo a mis pies.

—A esta velocidad todo lo que puedo hacer es alcanzar las pelotas y aún con dificultad, así que es imposible colocarlas como tú quieres —contestó June—. Dame una oportunidad. También ocurre que la pista tiene muchos baches aquí, y la pelota no bota bien. Me exaspera cuando esto ocurre.

—No busques excusas —replicó Amanda.

—No son excusas —gritó June, indignada.

Amanda puso la pelota en juego nuevamente, ésta voló como un relámpago sobre la red hacia June, dio en un hoyo y del rebote salió desviada hacia la derecha. June la golpeó salvajemente, al tun tun; y en vez de dirigirse al campo contrario fue a dar a un grupo de mironas, las cuales se fueron cayendo unas sobre otras, intentando alcanzar la pelota y riéndose a carcajadas.

—Si empiezas a hacer el tonto, terminamos en el acto —le increpó Amanda, creyendo sinceramente que June lo había hecho adrede.

El genio vivo de June, que estaba aletargado, se despertó; y aunque exteriormente no parecía haberse alterado, pues con calma recogía las pelotas esparcidas alrededor de la pista, cuando las tuvo en sus manos, una tras otra, las fue lanzando sobre la red circundante, hacia las chicas que estaban observando.

—Hemos terminado —anunció a Amanda—. Es imposible entrenarse contigo. No volveré más. No merece la pena.

Y bajo las miradas de admiración de las chicas que la observaban, June se marchó de la cancha, silbando quedamente.

Amanda la llamó.

—No seas tonta, June. Vuelve inmediatamente.

June no le hizo caso. Silbó más fuerte y empezó a tirar su raqueta al aire y cogerla habilidosamente cuando caía. Dio unos cuantos golpes imaginarios con ella, y entonces empezó a tontear. Las chicas que la observaban empezaron a reírse.

Amanda se acercó a June.

—¡June, te dije que volvieras! Si no lo haces, ni siquiera te elegirán para el tercer equipo.

—Me da lo mismo —repuso June, tirando su raqueta al aire y volviendo a cogerla—. Busca a otra de segundo para mandarla y gritarle. No malgastes tu amable naturaleza, Amanda.

Y se marchó definitivamente, después de dirigirle una mirada despectiva. El pequeño grupo de espectadoras estaba asustado ahora. Se dispersaron murmurando: «*Vaya noticia para contar por todo el colegio. Verdaderamente June era «extraordinaria». Desde luego que no le importa nadie, ni siquiera Amanda.*

La propia Amanda se lo contó a Sally, a Darrell y a Moira.

—June se enfureció y el entrenamiento ha terminado —anunció—. No perderé más tiempo con esa desagradecida y pequeña salvaje. Siento haberlo malgastado hasta ahora.

—¡Oh, qué pena! —exclamó Sally—. Habíamos convenido con Moira que mañana por la mañana iríamos a observar el entreno de natación y por la tarde al de tenis por si podíamos incluirla en el segundo equipo, tal como tú habías sugerido. Ya es lo bastante buena para el tercero. Podría haber participado en todas las competiciones.

—Bien, pues no puede —contestó Amanda, dominada por el rencor—. Ésta mañana ha perdido su juego. No se merece ni siquiera estar en el tercer equipo.

Alicia le habló a June.

—¿Qué pasó? —le preguntó—. ¿No podías ser más paciente y constante? Dados los progresos que hacías, habíamos convenido ir a observarte para incluirte en los segundos equipos.

—¡No tolero que nadie me grite! —le contestó June—. Y menos Amanda, aunque para ello no pueda jugar en los segundos equipos con las de cuarto y quinto.

—Pero, June, obrando así, te fastidias a ti misma —dijo Alicia—. ¿No quieres jugar en las competiciones? Son importantes y queremos ganarlas este año. El pasado perdimos el trofeo de tenis, y sólo quedamos segundas en natación. Éste año *Torres de Malory* ha de triunfar.

June dudó. Sí quería jugar en las competiciones. Le hubiera gustado aportar honor y gloria a los equipos, y al mismo tiempo a *Torres de Malory*. June estaba empezando realmente a ver que uno debía jugar para su equipo y no sólo para uno mismo.

—Bien —respondió finalmente—. Seré sincera contigo, Alicia. Sí, me ilusionaba tomar parte en las competiciones, y estaba bastante segura de resultar elegida. Pero Amanda es una negrera. Me hizo trabajar como una esclava y logró buenos resultados; pero es absolutamente inhumana. No podría aguantarla ni un minuto más a pesar de que significara no jugar en las competiciones.

—¿Aunque supieras que podía contribuir a que el colegio consiguiera de nuevo la placa de tenis y que ganara la de natación? —insistió Alicia.

Hubo una pausa.

—Lo siento —manifestó June, con un esfuerzo—. No pensé que podía resentirse el colegio; pero mira, Alicia, ahora ya está hecho y no voy a volverme sobre mis pasos. Estoy completamente harta del tenis y la natación. No quiero volver a tocar otra raqueta en este curso, y si voy a la piscina, sólo lo haré para divertirme.

—¡Harás el tonto toda tu vida, supongo! —Le advirtió Alicia, levantándose—. Sólo piensas en ti misma y en tus sentimientos. Lo siento, June. Tú eres mi prima, y por una vez me hubiera

gustado chillar hasta quedarme ronca contemplándote, como Darrell anima a Felicity.

Se marchó, dejando a June empequeñecida ante sí misma, y muy incómoda. «*Nada ni nadie podría reconciliarla con Amanda. Nada de este mundo*». June, mostrando sus blancos dientecllos, todos iguales, tiró una imaginaria raqueta al aire, volviéndola a coger. Terminado. No más entrenamientos.

Nora vino corriendo.

—¿Era ésa Alicia? ¿No le habrás dicho que íbamos a realizar otra vez el truco del imán con *Mademoiselle Dupont*, verdad?

—¡No seas borrica! —contestó June, despreciativamente—. ¿Supones acaso que no sé cumplir mi palabra? Convinimos en no decir nada a nadie. Soy consecuente con las decisiones.

—¡Oh, es que parecía que estuvierais preparando una confabulación! —insistió Nora—. Vine a preguntarte si podías darme el imán. He tenido que esperarme siglos para preguntártelo. ¿Te estaba riñendo Alicia?

—No —repuso bruscamente June—. No seas tan preguntona y métete en tus cosas. Aquí tienes el imán.

Nora lo cogió, enfadada. Estaba satisfecha de haber sido elegida por las de segundo para poner en práctica la broma concebida en la clase de sexto. Lo había planeado todo cuidadosamente, con la ayuda de Felicity.

—Entré en la clase de sexto y me llevé uno de los cuadernos que había sobre el pupitre —le había dicho Felicity a Nora—. Todo lo que tienes que hacer es entrar en el cuarto, pedir perdón y preguntarle a *Mademoiselle Dupont* si el cuaderno pertenece a alguna de las de sexto. Puedes actuar mientras lo está examinando.

Parecía fácil. Nora estaba nerviosa cuando llegó el momento. Las de segundo tenían hora libre, pero las de los cursos superiores daban lecciones. Nora se fue de prisa a la clase de sexto con el cuaderno.

Escuchó el zumbido de alguien leyendo en voz alta en francés cuando llegó. Llamó a la puerta. La voz de *Mademoiselle* se dejó oír en el acto.

—«*Entrez*».

Nora entró con la libreta.

—Perdón, *Mademoiselle* —dijo, alargándole el cuaderno—. ¿Pertenece a alguna de su clase? *Mademoiselle* tomó la libreta y la hojeó.

—¡Ah! —dijo—, es el cuaderno que Mary-Lou encontró a faltar.

Entretanto, Nora sostenía el poderoso imán a dos pulgadas del flamante moño de *Mademoiselle*.

Los agudos ojos de Alicia observaron su acción, mientras miraba, creyendo apenas lo que veían sus ojos. Inmediatamente todas las horquillas de *Mademoiselle* se pegaron al imán. Nora lo retiró cuidadosa y rápidamente y dijo:

—Gracias, *Mademoiselle* —y se fue a toda prisa del aula antes de que explotara de risa. Alicia estaba segura de haber oído al pequeño mico de Nora resoplando en el pasillo mientras huía velozmente.

Mademoiselle pareció notar algo. Casi siempre llevaba más horquillas sujetándole el moño que *Mademoiselle Rougier*, y probablemente había notado cómo se le escapaban. Levantó su mano, e inmediatamente se le deshizo el moño, cayéndole el cabello sobre la espalda.

—«¡*Tiens!*» —exclamó *Mademoiselle*, sorprendida. Todas las chicas levantaron la cabeza.

Alicia no podía contener la risa. *Mademoiselle* palpó su cabeza con una mano en busca de las horquillas. No pudo hallar ni una.

—«¡*Que c'est drôle ca!*» —comentó *Mademoiselle*. (¡Qué curioso!).

Se levantó y miró al suelo, pensando en si por alguna extraordinaria razón sus horquillas se habían caído allí. No, no estaban allí. *Mademoiselle* se puso de rodillas y buscó afanosa debajo de su pupitre para cerciorarse.

Las chicas empezaron a reírse. Alicia les había contado taquigráficamente lo ocurrido. El espectáculo de la pobre *Mademoiselle* buscando por el suelo sus horquillas con el pelo colgándole por un hombro era demasiado cómico, incluso para las formales chicas de sexto.

Mademoiselle se levantó con aire preocupado. Continuó la desesperada búsqueda de las horquillas desaparecidas. Supuso que posiblemente se le habrían caído cuello abajo por entre el vestido. Se levantó, aflojó el cinturón y empezó a moverse grotescamente fijando la mirada en el suelo por si aparecían. Se palpó alrededor del cuello, con una expresión de asombro.

Vio a las chicas que se estaban riendo.

—¡*Sois* unas chicas malvadas! —acusó—. ¿Quién ha cogido mis horquillas? Han desaparecido. ¡Ah, esto es una cosa extraña y sorprendente!

—Muy «*piggy-hoo-learr*» —dijo la voz de Suzanne.

—Pero nadie pudo cogerle sus horquillas, *Mademoiselle* —se excusó Darrell—. Ninguna de nosotras nos hemos acercado esta tarde a su pupitre.

—«*Spa c'est vrai*» —contestó *Mademoiselle*, con rostro alarmado. (Esto es verdad)—. No puede tratarse de ninguna broma, pero mis horquillas han desaparecido. ¿Vosotras veis alguna?

Ésta petición fue la oleada que rompió el dique. Se desencadenó una búsqueda desesperada por todos los rincones, por ridículos que fuesen. Darrell estaba riéndose sin remedio, incapaz de dominarse. Durante tres o cuatro minutos las de sexto actuaron como niñas de primero. Irene explotó varias veces, e incluso la inflexible Amanda soltó algunas carcajadas.

—Chicas, chicas, por favor —les rogó *Mademoiselle*—. La señorita Williams está en la clase de al lado; ¿qué pensará?

La señorita Williams pensó muchas cosas. Pensó en qué demonios estaría ocurriendo en la clase de sexto, generalmente tan tranquila. Lo que nunca habría supuesto era que andaban a la caza y captura de horquillas.

—Me marchó. Voy a hacerme el moño de nuevo —dijo la profesora francesa, y desapareció de una manera digna, aunque muy precipitada.

Capítulo 17

JO Y DEIRDRE

Las de sexto se rieron a más no poder.

—Fue aquel mico de Nora —dijo Alicia—. Vi el imán en su mano. ¡Vaya descaro! Una de segundo viniendo aquí a nuestra clase.

—Pero fue muy gracioso —afirmó Clarisa, limpiándose las lágrimas—. No me he reído tanto en muchos años. ¡Ojalá Nora lo repitiera otra vez y pudiera captar todos sus movimientos!

—Pobre *Mademoiselle*. Está totalmente confundida —dijo Mary-Lou.

—«Ah, ca c'est tres, tres piggy-hoo-leearr» —comentó Suzanne, disfrutando de lo lindo con el chiste—. «*Very, very piggy-hoo-leeearr. Very scrumpleeeee-cious*».

Mademoiselle había entrado precipitadamente en el pequeño cuarto de trabajo que compartía con la señorita Potts, la profesora de primero. Ésta se sorprendió al ver aparecer a *Mademoiselle* tan repentinamente, con el pelo colgándole por la espalda, aunque debido a los años de convivencia con la francesa, la señorita Potts se había acostumbrado a los diferentes comportamientos «*piggy-hoo-leeearr*» de *Mademoiselle*.

—Señorita Potts, se han ido todas mis horquillas —dijo *Mademoiselle*.

—¿Horquillas? ¿Qué horquillas? —preguntó la señorita Potts—. No querrá usted decir las horquillas de su pelo, ¿verdad? ¿Cómo pudieron irse?

—Esto es lo que no sé —repuso *Mademoiselle* mirando a la señorita Potts con ojos tan trágicos que la profesora inglesa tuvo que hacer esfuerzos para contener su risa—. En un momento mi moño está aquí arriba, en el otro, deshecho. Y cuando busco mis horquillas, se han ido.

La señorita Potts le manifestó sin ambages que se trataría de alguna broma de las niñas.

—No, no, señorita Potts —aseguró *Mademoiselle*—. Ni una chica dejó su sitio para venir hasta mi mesa esta tarde.

—Entonces sólo veo una posibilidad —manifestó la señorita Potts para zanjar la cuestión—, no puso las horquillas precisas para aguantar el moño y se le cayó.

Mademoiselle encontró algunas horquillas y sujetó su moño tan fuertemente que tenía un aspecto muy curioso. Pero esta vez no quería arriesgarse. Se fue de nuevo a la clase con su dignidad restaurada.

Nora contó lo que había hecho cuando volvió junto a las de segundo y éstas también se solazaron riendo.

—Apuesto a que las de sexto se rieron a gusto cuando el moño de *Mademoiselle* se vino abajo —comentó June—. ¡Es una pena que no pudieras quedarte para verlo!

La primera de sexto que vieron fue a la chica francesa Suzanne. Se acercó rápidamente hacia ellas, sonriendo.

—¡Ah mala Nora! —exclamó, y una verborrea francesa salió de su boca.

Susan, que entendía bien el francés, lo tradujo rápidamente, y las de segundo rieron encantadas ante la vivida descripción del asombro y confusión de *Mademoiselle*.

—A Clarisa le gustaría que lo repitieras para verlo ella —dijo Suzanne en francés—. Nos gustaría ver cómo lo hacéis. A mí también me gustaría mucho. Somos demasiado mayores y prudentes para hacer bromas, pero no nos molesta ver cómo otras las hacen.

Ésta insinuación por parte de Suzanne fue maligna. Ninguna de las de sexto sería tan tonta como para alentar a las más jóvenes a gastar bromas en la clase de sexto, que era lo que Suzanne les estaba diciendo; pero ella era francesa. No tenía la misma noción de la responsabilidad que las chicas británicas.

A menudo le aburrían las lecciones y echaba de menos el gastar bromas. Si las de segundo querían aportar alguna, sería «*magnifique*», «*superbe*».

—Muy bien —dijo June, en seguida—. Si esto es lo que quieres, así será. Pensaré algo para entretenimiento de las de sexto.

June estaba ahora aburrida después de haber renunciado a los entrenos. Estaba de humor para urdir alguna travesura. ¿Qué podía hacer? Y en el acto puso en marcha su agudo cerebro.

Jo estaba disgustada porque nadie la había puesto al corriente sobre el asunto de las horquillas, como tampoco que Nora era la encargada de realizarlo.

—Hubieseis podido informarme —se quejó—; siempre me excluís.

—Como te falta tiempo para írselo a contar a tu bebé de primero, a Deirdre —se defendió June—, por eso no te contamos nuestros secretos.

—El paquete que me llegó hoy lo compartiré con la primera clase y no con vosotras —sentenció Jo.

—Hazlo —repuso June—. Probablemente así lograrás comprar su amistad. Desgraciadamente no puedes comprar la nuestra. Es una pena, pero es así.

Jo se sentía defraudada. Empezaba a comprender que el dinero, los dulces y la comida no impresionaban a las chicas de su curso, pero quizá si diera una maravillosa fiesta a medianoche el día de su cumpleaños, y las invitara a todas, y ella se comportara modesta y amablemente, quizá pensarán que no era tan despreciable...

Pero ¿cómo podría organizar una gran fiesta sin dinero? Caviló acerca de las cinco libras que tenía el ama. Todavía no las había reclamado.

—Si lo hago, no me las dará —se lamentó Jo a Deirdre por enésima vez—. Debo armarme de valor y meterme en su cuarto, a ver si puedo localizar el lugar donde guarda mi dinero.

La oportunidad llegó inesperadamente. El ama envió un mensaje a través de Susan para que Jo fuera a verla.

Jo se puso pálida.

—¿Para qué? —preguntó.

—No lo sé —repuso Susan—. Probablemente has vuelto a remendar tus guantes rojos con lana azul. Tú crees que el ama no distingue los colores cuando haces cosas así.

Jo se marchó tristemente.

Halló la puerta de la habitación del ama abierta, y entró. No había nadie. Desde lejos, en el

pasillo, podía oír unos lamentos. Alguna niña debió caerse y el ama la estaba curando. Jo dio una rápida mirada alrededor del conocido cuarto. Unas botellas de medicina... de repente le dio un vuelco el corazón. En un rincón de la habitación descubrió una caja fuerte. En ella guardaba el dinero de las chicas y el de la administración; y la puerta estaba entreabierta, con las llaves colgando de la cerradura. Evidentemente el ama había tenido que salir de prisa, olvidándose de las llaves.

Jo fue hacia el pasillo mirando en ambas direcciones. Entró de nuevo y fue corriendo a la caja fuerte. Abrió la puerta... un montón de billetes ocupaban un estante; el otro estaba repleto de monedas de plata. Con agilidad Jo cogió algunos billetes, los metió en el bolsillo de su pantalón y huyó.

Nadie la vio salir. No se encontró con ser viviente mientras corría de regreso. Fue a encontrar a Deirdre y las dos se encerraron en uno de los cuartos de baño.

—Mira —dijo sacando el dinero del bolsillo de su pantalón—. No había nadie en la oficina del ama. De nuevo tengo mi dinero.

—Pero, Jo, aquí hay más de cinco libras —observó la pequeña Deirdre.

Así era. Había nueve billetes de una libra, todos nuevos.

—Caramba, no creí tomar tantos —repuso Jo—. No importa. Me quedaré prestadas las otras cuatro. Escribiré a papá que me mande cuatro libras y entonces las devolveré.

—¿No será cómo un robo si no las devolvemos en seguida? —preguntó Deirdre.

Jo estaba tan asustada de que Deirdre le rogaba que las devolviera que no quiso dar importancia al hecho.

—Claro que no —respondió—. No seas tonta. Siempre tengo mucho dinero. No necesito robar, ¿verdad? Ya te lo he dicho, de estas libras, cinco son mías y cuatro las acabo de tomar prestadas, y las devolveré la semana que viene.

Deirdre se animó.

—¿Vamos ahora a comprar cosas para la fiesta? —preguntó—. ¡Caramba, cuánto podremos comprar! Iremos a la ciudad, ¿eh? La próxima vez que podamos salir, compraremos montones de cosas.

Jo se sentía muy orgullosa ahora. Sentía que había hecho algo muy temerario. Obtuvo dos imperdibles y prendió los billetes en el bolsillo de sus pantalones azul marino de gimnasia, temerosa de que los billetes se le cayeran del bolsillo si seguía ocultándolos en el mismo sitio.

Al día siguiente salieron de paseo.

—¿Dónde esconderemos las cosas? —dijo Jo—. No me atrevo a subirlas al dormitorio, y la clase no es segura.

—Como que no es fácil que llueva, podríamos esconderlas debajo de un seto en algún sitio —propuso Deirdre.

Adquirieron muchas cosas. Paquetes de galletas, potes de leche, sardinas en conserva, barras de chocolate por docenas, bolsas de dulces y melocotones y peras en almíbar. Salieron tambaleándose con la mitad de las cosas, prometiendo que volverían por el resto. Aunque se llevaron dos mochilas, no pudieron meter en ellas ni la mitad de los artículos adquiridos.

En el campo encontraron un lugar adecuado donde esconder sus mercancías. Un viejo árbol caído formaba una oquedad en sus raíces. Las chicas lo metieron todo en el pequeño hueco y volvieron por el resto de las cosas.

Pagaron la factura, siete libras con nueve chelines, y seis peniques. Deirdre apenas podía creer lo que estaba oyendo. Era más dinero del que había gastado en cinco años.

—Sin embargo, hemos conseguido muchas cosas con ese dinero —comentó Jo, mientras volvían tambaleándose, cargadas con latas y paquetes—. Hay comida más que suficiente para las veintitrés chicas de la clase.

Escondieron la segunda remesa de comida, esparcieron ramajes de hiedra sobre la abertura del hueco y regresaron al colegio muy contentas consigo mismas. Habían decidido comunicarlo a una docena de chicas del segundo para que las ayudaran a retirar luego los comestibles.

Pero antes de que pudiera decírselo a nadie, Jo se encontró metida en un buen lío. Según el reglamento, las de segundo podían salir de paseo acompañadas de alguna muchacha de los cursos superiores. Las de primero sólo podían salir acompañadas de una de sexto o por una profesora, aunque la regla a veces no era tenida en cuenta. Jo no había cumplido el reglamento y además llegó con una hora de retraso, pues las de primero tenían distintos horarios de estudio.

Así que aquella tarde la señorita Parker, la profesora de segundo, dio un susto mayúsculo a Jo. Tras haber recibido una nota manuscrita, golpeó la mesa y cuando todas las miradas se fijaron en ella, dijo:

—Aquí tengo una nota en la que se me informa que Deirdre Baker, del primer curso, fue sacada a paseo por una del segundo, lo cual es contrario al reglamento. No ha regresado hasta una hora después de haber empezado el estudio de la primera clase. Deirdre no ha dado el nombre de la chica de segundo. Por lo tanto, pido que se ponga en pie la que ha hecho eso.

Desde luego, todo el mundo sabía que era Jo. La habían visto salir con Deirdre y, aunque no la hubieran visto, habían deducido que era ella por la amistad que ambas se tenían. Una o dos miraron con expectación a Jo.

Y Jo temía admitirlo. Tema miedo a manifestar dónde había estado, qué habían comprado y de dónde había proveniendo el dinero. Tembló en su silla, y mantuvo baja la vista. Sus mejillas se sonrojaron. La profesora esperó dos minutos en silencio.

—Muy bien —sentenció la profesora—. Si la culpable no quiere acusarse, deberé castigar a toda la clase. Durante tres días no podréis jugar ni bañaros en la piscina.

Capítulo 18

LA HUIDA

A pesar de esto, Jo no se levantó. No podía. ¡Las chicas no comprendían! No era sólo la cuestión de admitir que había sacado a Deirdre sin permiso, era todo lo demás que podía ser descubierto: las nueve libras, por ejemplo.

¡Nueve libras, nueve libras! Repentinamente esta idea fue agrandándose más y más. ¿Por qué las había tomado? Sólo por el afán de poseer dinero para impresionar a Deirdre, para que la pequeña la considerase algo superior. Jo mantuvo baja la vista durante el resto del estudio, pero no sentía deseos de estudiar en absoluto.

La tormenta estalló en el dormitorio aquella noche.

—Jo, ¿qué pretendes con tu silencio? —le preguntó June—. Has de ir inmediatamente a la habitación de la señorita Parker y decirle que has sido tú. ¡Anda, ve!

—No fui yo la que salió con Deirdre —negó débilmente Jo.

—¡Oh, Jo! ¡Eres incorregible! ¿Cómo puedes decir esta mentira? —exclamó Felicity—. Baja y acúsate. ¿No pretenderás realmente que toda la clase se vea privada de los deportes y baño por tu culpa? Si obras así, es que debes de estar loca.

—Muy bien, estoy loca entonces —admitió Jo, sintiéndose como un animal acorralado al contemplar los hoscos ceños de sus compañeras acusándola.

—No mereces estar en *Torres de Malory* —sentenció Susan, con voz cortante—. No puedo imaginarme por qué viniste a este colegio. Estás empeorando en vez de reformarte.

—No —replicó enojada Jo, llenándosele los ojos de lágrimas.

—Eso es, llora —añadió Catherine—. Te lo mereces. Ahora, por última vez, ¿vas a confesarlo ahora mismo?

—Yo no estaba con Deirdre —repitió Jo, obstinadamente.

—Te mandaremos a «*Coventry*» —amenazó June—. Ninguna de nosotras te hablará. Nadie querrá saber nada contigo durante tres semanas completas. Éste terrible castigo se reserva especialmente para las niñas que se portan como tú, Josefina Jones; para aquellas que permiten que otras sean castigadas por una falta que únicamente ha cometido ella. Son demasiado cobardes para impedirlo. No te hablaremos durante tres semanas.

—Pero pronto será mi cumpleaños, y voy a dar una gran fiesta para todas —exclamó Jo, desesperada.

—Serás la única en tu fiesta —afirmó June, ásperamente—. A menos que quieras invitar a aquella pobre tonta de Deirdre. Desde este momento, Jo, estás en «*Coventry*».

Jo desconocía lo que era ser mandada a «*Coventry*». Era nuevo para ella. Significaba que ni una sola niña le hablaría, le respondería o siquiera la miraría. Podía haber estado allá o no estar, por el caso que le hicieron aquella noche. Jo lloró en la cama. ¿Por qué no habría dado aquellas

cinco libras al ama tan pronto como las recibió de su tía? Entonces fue cuando empezó todo el jaleo.

Esperó a que las demás estuvieran dormidas, y luego fue en busca de Deirdre. Las dos salieron con sigilo al pasillo para susurrar.

—Deirdre, no lo aguanto —lloró Jo—. Me escaparé. Quiero irme a casa. ¡Todo el mundo es cruel aquí conmigo! ¡Excepto tú!

—No debería haber ido contigo de compras —susurró Deirdre—. Yo soy la causa de todo el conflicto.

—¡Oh, Deirdre! ¿Vendrás conmigo si me escapo? —preguntó Jo, gimiendo—. Por favor, di que vendrás conmigo.

Deirdre dudó. La idea de escaparse la asustaba, pero era muy débil y muy fácil de gobernar. Jo era la más enérgica de las dos, y había sido muy generosa con ella.

—Muy bien, iré contigo —respondió, e inmediatamente Jo se animó. Empezaron a planearlo.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo Jo—. Llevaremos todo aquella comida a la cabaña que vimos en el campo cuando fuimos de excursión, ¿te acuerdas? Las de primero y segundo fuimos juntas, y todas jugamos en la cabaña. Llevaremos allí la comida, y nos podremos quedar un día o dos, antes de buscar el camino de casa.

Esto le parecía una aventura bastante agradable a Deirdre. Asintió en seguida.

—Es mejor que nos levantemos temprano mañana —sugirió—, para poder trasladar las cosas. Tendremos que hacer por lo menos dos viajes, y aquella cabaña está bastante lejos.

Jo se sentía bastante animada ahora. ¿Qué pensarían las de segundo cuando se enteraran de que al mandarla a «Coventry» la habían obligado a escaparse? Jo no pensó en la preocupación que causaría al colegio o a sus padres, al desaparecer voluntariamente. Era una completa egoísta, y pronto empezó a ver todo como una estupenda aventura.

De una forma u otra, logró despertarse a la mañana siguiente muy temprano. Se vistió y despertó a Deirdre, cuya cama estaba, afortunadamente, al lado de la puerta en el dormitorio. Las dos se fueron silenciosamente. Por fin llegaron al hueco en donde habían escondido los alimentos, e iniciaron el largo camino de ida y vuelta a la cabaña. Les tomó más tiempo del previsto. La cabaña era un buen sitio para esconderse. Estaba lejos de cualquier carretera, y sólo un camino vecinal llevaba hasta ella. Nadie, excepto algunos paseantes, llegaban generalmente a sus cercanías.

—Ya está —dijo Jo, satisfecha, colocando la última lata de melocotones—. Debemos acordarnos de traer un abrelatas. Con esta comida tenemos suficiente para muchas semanas, Deirdre.

—Debemos regresar pronto —dijo Deirdre, observando su reloj—. Llegaremos muy tarde para el desayuno, y hagamos lo que hagamos, no deben vernos juntas.

—Nadie nos ha visto nunca hasta ahora —afirmó Jo—. Hemos tenido suerte.

Era verdad que nadie las había reconocido. Pero alguien las había visto. Lejos, en la distancia, Bill, sobre su caballo «Relámpago», y Clarisa, montando a «Patás Alegres», habían salido para cabalgar un rato y habían seguido un camino no muy distante de la cabaña. Los agudos ojos de

Bill habían observado las dos figuras dirigiéndose a la cabaña.

—Curioso —exclamó—; parecen dos chicas de *Torres de Malory* por el uniforme. Quizá sean dos que han ido a dar un paseo matutino.

—Probablemente —contestó Clarisa. Y no pensaron más en ello. Siguieron galopando, y tuvieron una cabalgada estupenda, regresando justo antes de que Jo y Deirdre llegaran.

Ambas tuvieron mucho cuidado al regresar de entrar por caminos distintos.

Habían planeado escaparse aquella noche, cuando todas las demás estuvieron en la cama dormidas. Las de segundo estaban sorprendidas ante el comportamiento de Jo aquel día. Habían esperado que se sintiera triste y apagada pues el ser completamente ignorada era un castigo muy severo; pero, en vez de ello, Jo estaba alegre y con ojos brillantes, pareciendo no importarle lo más mínimo el haber sido enviada a «*Coventry*».

—Es una pequeña fiera de piel dura —afirmó June a Felicity.

June lo hacía por partida doble, no sólo ignoraba a Jo, sino también a Amanda. Ocurrió que se encontraron bastantes veces durante aquellos días, y June se alegró mucho de volverle la espalda a Amanda, de una forma bien remarcada.

Aquella noche, cuando las chicas del dormitorio de segundo estaban completamente dormidas, Jo se levantó y se vistió sigilosamente. Plegó la manta de su cama y entró en silencio al dormitorio de Deirdre. Ésta ya la esperaba despierta, medio asustada ahora que había llegado el momento. De tener más valor, hubiera renunciado completamente a la idea.

Pero Jo no tenía la menor intención de renunciar o de permitir que Deirdre lo hiciera. Al cabo de poco tiempo las dos estaban deslizándose por el pasillo iluminado por la Luna, cada una con su manta bajo el brazo. Era fácil abrir la puerta del jardín y salir del recinto.

—Me alegra que haya luna —comentó Deirdre, con una risita medio asustada—. No me gustaría marcharme en una noche oscura. ¡Oh, Jo! ¿Estás segura de que está bien lo que hacemos? ¿Estás segura de que a tu familia no le importará que llegue yo contigo?

—¡Oh, no! Te recibirán como mi amiga —afirmó Jo—. Y se reirán ante nuestra aventura. Sé que lo harán. Pensarán que es estupendo.

Por fin llegaron a la cabaña. Toda la comida estaba allí. Echaron sus mantas sobre el suelo y se acostaron encima para dormir. Hacía bastante calor, pero durante un tiempo ninguna de las dos pudo conciliar el sueño. Al final Jo abrió un paquete de galletas y comieron seguidamente. Deirdre fue la primera en dormirse. Poco después a Jo se le cerraron los ojos.

«¿*Qué dirán las chicas mañana?* —pensaba Jo antes de dormirse—. *La señorita Parker sentirá haber dicho aquellas cosas desagradables. Como también Mademoiselle, también...*». Pero Jo estaba ahora completamente dormida, y ni siquiera oyó cómo un pequeño erizo se escapaba corriendo por el suelo de la cabaña.

Nadie hizo caso de las camas vacías de las chicas por la mañana. Era corriente que alguien se levantara temprano para ir a pasear o nadar. Las de primero, y segundo bajaron armando ruido, charlando, como de costumbre.

Pero al cabo de poco tiempo la noticia se esparció por todo el colegio.

«*Jo se ha marchado. Deirdre se ha marchado. Nadie sabe dónde están. Las han buscado por*

todas partes».

Las de segundo no podían evitar sentirse algo culpables. ¿Había sido su castigo el motivo que impulsó a Jo a huir? ¿Había dicho tan a menudo que se escaparía! De todos modos, quizá se había escapado porque no podía soportar el ser enviada a «*Coventry*», y se había llevado a la pequeña y débil Deirdre con ella. ¿Qué pasaría? ¿A dónde demonios se habían ido?

Se informó a la policía. La señorita Grayling llamó al señor Jones y le informó que su hija había huido, pero que esperaban encontrarla; y también a otra chica que se había ido con ella. No podían haber ido lejos.

La señorita Grayling estaba asombrada de la reacción del señor Jones ante la noticia. Había esperado que se disgustara y preocupara; esperaba que hiciera cargos a la dirección del colegio por no haber tenido más cuidado de Jo. Pero a través del teléfono, le llegó un torrente de risas.

—¡Ja, ja, ja! ¡Eso es típico de nuestra Jo! Es igual que yo, ¿sabe? ¡Las veces que hice novillos al colegio! No se preocupe por nuestra Jo, señorita Grayling. Sabe cuidarse bien de sí misma. Quizá está camino de casa. Le telefonearé si llega.

—Señor Jones, la policía ha sido informada —indicó la señorita Grayling, disgustada ante la reacción poco seria del padre de Jo—. Intentaré que no trascienda a los periódicos todo el tiempo que pueda, claro.

—¡Oh, no se preocupe por eso! —contestó el sorprendente señor Jones—. Me gustaría que nuestra Jo ocupara los titulares de la prensa por una aventura de esa índole. Gran chica nuestra Jo, ¿verdad?

Se sorprendió al oír el «*clic*» del receptor al ser colgado firmemente por la señorita Grayling.

—¿Qué le pasa? —dijo—. Cortarme así. ¡Eh, Ma! ¿Dónde estás? ¡Nunca dirás lo que ha hecho nuestra Jo!

Una noticia muy turbadora le llegó a la señorita Grayling por la mañana. Se presentó el sargento de la policía, que había sido informado acerca de las chicas desaparecidas. Cuando la directora hubo dado la descripción de ambas niñas, el sargento se aclaró la garganta y habló algo embarazosamente.

—Er... acerca de aquella otra cuestión que usted informó hace poco, señorita Grayling —dijo—. Los billetes que fueron robados de la caja fuerte, y cuya numeración me facilitaron, han sido localizados.

—¡Oh! —exclamó la señorita Grayling—. ¿Sabe, entonces, quién es el ladrón?

—Sí... y no —contestó el sargento—. Ésos billetes fueron entregados a dos tiendas en la ciudad, por una chica de *Torres de Malory*. Entró con otra chica y compraron mucha comida, latas de conservas.

El corazón de la señorita Grayling le dio un vuelco. Se cubrió los ojos. No, una chica de *Torres de Malory*, no. ¿Podía haber una ladrona entre las chicas?

—Gracias, sargento —dijo por fin—. Haré averiguaciones acerca de quiénes eran las chicas. Buenos días.

Capítulo 19

UNA MAÑANA TERRIBLE PARA JO

Pronto se puso en evidencia que habían sido Jo y Deirdre las que habían hecho las compras. Todo fue recomponiéndose poco a poco. El ama explicó cómo había encontrado los billetes de una libra, y sabía que cinco pertenecían a Jo. Ella nunca los había reclamado.

Las de segundo explicaron que Jo pensaba comprar comida para dar una fiesta de cumpleaños. La señorita Parker añadió la pieza faltante de la salida de Deirdre. Ninguna de las dos de segundo se había revelado culpable, pero dijo:

—No hay duda alguna de que era Jo.

—Sí —afirmó la directora, intuyendo ahora la miserable historia. Jo había ido al cuarto del ama y, aprovechando su ausencia, había querido recuperar su dinero; pero, con las prisas, sin duda, había cogido más de la cuenta y ante el temor de ser descubierta al devolverlo, se lo había guardado. Entonces había ocurrido el conflicto y el temor y la tristeza causados por el castigo, había hecho que Jo se escapara. ¡Tonta, mal criada e incorregible Jo!

—La culpa principalmente la tienen sus padres —afirmó la señorita Grayling al ama—. Nada puede hacerse en este sentido, me temo. No somos ninguna ayuda para ella.

Llamaron a la puerta. Eran Bill y Clarisa.

Se habían acordado de las dos figuras que habían visto cerca de la vieja cabaña la mañana anterior. ¿Podían ser Jo y Deirdre?

—Es muy posible —contestó la directora—. Pudieron haber escondido allí su comida y acampar. ¿Conocéis el camino?

—Oh, sí —asintió Bill—. A menudo cabalgamos por allí. Si usted quiere, podemos llegarnos hasta allí en un momento. Nuestros caballos son muy veloces y comprobaremos si las dos chicas están allí.

—La señorita Peters, que también monta, puede ir con vosotras —sugirió la directora—. Si las chicas están allí, traedlas.

Así que las tres amazonas partieron y cabalgaron por campos y colinas hasta que llegaron al camino cercano a la cabaña. Jo y Deirdre, sentadas dentro de la cabaña, tomaban su cuarto «refrigerio» aquella mañana. Oyeron los cascos. Deirdre miró por la ventana.

—Son Bill, Clarisa y la señorita Peters —exclamó escondiéndose en seguida con aspecto de asustada.

—No sospecharán que estamos aquí —contestó Jo, con pánico.

Pero, naturalmente, sí que lo habían sospechado. En breve, las tres desmontaron y la señorita Peters se dirigió a la cabaña. Miró dentro. Vio a Jo y Deirdre sucias y desaliñadas; asustadas y escondidas en un rincón.

—¡Así que estáis aquí! —fue su saludo—. ¡Vaya par de idiotas! Salid en seguida fuera. Ya

hemos soportado bastante vuestra tontería.

Como dos cachorros atemorizados, Jo y Deirdre salieron de su cobertizo. Bill y Clarisa las miraron.

—Así que erais vosotras las que vimos ayer —afirmó Bill—. ¿A qué estáis jugando, a los indios?

—¡Bill!, ¿vamos a meternos en un gran jaleo? —dijo Deirdre muy pálida. No había disfrutado de la noche en la cabaña. Había arreciado el viento y, muy temprano por la mañana, había sentido frío. Se había despertado y ya no pudo dormir más. También parecía haber un desagradable olor en la cabaña. «Quizá fueran ratones», pensó Deirdre, con lo que la atemorizaban.

Bill miró a la descompuesta Deirdre y sintió pena por ella. Era de primer curso, sólo contaba doce añitos y era pequeña, débil y muy tímida. Justo el tipo que Jo escogería para presumir ante ella y persuadirla.

—Mira, Deirdre, has sido una idiota y podría haberos causado muchos trastornos, si no fuera porque Clarisa y yo os vimos el otro día cuando andabais por aquí —le dijo Bill—. Menos mal que vuestra desaparición no ha llegado a los periódicos. Lo mejor que puedes hacer es ser completamente sincera y honesta. Arrepentirte de lo que has hecho y prometer que no volverás a repetir un acto semejante. Vuelve una nueva página. Entonces me atrevo a decir que recibirás una nueva oportunidad.

—¿Me expulsarán? —preguntó Deirdre con pánico ante la idea—. Mi padre se disgustaría enormemente. No tengo madre.

—No creo que te expulsen —contestó Bill, amablemente—. Por lo que me he enterado, no tienes mala fama entre las profesoras y compañeras. Ahora, ven conmigo. Montarás en la grupa de «Trueno».

A Deirdre le asustaban los caballos, pero aún la asustaba más desobedecer a Bill y meterse en más jaleos. Se subió sobre «Trueno» y Jo en el caballo de la señorita Peters. Ésta le dirigió pocas palabras a la sucia y desarreglada Jo.

—El querer huir de los contratiempos no es bueno. No puedes evadirte de las dificultades que tú misma te has creado. Acuérdate de esto, Jo. Ahora, agárrate a mí y nos marcharemos.

Llegaron justamente alrededor del recreo. Se oyó el ruido de los cascos cuando subían por la calzada y las chicas salieron a contemplar a las dos evadidas. Miraron en silencio a la desaliñada pareja que llegaba con un aspecto muy abatido.

Las dos fueron llevadas inmediatamente ante la señorita Grayling. Deirdre estaba moralmente deshecha. ¡Cómo pudo escuchar a Jo! ¿Qué diría su padre? Ella era todo lo que él tenía, y ahora se avergonzaría de tener una hija que tuvo que ser expulsada del colegio.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, y antes de que la señorita Grayling despegara los labios, Deirdre dio rienda suelta a sus sentimientos.

—¡Señorita Grayling, lo siento! ¡No se lo diga a mi padre, por favor, no lo haga! Él confía en mí, y yo soy todo lo que tiene. Señorita Grayling, no me expulse. Nunca, nunca volveré a hacer cosa semejante, ¡se lo prometo! No me explico por qué lo hice. Si me da una oportunidad, me esmeraré todo lo posible y seré una alumna modelo. Señorita Grayling, por favor, créame.

La directora sabía distinguir entre el verdadero arrepentimiento y la comedia. El estado de ánimo de aquella muchachita no era el de querer librarse de un castigo; era el de una niña que estaba escandalizada ante lo que había hecho. Alguien que pensaba en el efecto que su acto podría tener sobre lo que ella quería; alguien con el sincero deseo de enmendar un error.

—Le demostraré que siento lo que le digo —siguió Deirdre de forma implorante, limpiándose las lágrimas con una mano muy sucia, y llenándose la cara de manchurrónes—. Impóngame todos los castigos que quiera, los cumpliré; pero, por favor, que no se entere mi padre. Él confía en mí.

—El escaparse nunca nos lleva a ninguna parte —empezó la directora, gravemente—. Es una cobardía. El enfrentarse con los problemas es más heroico. He de decidir lo que haré contigo. Luego te llamaré. Estoy segura que sabrás enfrentarte valientemente, sea cual fuere mi decisión.

Se volvió hacia el ama, la cual estaba sentada en un rincón de la gran estancia, y le dijo:

—Llévese a Deirdre. Necesita un baño, para empezar y ropas limpias. Que no vaya a clase hasta mañana. Dele algún quehacer. Cuando se haya apaciguado un poco, la volveré a llamar.

Ambas salieron del despacho de la directora.

—Vamos, hija —le dijo el ama—, pronto quedarás como nueva. Nunca en mi vida he visto una niña tan sucia. Un baño caliente y ropas limpias te harán sentirte mucho mejor. Y después de esto, me ayudarás a arreglar el armario de la ropa blanca. Esto te tendrá ocupada. También te evitará meterte en líos.

Cogió amablemente el brazo de la chica y Deirdre dio un suspiro de alivio. Siempre sentía miedo ante el ama; pero de repente le pareció una verdadera roca, algo donde apoyarse; «*casi como una madre*», pensó Deirdre, que tanto había echado de menos el cariño maternal. Se mantuvo cerca del ama; quería preguntarle si creía que la directora la expulsaría, pero tenía miedo de la respuesta.

¡Pobre Deirdre! No había nacido para ser protagonista de aventuras.

Jo había estado en pie silenciosa todo este tiempo, temerosa de decir una palabra. La señorita Grayling la miró.

—Espero que tu padre llegará dentro de unos diez minutos —dijo—. De lo contrario, también te hubiera enviado para que te dieran un baño. Pero será mejor ahora que te contemple así.

El corazón de Jo se animó. Su padre pronto estaría allí. No se enfadaría. Le haría gracia. Se reiría y haría chistes. Lo explicaría a todos sus amigos. Él pondría las cosas en su sitio.

Jo dio un suspiro de alivio.

—Siéntate —ordenó la señorita Grayling—. Hablaremos de este lamentable asunto cuando llegue tu padre. Cuando supe por Bill y Clarisa dónde estabais escondidas, le rogué que viniese en el acto.

La directora empezó a escribir una carta. Jo estaba sentada sin decir palabra. Deseó no tener un aspecto tan sucio. Tenía un gran desgarrón en el uniforme y sus desnudas rodillas estaban negras.

Al cabo de unos minutos se oyó el motor de un coche que se acercaba. «*Papá* —pensó Jo—. *No ha tardado*». El coche se detuvo con un chirrido de frenos y la puerta del mismo fue cerrada con violencia.

Pronto la doncella introdujo al señor Jones en el despacho. Entró sonriente.

—Así que encontró a esa tunanta, ¿eh? —fue su saludo—. ¡Vaya, aquí estás! ¿Es típico de ti, Jo, marcharte así sin decir adiós? Es una gran bribona, ¿verdad señorita Grayling?

—¿No desea sentarse? —repuso la directora, fríamente—. Le he mandado llamar, señor Jones, porque se trata de un asunto muy serio. Es una suerte que la noticia de la fuga no haya llegado a los periódicos.

—Bien, pero..., ¿qué es lo que hay de serio en ello? —explotó el señor Jones—. Se trata de una diversión. Jo es una chica con mucho espíritu, no hay nada malo en lo que ha hecho.

—Hay mucho de malo —replicó la directora—. Tanto es así, señor Jones, que no puedo permitir que su hija siga ni un día más en este colegio. Su permanencia aquí sería contraproducente para las otras niñas y un descrédito para nuestro internado.

El señor Jones no había recibido en su vida una sorpresa tan repentina y desagradable. Se sentó con la boca abierta, apenas dando crédito a lo que oía. ¡Jo expulsada! Querían que se la llevara. ¿Por qué?

Jo estaba sorprendida y horrorizada. Tragó saliva y miró a su padre. Finalmente, éste fue capaz de hablar.

Empezó a jadear fuertemente.

—Sí, pero, escuche. No puede hacer esto. Usted sabe que sólo fue una pequeña travesura. Le admito que Jo no debiera haberlo hecho, que causó mucho jaleo y todo eso, y que tampoco se debiera haber llevado a la otra chica con ella. Pero creo que no debe expulsarla por eso.

—Sí que podemos, señor Jones; si pensamos en la influencia perniciosa que podría reportar —repuso la señorita Grayling—. Desde luego, no ocurre a menudo la expulsión, pero en esta ocasión no puedo ser flexible. No es sólo el hecho de haberse escapado, hay también un asunto de dinero.

Jo se tapó la cara. Deseaba que la tierra se la tragase. Así que la directora lo sabía todo. Su padre parecía confundido. Se levantó y miró a la directora, y su voz tembló.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué mi hija es una ladrona? No lo creo. Siempre ha tenido montones de dinero.

La directora no respondió, simplemente indicó a Jo, que estaba sentada cubriéndose con las manos la cara y resbalándole las lágrimas por entre los dedos. Su padre la miró fijamente, horrorizado.

—Jo —llamó con voz que de pronto se había tornado ronca—. Jo, ¿verdad que no lo hiciste? ¡Oh, no, no lo hiciste! No puedo creerlo.

Jo sólo movió la cabeza afirmativamente. Aquél horrible dinero. Todavía tenía el resto en el bolsillo de su pantalón. Podía sentirlo crujiendo cuando se movía. De repente, sacó un billete de una libra y otro billete de diez chelines. Los colocó delante de la señorita Grayling.

—Esto es lo que queda —dijo—, pero le devolveré el resto.

—Déjeme pagarlo todo, todo. Lo duplicaré —afirmó el señor Jones con la misma enronquecida voz—. Pensar que mi Jo ha tomado dinero...

Tanto la descarada y desvergonzada Jo, como el anteriormente presuntuoso hombre, miraron a la directora humildemente. Ésta se sentía apenada por ambos.

—Creo que no hay necesidad de alargar la entrevista —dijo quedamente—. No quiero ninguna explicación de Jo. Usted puede oírse la, si así lo desea; pero comprenderá usted, señor Jones, que no puedo tener aquí a su hija. Como educadora de futuras mujeres, debo advertirle que usted y su esposa son los culpables porque no supieron darle la fuerza moral que todo hijo necesita.

—¡No, no lo hiciste, papá! —exclamó Jo, llorando—. Me decías que no importaba si yo estaba a la cola de la clase; que tú siempre eras el último. Me decías que no debía preocuparme por el reglamento, que hiciese lo que quisiera. Me decías que mientras lo pasara bien, era lo único que importaba.

El señor Jones se quedó petrificado, silencioso. Repentinamente se dirigió a la directora.

—Creo que Jo tiene razón —repuso con voz que parecía entrecortada—. Éste percance ha sido muy aleccionador para mí. Vamos, hija.

El señor Jones tendió la mano a la señorita Grayling y habló con inesperada dignidad:

—Adiós, señorita Grayling. Siendo yo el responsable, espero que nadie se entere de lo del dinero.

—Claro que no —respondió la directora, dándole la mano—. Y, Señor Jones, aunque la huida la cuente a sus amistades como una aventura y paternalmente disculpe a Jo por haber sido expulsada, le suplico que no haga ningún chiste ante ella. Esto es una cosa seria. Puede ser un cambio en su vida, en bien o en mal, y tiene derecho a esperar que sus padres le mostrarán el camino adecuado.

Al cabo de unos minutos, el coche se alejó con estruendo por el camino. Jo se había marchado, se había marchado para siempre de *Torres de Malory*. Uno de los fracasos que quizás en el porvenir podría ser un éxito, siempre que sus padres la apoyaran.

«*Cuan importantes son los padres* —pensó la señorita Grayling—. *Realmente, creo que alguien debería abrir una escuela para padres*».

Capítulo 20

AMANDA SE VA A NADAR

A Deirdre no la expulsaron. Su verdadera falta fue su debilidad, y aquello podría arreglarse. Cuando supo que podía quedarse, sintió deseos de cantar de alegría. Estaba asombrada por Jo, pero secretamente aliviada de sentirse libre de la fuerte y dominante influencia.

El colegio completo se sintió asombrado también. Era tan sumamente raro que una chica fuera expulsada; pero todo el mundo estuvo de acuerdo en que Jo era verdaderamente incorregible.

—¡Pobre niña! —exclamó Mary-Lou—. ¿Quién podría ser cabal con unos padres tan idiotas, tirando el dinero sin ton ni son y ejerciendo sobre la niña una influencia nefasta, perjudicial para su educación? En fin, fue una de las peores experiencias de *Torres de Malory*, un fracaso.

—Pues yo preferiría tener un padre generoso como el de Jo, en vez de tan tacaño como el mío —añadió Gwen—. El padre de Jo no se hubiese negado a que su hija fuera a un pensionado suizo.

—Es obsesionante esta idea que tienes —le echó en cara Alicia—. Y déjame que te diga que se te ve el plumero. Tu padre es superior al de Jo. ¡Oh, no en el sentido monetario, sino en el aspecto moral, que tiene más importancia que lo otro!

—Era una verdadera pesadilla el comportamiento de Jo —comentó Darrell—. Me alegro de que se haya acabado. Ahora quizá tendremos un poco de paz y tranquilidad.

Más no sucedió así.

Amanda supuso que la marea le favorecería para adentrarse en el mar a la mañana siguiente. Lo esperaba ansiosamente.

Ocupaba un pequeño dormitorio de sexto, con sólo otras tres. Todas las demás eran muy dormilonas: Moira, Sally y Bill. Podía deslizarse fácilmente fuera sin despertarlas. No pensaba decirles a ninguna lo que intentada hacer. En todo caso, ya se lo diría luego. Eran tan exigentes en el cumplimiento de las reglas, pensó Amanda, que todas se escandalizarían; pues sería difícil hacerles comprender que para estar en forma debía enfrentarse al mar abierto y no a la piscina.

Se levantó a las cuatro y media de la mañana. Estaba amaneciendo y el cielo irradiaba una tenue luz plateada. Pronto se convertiría en oro y rosa cuando se levantara el Sol. Era un día maravilloso.

Se puso el albornoz y salió silenciosamente. No se oía ni un ruido en todo el colegio. Pronto estuvo en la piscina, quitándose el albornoz. Debajo llevaba ya el traje de baño. Primero se remojó en la piscina. ¡Estupendo!, sus musculosos brazos azotaron el agua, y su fuerte cuerpo se recreó. Se puso de espaldas haciendo el muerto durante unos minutos. Soñó en los Juegos Olímpicos. Imaginó a las masas, oyó el aplauso y los vítores de los millares de espectadores enardecidos.

Sería algo sorprendente. Amanda disfrutó divagando. Salió de la piscina y emprendió el camino hacia el borde de las rocas. Allí las olas se estrellaban con ímpetu arrollador. Más allá, el mar estaba en calma. Amanda miró hacia el brillante mar y cielo; éste se reflejaba en el mar, y

parecía un límpido y azul espejo. Se sumergió limpiamente en un profundo lago, y nadó allí a través de un canal hasta salir al mar abierto.

«*Por fin* —pensó, mientras sus brazos partían el agua y sus piernas la impulsaban continuamente hacia adelante—, *por fin estoy nadando donde yo quería*».

Braceando, fue adentrándose en el mar. El Sol se elevó en el horizonte y tendió sus rayos hacia la Tierra. En el agua se reflejaba brevísimos destellos y Amanda sonrió satisfecha. «*Splash, splash, splash*», siguió nadando. Ella formaba parte del mismo mar.

Nadie la había visto salir. Había planeado estar de vuelta antes de que nadie bajara para darse el baño matutino. Lo más pronto sería a las siete. Tenía mucho tiempo.

Pero alguien bajó antes aquella mañana. June se despertó muy temprano, no tenía sueño. El Sol le daba directamente en el rostro. Consultó su reloj. ¡Caramba!, faltaba una eternidad antes de que sonase la campana para vestirse. Se sentó y tiró de la bata.

«*Iré a darme un chapuzón* —pensó—. *Ahora que no habrá nadie, practicaré lo que me enseñó Amanda. Veré si me acuerdo de todas sus reglas*».

Bajó silenciosamente las escaleras y salió al recinto, inundado de sol. Ya en la piscina, fue a buscar su traje de baño, que había dejado allí para que se secara, se vistió con él y se sumergió en el agua de una limpia zambullida.

Era maravilloso estar allí, y estupendo tener toda la piscina para ella sola. ¡Generalmente había tanta gente! June flotó silenciosamente, con pereza. Entonces empezó a nadar. Sí, se acordaba de todo lo que le había enseñado Amanda. Voló por el agua a toda velocidad. Su cuerpo flexible como el de un pez cortaba el agua. Fue de un extremo al otro repetidas veces, hasta que se sintió cansada.

Salió para tenderse al sol. Decidió ir hasta las rocas, donde las olas se estrellaban. Fue saltando por los acantilados buscando el lugar apropiado.

Miró distraídamente hacia el mar. ¡Qué azul tan maravilloso! Un azul definido, decidió June. Y de repente sus ojos otearon algo en el mar: un corcho. No, sin duda una boya para indicar a los navegantes la existencia de arrecifes. June no recordaba haberlo visto antes.

Mirando con atención, le pareció que era un brazo blanco levantado. «*¡Madre mía* —pensó—, *es un nadador!*». En alta mar, cogido por la corriente, alguien estaba nadando desesperadamente para evitar que el fuerte oleaje le golpease contra las salientes rocas que había a una cierta distancia.

June se quedó petrificada, latiéndole el corazón con fuerza. Miró fijamente. Sí que era un nadador, aunque no podía distinguir si era hombre o mujer. ¿Sabía él o ella que la corriente lo arrastraba hacia las rocas, en donde las olas se estrellaban con fuerza?

Sí. Amanda lo sabía. Amanda notó la fuerte y rápida corriente. ¿Cómo pudo nunca haberse reído de ella? Era más fuerte que diez nadadores, que veinte. La arrastraba implacablemente. Y no importaban sus esfuerzos; era llevada en dirección opuesta.

Amanda estaba muy cansada. Sus energías se habían diezmado al luchar por mucho tiempo contra la traidora corriente de agua. Observó con pánico que era arrastrada hacia las rocas y a pesar de sus esfuerzos iba perdiendo terreno. No veía ninguna posibilidad de salir con bien si una

de aquellas grandes olas la absorbía y la tiraba contra las rocas. Sería destrozada al instante.

June vio los esfuerzos que el nadador hacía luchando contra la corriente. Sabía que era en vano. ¿Qué podría hacer? ¿Tenía tiempo de regresar corriendo al colegio y dar la alarma? No, no lo tenía.

«*Sólo se puede hacer una cosa —pensó June—. Acercarse al lugar en barca. Si puedo interceptar al nadador antes de que llegue a las rocas, podría salvarlo. Voy a probar*».

Partió corriendo hacia la caseta donde guardaban las embarcaciones. Estaba en una cala donde había una pequeña playa. La puerta estaba abierta y arrastró hasta el agua una de las pequeñas embarcaciones que las chicas algunas veces utilizaban si podían persuadir al viejo barquero Tom de que las llevase a pasear.

A pesar de ser pequeña, era pesada. June estiró y la empujó hasta que logró meterla en el agua y saltó dentro, cogiendo los remos. Empezó a remar a toda velocidad; pero pronto tuvo que reducir la marcha, debido a que se había quedado sin aliento. Miró a su alrededor para ver al nadador.

Allí estaba. Debía ser una mujer, porque tenía el pelo algo largo. ¡Vaya idiota! June tiró fuertemente de los remos horrorizada de ver que la nadadora estaba siendo ahora arrastrada muy cerca de las rocas.

El mar estaba en calma, afortunadamente, así que las olas no golpeaban las rocas tan impetuosamente como en otras ocasiones.

June gritó a la nadadora, pero ésta no la oyó.

Amanda estaba casi agotada. Sus brazos ahora apenas se movían. Ya no podía seguir luchando contra la fuerte corriente.

—¡Voy hacia allá! —gritó de nuevo June. Ésta vez Amanda la oyó. Volvió la cabeza. Una barca. ¡Oh, bendito sea Dios! Pero ¿llegaría a tiempo?

La barquita siguió acercándose. Una ola, de repente, cogió fuertemente a Amanda como una garra. Se hinchó y la lanzó hacia adelante. Una roca escondida la hirió en una pierna y le hizo lanzar un grito de agonía.

«*¡Caramba, está casi sobre las rocas!*», pensó June, llena de estupor. Remó desesperadamente, y por fin alcanzó a la nadadora, la cual estaba dejándose llevar, incapaz de dar una brazada.

June la estiró por la mano, por un lado de la barca.

—¡Es Amanda! —se dio cuenta con asombro—. ¡Bien, bien! ¿Quién iba a pensar que sería tan tonta?

Milagrosamente el oleaje declinó por unos momentos, y June tiró de Amanda.

—¡Vamos, ayúdate a subir! —gritó—. ¡Anímate!

Cómo llegó Amanda a subir a la barca no se supo nunca, pues Amanda tenía una pierna y un brazo magullados. Pero de alguna forma lo consiguió, y por fin se echó sobre el suelo de la barca, exhausta, temblando y dolorida. Murmuró «*gracias*», pero aparte de esto no pudo articular otra palabra.

June se halló ahora con su pesada carga de tener que remar contra la corriente. Estaba ya cansada y pronto se dio cuenta de que le era imposible. Pero la ayuda no estaba lejos. En la

piscina, unas madrugadoras bañistas habían visto la barca, y una avispada de cuarto había ido a buscar un par de binoculares. Tan pronto como vieron que a los de la barca les ocurría algo, llamaron al viejo Tom, y ahora estaba allí, acercándose para rescatar a las agotadas chicas.

Pronto estuvieron en la orilla. Habían llamado también al ama tan pronto como reconocieron a June. Pero nada sospechaban de Amanda al principio, ya que ésta se encontraba en el fondo de la barca. Las chicas se agolparon alrededor, y exclamaron horrorizadas:

—¡Oh, mirad el brazo y la pierna de la pobre Amanda! ¡Pobre chica!

Capítulo 21

AMANDA HACE PLANES

De nuevo la noticia voló al colegio como un incendio. Amanda fue al mar a nadar y había sido arrastrada por la corriente. June, que había ido a bañarse a la piscina, la vio; fue a rescatarla con una barquita, pero Amanda se había hecho mucho daño.

«*Mira que ser June quien salvara a su amarga enemiga —decían las de cursos inferiores—. El ama ha dicho que se ha desmayado. Las dos están en la enfermería».*

June se recobró pronto. El agotamiento y el pánico que había pasado motivaron la pérdida de sus sentidos. Cuando volvió en sí al cabo de largo tiempo, se incorporó de repente y anunció que se sentía bien. ¿Podía ya levantarse?

—Todavía no —repuso el ama—. Acuéstate. No quiero hablar severamente a una salvadora tan brillante, pero quizá lo haga si no te comportas como se te ordena. Ciertamente salvaste la vida de Amanda.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó June, temblando al recordar el aspecto que tenía la pierna y el brazo de Amanda cuando la sacó del agua.

—No muy bien —repuso el ama—. Las heridas del brazo son superficiales, pero en cuanto a la pierna... Dios dirá.

June permaneció echada, en silencio.

—Ama —preguntó June—. ¿Éstas lesiones le impedirán nadar o jugar al tenis este curso?

—Quizá signifiquen más que esto —repuso el ama—. Quizá signifiquen el fin de toda natación y todos los deportes para ella, a menos que se resuelvan favorablemente todas las heridas.

—Pero Amanda quería participar en los Juegos Olímpicos el año próximo —dijo June—. Además tenía aptitudes suficientes para lograrlo.

—Lo sé todo —repuso el ama—. Cuando una persona ha gozado de fuerza y salud y un estupendo don para los deportes y por una irreflexión lo ha tirado todo por la borda, es una tragedia. Me imagino lo que esta chica padecerá allí echada, acusándose a sí misma de haber sido tan atrevida.

A June tampoco le gustaba imaginárselo. ¡Qué terrible para Amanda! Y pensar que quizás ella tenía una parte de culpa, pues de haber continuado los entrenos Amanda se habría olvidado de sí misma.

—¿Puedo ir a ver a Amanda? —preguntó de repente al ama.

—Hoy no —repuso ésta—. Sé la desavenencia que surgió entre las dos; no me importa quién tuvo la culpa. No obstante, esa muchacha necesita ayuda moral, simpatía; así que no vayas a verla si no eres lo bastante generosa para sacrificar tu amor propio. Le salvaste la vida, es ya una gran acción. Ahora puedes hacer algo más simple, pero de más valor: hacer las paces con ella.

—Ésta era mi intención, ama —repuso June—. Por eso quiero verla. Sermonea usted mejor que un cura. Aún no llego a comprender por qué le tengo a usted tanta simpatía, después de los sermonazos que he tenido que oír de su boca.

—El sentimiento es mutuo —dijo el ama sonriendo—. Y ahora harás el favor de no decir nada más y de acostarte inmediatamente.

June fue recibida como una heroína cuando, por fin, se levantó y regresó a las aulas. Se oyeron vítores cuando entró, un poco embarazosamente, en la clase. De repente, insospechadamente, le invadió la timidez.

Susan le palmoteo la espalda. Felicity levantó un brazo en señal de saludo. Nora le mandó un beso aéreo. Todas le demostraron su simpatía.

—¡Hip, hip, hurra! —vociferaron las chicas.

—A ver si os calláis —dijo June—. ¿Cuáles son las noticias? Me siento como si hubiese estado fuera una eternidad. ¿Habéis preparado alguna broma?

—¡Madre mía! Si sólo hemos estado pendientes de la pobre Amanda y de ti —dijo Felicity—. Ni una sola vez hemos pensado en trucos. Pero ahora sí que debiéramos pensar en alguno bueno, aunque sólo sea para celebrar tu valentía.

—No hay para tanto —repuso June—. Estaba allí y vi a Amanda en apuros, eso es todo. Podría haber sido cualquier persona.

Pero las de segundo no querían ocultar su orgullo por June. Alicia también se sentía satisfecha y orgullosa. Bajó para darle una palmadita en la espalda.

—Buen trabajo, June —le animó—. Pero, qué mala suerte ha tenido Amanda, ¿verdad? No podrá tomar parte en nuestros torneos y quizá tampoco pueda presentarse a los Juegos Olímpicos el año próximo.

Nadie pensó que era un castigo a su orgullo. Aunque, en general, no le tenían afecto, su desgracia suscitó la simpatía.

June era tan buena como su palabra. Fue a ver a Amanda en cuanto se lo permitieron, acompañada de una gran caja de frutas escarchadas.

—¡Hola, Amanda! —saludó—. ¿Cómo van las cosas?

—¡Hola, June! —repuso Amanda, la cual estaba muy pálida y todavía agotada—. ¡Oh, vaya! Gracias por los dulces.

El ama salió de la estancia. Amanda se volvió de pronto hacia June.

—June, tengo un carácter seco, pero gracias por lo que hiciste. Nunca lo olvidaré.

—Ahora yo te diré algo —contestó June—. Lo diré por las dos, y luego no volveremos a mencionarlo; es acerca de los entrenamientos. Ambas fuimos unas idiotas. Ojalá la disputa no hubiera ocurrido, pero sucedió. En realidad las dos teníamos el cincuenta por ciento de la culpa. Vamos a olvidarlo.

—Podrías haber estado en los segundos equipos —dijo apenadamente Amanda.

—Voy a estarlo —repuso June—. Quiero estarlo. Practicaré de nuevo como nunca, y aunque no lo creas, Moira se ha ofrecido para cronometrarme en la natación cada día, y quedarse cada tarde para servirme pelotas de tenis.

Amanda se animó en seguida.

—Es estupendo —exclamó—. June, no me importarán tanto las cosas, quiero decir, no poder tomar parte en los torneos, si consigues entrar en el segundo equipo. Entonces no me sentiré desdichada.

—Bien —contestó June—. Haré lo mejor que sepa.

—Hay otro asunto —dijo Amanda—. Voy a ocupar mi tiempo entrenando a las del curso inferior, cuando me permitan levantarme. Van a interesarme todas, y en cuanto pueda sostenerme, iré cojeando por ahí. A mí no me será posible competir, pero al menos podré ver que las demás lo hagan bien.

—Bien —dijo otra vez June—. Te escogeré unas cuantas nadadoras, Amanda, para que estén preparadas para cuando tú te levantes.

—Es hora de que te marches —indicó el ama entrando de nuevo—. Cansarás a Amanda con toda tu charla. Pero ¡vaya!, pareces mucho más animada. Será mejor que vuelvas otra vez, June.

—Pienso hacerlo —contestó June, marchándose con una sonrisa—. No se coma todos los dulces de Amanda, ama. Conozco sus pequeñas triquiñuelas.

—¿Has oído lo que dice esta pequeña bribona? ¡Ahora verás! —contestó el ama cogiendo un cepillo y corriendo tras June para darle una azotaina amistosa. Pero June ya se había marchado.

El ama volvió a colocar en su sitio el cepillo, satisfecha de ver a Amanda con aspecto más animado.

—June es igual que Alicia, aquella traviesa prima suya —explicó Amanda—. Sí, y Alicia es igual que su madre. También tuve a su madre aquí, cuando era niña. Caramba, caramba, debo de estar haciéndome vieja. ¡Las bromas que la madre de Alicia solía hacerme! Es sorprendente que mi cabello no esté blanco como la nieve.

Dejó a Amanda para que hiciera la siesta. Pero Amanda no durmió. Se quedó echada, pensando. ¡Qué profundos sentimientos venían a su mente, y a la de todos los que estaban en cama, enfermos, con dolores! Amanda pensó en muchas cosas durante el largo período de tiempo que estuvo enferma.

Nadie le señaló que el orgullo siempre lleva pronto a una caída; pero ella se lo señaló a sí misma cien veces. Nadie le hizo notar que, una vez has caído, lo que realmente importa no es la caída, sino el levantarse de nuevo. Amanda pensaba levantarse y seguir. Pensaba compensar muchas cosas.

«Y si los músculos de mi pierna nunca se recuperan para que yo vuelva a hacer verdadero deporte, no me quejaré —pensó—. Después de todo, lo que importa es el coraje, no las cosas que le pasan a uno. No importa realmente lo que pase, mientras se tenga mucho ánimo para enfrentarse con ello. ¡Coraje! ¡Animo! Bueno, yo tengo ambas cosas. Seré una profesora de deportes, si no puedo hacerlos por mí misma. Me gusta entrenar, y lo hago bien. Es la segunda cosa realmente importante que tengo, y no voy a desperdiciarla».

Y así, cuando se levantó y salió cojeando, Amanda fue bien recibida por todas, principalmente por las de cursos inferiores, ansiosas de brillar ante sus ojos y demostrarle que sentían que tuviese que ir cojeando. Amanda se asombró al ver que todas lo habían olvidado y perdonado.

Dedicó todo su tiempo libre a las ansiosas niñas, el tiempo que normalmente hubiera tenido que emplear en practicarse ella si no hubiera sido por su pierna.

—En realidad es una profesora de deportes nata —comentó la profesora de gimnasia a la señorita Peters—. Y ahora vuelve a hacerse cargo de June. Y June, ¡es tan extraordinariamente dócil! Ésta chica podrá jugar en el segundo equipo en poco tiempo.

Así fue, desde luego, votado unánimemente por Moira, Sally y Darrell. Amanda sintió una punzada de orgullo, pero un orgullo diferente. Ésta vez estaba orgullosa de alguien más, no de ella misma.

—Y ahora, pequeña mía —dijo Alicia a June—, puedes demostrar de qué madera estás hecha. Habíamos confiado en que Amanda pudiera ganarnos todas las placas y copas intercolegiales que se disputan; pero ella no puede. Tú has de reemplazarla y lo conseguirás porque te lo has propuesto firmemente.

Capítulo 22

UNA BROMA DE LAS DE MAYOR ÉXITO

El próximo suceso fue algo más agradable. Las chicas del curso superior se habían examinado y habían salido airoso de la prueba. Días antes estaban todas mustias, ojeras; pero se habían recobrado milagrosamente en cuanto hubieron pasado el último examen.

—Y ahora —comentó Alicia—, necesito un poco de descanso, quiero ser tonta y reírme hasta que me duelan los costados. ¡Lo que daría yo para estar en el segundo curso y poder regodearme gastando bromitas!

E inmediatamente se sucedieron las bromas. Éstas fueron, naturalmente, planeadas por las revoltosas de segundo, particularmente June y Felicity, quienes se habían sentido apenadas por Darrell y Alicia durante su dura semana de exámenes.

Las dos habían unido sus células cerebrales y habían concebido una serie de trucos extraordinariamente bien planeados. Se los contaron a las restantes chicas de segundo, que los aceptaron alegremente.

—Todos esos trucos requieren un cronometraje perfecto —aclaró June—. El de las horquillas todas lo conocéis, y el otro es uno que he mandado buscar y que vi anunciado en un prospecto de propaganda recientemente editado, que me han enviado.

June tenía un archivo de trucos y bromas muy completo; y aunque a menudo se los «confiscaban», la infatigable June hallaba la manera de reponerlos y añadir constantemente otros nuevos.

—Al truco de las horquillas no le hemos sacado el jugo posible —dijo Felicity—; todavía podemos usarlo. Pero hemos ideado combinarlo con otro, el cual asombrará a las de sexto, así como a *Mademoiselle*.

—Bien, pero decidnos de una vez en qué consiste —insistieron las ansiosas interlocutoras. June lo explicó con lucidez:

—Prestad atención: ¿veis estas bolitas? No tienen nada de particular hasta que se mojan; entonces, al cabo de un cuarto de hora que se han sacado del agua, se hinchan imitando una pequeña serpiente, y silban.

—¿Silban? —preguntó Nora, con los ojos brillantes—. ¿Qué quiere decir que silban?

—Bueno, ¿no sabes lo que quiere decir silbar? —preguntó en tono sarcástico June—. Es como esto —y silbó tan violentamente a Nora que ésta se echó hacia atrás alarmada.

—Pero ¿cómo pueden hacerlo? —preguntó.

—No lo sé. Eso es sólo parte del truco —añadió June, impaciente—. Se hinchan hasta convertirse en pequeñas y graciosas serpientes, y mientras se están hinchando, emiten un fuerte silbido. Es más, un estridente silbido. Tengo una de ellas preparada; así que podréis verla funcionar dentro de unos minutos, cuando haga los quince que la saqué del agua.

—¡Ooooh! —exclamaron, encantadas, las reunidas. June prosiguió:

—Con algún pretexto una de nosotras tendrá que ir a la clase de sexto cuando esté *Mademoiselle* y le quitará las horquillas con el imán. Irá corriendo a peinarse como la otra vez. Entretanto, en la chimenea habrá una de estas bolitas preparadas, y al lado una pequeña almohadilla de alfileres. Pero en vez de alfileres, pondremos las horquillas que le quitaremos previamente.

—Fantástico —exclamó Catherine, bailándole los ojos—. Para cuando *Mademoiselle* haya vuelto y se haya acomodado en su pupitre, la bolita serpiente saldrá y empezará a silbar, y todo el mundo lo oirá.

—Sí —añadió Felicity—. Y cuando localicen que el silbido sale de la chimenea, se acercarán y verán la pequeña almohadilla llena de horquillas de *Mademoiselle*.

—Pero ¿no verán la serpiente? —preguntó Nora.

—No, porque se deshace cuando termina de hincharse —aclaró June—. Ni siquiera podrán verla. Esto es lo bueno de todo ello.

—Cogerán la almohadilla y se quedarán boquiabiertas. Ya veo a mi prima Alicia rompiéndose la cabeza para explicarse cómo ha podido ocurrir el milagro —comentó June, alegremente.

—Eso no es todo —dijo Felicity—. Hay todavía más. Una de nosotras irá a la habitación de nuevo y tomará el segundo montón de horquillas de *Mademoiselle*. Ella se habrá peinado otra vez y nosotras deslizaremos otra bolita en el saliente, detrás de la pizarra. ¡Con otra almohadilla de horquillas!

Las alumnas de segundo se entusiasmaron con la idea. ¡Oh, quién pudiese estar en sexto cuando todo esto sucediera!

—Y la serpiente estará escondida detrás de la pizarra, y silbando como una furia —dijo June— y cuando el silbido sea localizado, allí encontrarán de nuevo sólo una almohadilla de horquillas.

—¡Fantástico! —dijo Harriet—. ¡Estupendo! —dijo Nora.

—Es realmente ingenioso —declaró June, modestamente—. Felicity y yo misma lo discurrimos, fue una idea nuestra. Será una jugada maestra para el pobre y ya cansado curso de sexto, después de una semana de exámenes.

Averiguaron cuándo *Mademoiselle* estaría dando una lección de francés aquella misma tarde. Debería tener un descanso cuando las de segundo estuviesen libres, bien fuese para ir a nadar o jugar al tenis. Entonces sería fácil arreglárselas para deslizarse a su debido tiempo.

—El miércoles, a las cuatro menos cuarto —declaró June después de haber examinado el horario de sexto y el de su propio curso—, será el momento oportuno. Nora, tú puedes ir primero con el imán. Y Felicity irá luego, ¿no es eso?

—Yo iré primero —se adelantó Felicity—. ¿Quién mojará la bolita y la pondrá en la chimenea antes de empezar la clase?

—Yo —contestó June.

El miércoles por la tarde todas las muchachas del segundo curso estaban nerviosas y alborotadas. La señorita Parker se preguntaba qué les ocurría ahora. Pero era tan sofocante el calor, que no se molestó en hacer averiguaciones.

June desapareció escaleras arriba cuando eran casi las tres menos cuarto, con la bolsita mojada y la almohadilla de horquillas. Había un diminuto aparador en la parte superior de la chimenea y allí colocó cuidadosamente la bolita, detrás de la almohadilla, huyendo rápidamente.

La clase se formó unos minutos más tarde. Cuando *Mademoiselle* entró en el aula y se sentó, acto seguido irrumpió en la clase Felicity, que se acercó a la tarima de la profesora y le dijo:

—*Mademoiselle*, aquí hay una nota para usted —al mismo tiempo que le entregaba un sobre en el que podía leerse con la disimulada caligrafía de June: *Mademoiselle Rougier*.

—Felicity, niña, ¿todavía no sabes que mi apellido es Dupont y no Rougier? —le amonestó *Mademoiselle*—. Llévalo a la clase de quinto.

Felicity se había situado detrás de la profesora; toda la clase la miró significativamente.

Ésa irónica sonrisa en la expresión de todas las de segundo significaba algo.

Pronto vieron el imán sostenido por unos segundos detrás de la cabeza de la maestra de francés. Felicity escondió el imán en el bolsillo y tomando el sobre, se alejó rápidamente.

Fue tan rápido que algunas ni tan siquiera se dieron cuenta.

Mademoiselle notó casi inmediatamente que algo sucedía en su pelo. Tocándoselo, se expresó casi en un lamento:

—«¡Oh, lá, lá!» ¡Qué extraño! ¡De nuevo mi moño deshecho!

En vano buscó las horquillas. Sabía por su primera experiencia que probablemente no hallaría una sola. Abandonó la clase para ir a peinarse confundida y aturdida.

«¿Qué sucedía con su pelo estos últimos días? ¿Y con sus horquillas?» *Mademoiselle* empezó a considerar seriamente si sería o no aconsejable cortarse el pelo.

Entró rápidamente en la habitación, se peinó de nuevo y llenó materialmente su moño de horquillas, hundiéndolas al máximo, ¡cómo desafiándolas a salirse! Entonces volvió a la clase tanteándose el moño con precaución.

El silbido comenzó nada más acabar de sentarse de nuevo. Encima de la chimenea la bolita se estaba convirtiendo en una especie de serpiente haciendo un silbido agudo, estridente. Las alumnas de sexto levantaron la cabeza.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó *Mademoiselle*, impacientemente—. Alicia, ¿es usted la que silba?

—No, *Mademoiselle* —respondió Alicia con una mueca—. Probablemente viene de afuera.

—No —intervino Moira—. Está en la clase. Estoy segura de que es aquí.

El silbido se hizo más persistente.

—Parece el silbante ruido de una serpiente que estuviera en alguna parte —dijo Darrell—. Las serpientes silban exactamente así. Roguemos a Dios que no sea una víbora.

Mademoiselle, dando un brinco y un chillido, gritó más que dijo:

—¿Una serpiente? No, no puede ser. ¡Una serpiente aquí!

—Bueno, ¿qué demonios es pues? —dijo Sally. Todas estaban intrigadas y escuchaban en silencio.

«*Schiiiiii*», repetía la bolita sin cesar, atormentando todos los tímpanos. Los productos químicos del interior trabajaban vigorosamente.

Alicia se levantó.

—Voy a saberlo —concluyó decidida—. Proviene del hogar.

Se arrodilló poniendo sus manos en el suelo y escuchó atentamente.

—¡Es encima de la chimenea! —exclamó, sorprendida—. Lo cazaremos y veremos de qué bicho se trata.

—¡No, no, Alicia! ¡No haga eso! —chilló *Mademoiselle*, presa de pánico—. ¡Es una serpiente!

Pero Alicia se encaramó a la chimenea casi segura de que no era una serpiente. Su mano rozó sobre algo que cayó al suelo.

—¡Dios mío! —exclamó con voz atónita—. ¡Mire aquí, *Mademoiselle*, son sus horquillas!

—¡En una almohadilla! —añadió Sally.

Las alumnas de sexto curso no podían dar crédito a sus ojos. ¿Cómo podía ser que las horquillas de *Mademoiselle* apareciesen milagrosamente en la chimenea, siendo así que nadie se había acercado hasta allí? Y, ¿de dónde partía aquel silbido?

—¿Tiene alguien una linterna? —solicitó Alicia—. Bueno, el silbido se ha parado.

Así era, en efecto. La bolita estaba exhausta, agotada. La serpiente se había convertido en polvo. Cuando Alicia encendió la linterna, alumbrando sobre el aparador de la chimenea, se vio que allí no había nada que ver.

Mademoiselle estaba muy enfadada.

—¡Esto es inconcebible —gritaba—, no es digno de usted, Alicia! ¡Unas alumnas de sexto curso, comportándose como niñas de primero, qué vergüenza! ¡Primero toman mis horquillas y las ponen en la chimenea, y después se ponen a silbar! ¡Qué descaro!

—¡Nosotras no silbábamos! —protestó Darrell—. No éramos nosotras. ¿Cómo hubiéramos podido hacerlo sin que usted nos hubiese visto?

Mademoiselle pensaba que, efectivamente, eran muy capaces de hacer tales cosas milagrosas, y estaba completamente segura de que Alicia o alguna otra de ellas le habían jugado tan complicada broma de mal gusto. Tomando la almohadilla, la tiró violentamente dentro de la papelera.

—¡Abominable! —repetía—. ¡Sencillamente abominable!

Se abrió la puerta en medio de todo esto, dando paso a Nora que daba la impresión de contener la risa a duras penas. Llegó en el mismo momento de escuchar los alaridos de *Mademoiselle*, y ver cómo tiraba la almohadilla dentro de la papelera. Era casi incapaz de dominar su hilaridad. ¡Así, pues, la jugarreta había surtido efecto!

—¡Oh, perdone, *Mademoiselle*! —dijo cortésmente y sonriendo a la excitada profesora—, ¿tiene en su pupitre un libro de la señorita Parker?

Mademoiselle le tenía mucha simpatía a Nora y olvidándose del enfado, le sonrió tiernamente.

—Espera un momento —comentó, abriendo su pupitre. Como anteriormente, June había colocado allí un libro de la señorita Parker, y no tuvo dificultad en encontrarlo.

Y Nora, desde luego, tampoco tuvo dificultad alguna en sostener el imán pegado al moño de la francesa. Ésta vez todas las de sexto vieron la maniobra y se miraron. ¡Qué insolencia! ¡La segunda vez en una misma clase! Entonces pues, ¿el silbido y la almohadilla formaban parte del

mismo plan? La mente de Alicia comenzó a trabajar intensamente.

«¿Cómo lo habían hecho los «bebés» de segundo?».

Nora también había tenido tiempo de sobra para deslizar la bolita y la almohadilla en el cajoncito de la tiza del encerado. Lo cual pudo realizar sin ser advertida por las otras muchachas, porque la tapa del pupitre hacía de pantalla.

Nora cogió el libro que *Mademoiselle* le tendía, dando las gracias distraídamente y se marchó lo más aprisa que pudo, tratando de contener la risa. Al pasar por el pasillo se cruzó con la señorita Potts, quien la miró suspicazmente. ¿Qué le sucedía a Nora?

En cuanto se cerró la puerta, la francesa notó aquella sensación que ya empezaba a serle familiar: el moño se le caía de nuevo.

Horrorizada, se lo sujetó con la mano.

—¡De nuevo mis horquillas han desaparecido! ¡Mi moño está suelto!

Las chicas se desternillaban de risa. La expresión de *Mademoiselle* era tan cómica que es difícil expresarla en palabras. Suzanne reía tanto que se cayó de la silla, yendo a parar al suelo. La profesora se puso furiosa.

—Suzanne, ¿por qué se ríe tanto? ¿Es acaso la culpable de todo esto?

—¡No, *Mademoiselle*, no! ¡Me río simplemente porque es tan extraño y divertido al mismo tiempo!

Mademoiselle estaba a punto de expulsar a Suzanne fuera de la clase, porque continuaba riendo, cuando de pronto pararon las risas. El silbido empezaba nuevamente a sonar.

—¡Esto es demasiado! —exclamó *Mademoiselle* casi enloquecida, tratando en vano de sujetarse el moño—. Debe de ser esa serpiente de nuevo. ¡Alicia, mire otra vez en la chimenea!

—No procede de la chimenea esta vez —exclamó Alicia, más bien intrigada e inquieta—. Escuche, no proviene de allí.

Todas escucharon el estridente silbido. Las chicas se miraban unas a otras. Realmente las de segundo eran muy hábiles, pero ¿cómo se habían atrevido a tanto?

Darrell y Alicia, espantadas, trataban de comprender, pero sólo llegaban a la conclusión de que habría mucho que hablar con Felicity y June cuando acabase la clase.

—*Mademoiselle*, el silbido viene de su espalda —gritó Moira, de pronto.

La francesa, dando un angustiado alarido, quiso retirarse tan violentamente que no pudo evitar dar un traspies y cayó sobre la papelera. Estaba convencida de que una serpiente la seguía.

Alicia se acercó al pupitre de la profesora, mientras que Darrell y Sally la ayudaban a levantarse.

—Es en esta dirección —murmuró Alicia, acercándose al encerado.

Siguiendo la pista del silbido, llegó hasta el cajoncito del clarión y, soltando una exclamación, mostró otra almohadilla con las horquillas.

Las de sexto se quedaron boquiabiertas. *Mademoiselle* hundiéndose en una silla, se lamentaba:

—¡Son mis horquillas una vez más! —dijo—, pero ¿quién las quitó de mi moño y las puso en esta almohadilla? ¿Hay alguien aquí que sea invisible?

No había absolutamente nada detrás del encerado. De nuevo la serpiente se había convertido

en polvo fino y el silbido había cesado.

Las chicas comenzaron a reírse. Moira emitió un silbido a la espalda de la profesora y ésta se levantó como catapultada por un resorte.

La puerta se abrió, dando paso a la señorita Potts.

—¿Qué ocurre? —preguntó, tratando de descifrar la escena que estaba presenciando—. He oído algunos extraños ruidos cuando pasaba por aquí.

Suzanne seguía desternillándose de risa. Las demás se callaron. Alicia puso la almohadilla sobre el pupitre. *Mademoiselle* se sentó de nuevo tratando de sostener el moño.

—¿Es que ha vuelto otra vez a perder todas las horquillas? —preguntó la señorita Potts.

Mademoiselle trató de recuperar la voz y empezó a hablar apresuradamente acerca de serpientes que llenaban los rincones de la habitación y silbaban. De almohadillas aparecidas llenas de horquillas, de horquillas que desaparecían de su pelo... y de nuevo, volvía a hablar de serpientes y repetía la narración.

—Venga conmigo, *Mademoiselle* —dijo la señorita Potts con calma—. Le ayudaré a arreglarse el pelo.

—Iré a que me lo corten —exclamó *Mademoiselle*—. No esperaré a mañana, sino ahora mismo.

Las dos profesoras abandonaron el aula, por eso no pudieron oír lo que le contestó la señorita Potts.

—¡Éstas malvadas de segundo —exclamó Alicia—, nos han superado magistralmente!

Capítulo 23

UN ACIAGO PARA GWEN

Nadie reprendió a las de segundo. Las de sexto se divirtieron tanto a su costa, que realmente no era justo afearles su conducta. Era precisamente lo que necesitaban, después de aquella semana de exámenes que había sido una verdadera pesadilla.

—¡Pobre *Mademoiselle*! —comentó Darrell—. Ahora ya se ha repuesto del silbido de esas malvadas de segundo. Pero, durante varios días sólo oía silbidos.

—¡Éstas de segundo son peores de lo que fuimos nosotras! —afirmó Alicia—. Yo creía que nadie nos superaría; pero nuestro atrevimiento no llegó a tanto.

Ahora el trimestre transcurría veloz y agradablemente. Se jugaban diversos partidos y competiciones. Había pruebas de natación. Moira, Sally y Darrell eran unas jugadoras brillantes y nadaban a la perfección; pero la predilecta era June, desde luego. Estaba en los segundos equipos de natación y tenis, y era la más jovencita de todas.

Amanda, cojeando todavía, estaba muy orgullosa de June.

—¿Veis como tenía razón? —decía ella desafiante a las de sexto—. ¡Ésta chica es maravillosa!

Sally y Darrell se miraron entre ellas. ¡Había que ver el cambio experimentado por Amanda! Los médicos habían decidido que Amanda no realizase ningún esfuerzo durante una temporada y, puesto que no le era posible intervenir personalmente, su habilidad y destreza las comunicaba a June y otras jóvenes promesas. Había dado sugerencias y preparado competiciones.

Verdaderamente, los deportes habían elevado su nivel en *Torres de Malory*.

—No os preocupéis por June, yo continuaré vuestra labor —afirmó Amanda—. Siento que os marchéis. El colegio parecerá extraño sin vosotras. ¿No sentís tener que marcharos?

—Sí, salvo Gwen, que es la única que no le gusta *Torres de Malory* —dijo Darrell—, las demás, todas lo echaremos de menos. Pero no hablemos de cosas tristes, disfrutemos de los días que nos quedan.

Todas lo hicieron así, excepto una de las alumnas, para la cual llegó la hora del dolor.

El ama llamó a Gwen y le dijo que la directora la aguardaba en su despacho, pues le esperaba una visita.

A Gwen le sorprendió la noticia. «¿*Quién podía venir a verla cuando el trimestre estaba casi terminado?*». Bajó en seguida. La señorita Winter, su antigua institutriz, se encontraba tímidamente sentada enfrente de la mesa de la señorita Grayling.

—¡Señorita Winter! —exclamó Gwen, atónita. La institutriz se lanzó inmediatamente a abrazarla.

—¡Oh, Gwen, Gwen!... —no pudo continuar porque la congoja y el llanto paralizaron su lengua.

—Gwen —dijo entonces la directora—. La señorita Winter te trae malas noticias.

—¡Gwen, es tu padre! —habló la institutriz, dominando su emoción—. Está enfermo, lo han llevado al hospital.

Gwen sintió que el corazón se le paralizaba, haciendo un esfuerzo, pudo hablar.

—¿Ha venido a buscarme para que vaya a verlo..., si es que llego a tiempo?

—Sí. Tu madre está deshecha. Recoge tus cosas y vámonos en seguida, ¿quieres? Puede que lleguemos demasiado tarde.

Esto fue terrible para Gwen: su padre gravemente enfermo, su madre desesperada y ella misma estaba desorientada.

Cuando pensaba en su padre, Gwen se avergonzaba.

—¡Ni siquiera le dije adiós! —gritó de pronto, asustando a la señorita Winter y a la directora—. ¡Y no le he escrito ni una letra, aunque sabía que su salud no era perfecta!

¡Demasiado tarde! ¡Qué horrible palabra! Demasiado tarde para decir que lo sentía, demasiado tarde para decirle que lo quería mucho, demasiado tarde para ser buena y amable.

—Le dije crueles palabras. ¡Oh, señorita Winter! ¿Por qué me lo permitió?

—Gwen querida —dijo la señorita Grayling con amabilidad—. Estoy muy apenada por todo esto. Yo creo que deberías preparar tus cosas y marcharte en seguida, porque la señorita Winter desea tomar el próximo tren. Tu madre te necesita, y tú la necesitas a ella. Gwen, sabes que no he compartido tus ideas. Ahora tienes que actuar como una mujer. No sé si estarás preparada para afrontar la vida, aunque yo he procurado que lo estuvieses.

Gwen salió de la estancia.

Darrell entró en el dormitorio cuando Gwen estaba recogiendo sus cosas. Ésta estaba llorando y sus lágrimas corrían por sus mejillas.

—Gwen, ¿qué te ocurre? —preguntó Darrell.

—¡Oh, Darrell! Mi padre está gravemente enfermo, no se espera que viva —gimió Gwen—. ¡Oh, Darrell, te ruego que me perdones todas las cosas horribles que en cierta ocasión te dije! ¡Si solamente viviera y yo tuviera la suerte de poderle hacer olvidar todo lo malo que he hecho! Nunca pediré nada, caprichos y estupideces, y me comportaré como es debido. ¡Pero es demasiado tarde!

Darrell lamentó profundamente lo que le ocurría a su condiscípula. Le pasó el brazo por los hombros sin saber qué decirle. La señorita Winter tosió tímidamente:

—Realmente perderemos el tren si no nos apresuramos, querida. ¿Has terminado de recoger tus cosas?

—Ya la ayudaré yo —dijo Darrell, al tiempo que miraba todos los cajones para ver si se olvidaba alguna cosa.

¡Pobre Gwen! Todos sus hermosos sueños se habían convertido en humo, y sólo sabía decir «*demasiado tarde*». Pero estaban seguras de que Gwen recordaría con cariño los años pasados con ellas. La señorita Grayling salió a la puerta a despedirla, y estuvo observando con tranquilidad su partida, hasta que el coche hubo desaparecido de su vista.

—No es una mala muchacha —le dijo a Darrell entonces—. Era una niña caprichosa y

mimada; pero ahora tengo más confianza en ella que las últimas semanas, Darrell querida.

Darrell le dio a la sorprendida directora un inesperado abrazo. ¡Nunca hubiera esperado tal cosa! Y se fue corriendo a transmitir la noticia a las demás.

Algunas pensaron que aquel contratiempo era un castigo, ya que secretamente la despreciaban. En realidad, la muchacha no tenía verdaderas amigas; era demasiado arrogante y despreciativa para que nadie fuera para ella una verdadera compañera, a pesar de los años transcurridos en *Torres de Malory*. No obstante, Sally, Darrell y Mary-Lou y dos o tres más, lamentaron profundamente la desgracia que le había sobrevenido a Gwen.

La vida siguió en *Torres de Malory* su ritmo característico. Darrell y Sally entrenando a las muchachas mayores para que pudieran competir en los campeonatos de tenis. Moira con las pequeñas hacía otro tanto. También se celebró algún que otro cumpleaños, con el correspondiente regocijo y deglución de los pasteles recibidos.

Cierto día se recibió un monumental paquete. Iba dirigido a nombre de Deirdre y el remitente era Josefina Jones. Con el paquete dejaron una carta que decía así:

Querida Deirdre:

Te envío un pequeño obsequio que yo misma he preparado. Todavía no sé qué es lo que voy a hacer. Papá dice que quiere que vaya a un colegio similar a Torres de Malory. Parece que tiene uno elegido. Pero no quiero irme sin decirte que ya no soy tan idiota como antes. Papá, aunque no puede variar su manera de ser, ha modificado su forma de ver las cosas. Está convencido de que él es el culpable de cuanto hice. Mamá también ha cambiado. No suele ponerse tantas joyas y no alardea, como antes, de ser ricos.

Lamento haberte metido en un lío, y espero que todo se haya resuelto bien, puesto que la culpable era yo. Deseo poder verte alguna vez. Pienso mucho en mis compañeras de segundo (entre ellas, Felicity) y deseo que sean felices. ¿Cómo estás tú? No te olvidaré.

Pese a todo, ahora me doy cuenta de que añoro a Torres de Malory. Ahora que no estoy ahí, he comprendido lo maravilloso que era.

Deseo que este obsequio lo compartas con todas las niñas de primero y segundo curso.

Un abrazo a todas de JO.

Deirdre enseñó la carta a Felicity, quien la leyó en silencio y luego se la devolvió.

—Gracias —le dijo—. Se lo diré a las otras.

Y fue a darles a las demás la noticia.

—¿Qué os parece? No nos olvida. Nos manda un abrazo a todas las de segundo curso.

También llegaron noticias de Gwen, las cuales fueron recibidas por Darrell. El padre de Gwen no había muerto. No había sido «*demasiado tarde*». Había quedado inválido y, con sus cuidados, ahora podría demostrarle su amor filial.

Mi madre pasa un momento difícil —escribía Gwen—. Está deshecha, nerviosa. También precisa de mis cuidados. A pesar del medio ambiente en que desde mi infancia había vivido, he sabido hacer frente a las adversidades del presente. Yo no creí nunca que sería tan fuerte y valiente como tú, o Sally, Bill y Clarisa; pero resulta que sí lo soy. No comprendo cómo pude ser tan egoísta. Ahora es cuando veo con claridad lo que hace unas semanas mi ofuscación me impedía ver. ¡Cuánta razón tenías cuando me sermoneaste! Pero gracias a Dios, no ha sido demasiado tarde para enmendar mis yerros.

¡Por favor!, escribidme de cuando en cuando. Os recuerdo a todas y a Torres de Malory con nostalgia. Tengo las señas de todas vosotras y también conocéis las mías; escribidme.

Desea lo mejor para ti

GWEN

Darrell contestó de inmediato. Le escribió largamente. Darrell era feliz y el porvenir le sonreía y quería hacer partícipe a Gwen de su felicidad. Sally, Mary-Lou, Bill, Clarisa y otras también le escribieron sendas misivas. Las dos amazonas le mandaron fotografías de los establos que pensaban habilitar para establecer su escuela el próximo año.

Y llegó inexorablemente el final del último curso. Las chicas del sexto curso volverían a sus casas. Todos los familiares pronto las irían a buscar. Belinda dibujó su último «*ceño*» e Irene tecleó su último ritmo. El curso había terminado.

Capítulo 24

EL ÚLTIMO DÍA

—El último día, Darrell —dijo Sally cuando se despertó muy temprano aquella última mañana—. Y gracias que el sol brilla. Peor sería que estuviese lloviendo.

—Nuestro último día —repitió Darrell—. ¿Recordáis el primero, Sally, hace seis años? Yo era una miniatura de doce años, como ahora Felicity y June.

El último día había mucho bullicio antes del almuerzo. El ama y la directora eran las únicas que conservaban la calma. *Mademoiselle*, como de costumbre, era un manojito de nervios. La señorita Potts se mostraba tan bulliciosa como sus alumnas del primer curso.

Muchos de los equipajes habían sido ya enviados previamente; pero los que no habían salido ya estaban amontonados en el vestíbulo. Pop, el mozo, trajinaba con los más pesados, cargándolos en el coche.

Cuando se oyó el primer automóvil, las muchachas, excitadas, se asomaron para ver si reconocían a sus padres entre los primeros llegados.

—«¡*Tiens!*» —dijo *Mademoiselle*, deteniéndose—, ¿es éste el camino para ir al piso inferior? ¡Siempre se adelantan demasiado, Hilary!

—Vayamos a la piscina, Sally —dijo Darrell.

Se fueron a echar una última ojeada a la piscina, donde tantas horas agradables habían pasado y luego dieron un paseo por el camino hacia las rocas.

—Aquí se está bien —dijo Darrell—. Ahora no tengo deseo de pasearme por los jardines entre los rosales.

Las dos andaban en silencio, reflexionando sobre aquellos lugares que iban a abandonar. Habían tenido cómodas habitaciones, desde el primero hasta el sexto grado, e iban recordando lo que les había ocurrido en cada una de ellas. Las charlas en los comedores y en las diferentes clases. ¡Qué bien lo habían pasado!

Y, como lo bueno, se estaba terminando.

—¡Quién pudiera volver a comenzar! —comentó Sally—. Éste colegio es el mejor de todos, Darrell.

June y Felicity fueron a reunirse con ellas. June le dio un ligero codazo a Felicity.

—Mira, se están despidiendo de todo. ¿No las ves muy solemnes?

June cogió a las dos mayores del brazo y las increpó:

—¡Cómo! ¿Es posible que os olvidéis de dar el último adiós a lugares muy importantes?

—¿Cuáles? —preguntaron Sally y Darrell.

—Los establos, la leñera, los...

—¡No estamos para bromas! —repuso Darrell—. ¡Es nuestro último día, verdaderamente, June!

—June, hay ocasiones que no se puede bromear —intervino Alicia, que se había unido al grupo—. Para mí hoy es un día solemne. Sois ahora jóvenes; pero os aseguro que el día que tengáis que abandonar para siempre este recinto os ocurrirá lo mismo.

Y ante la sorpresa de June, su prima la tomó por los hombros y le dijo, mirándola a los ojos:

—June, ocupa mi lugar. Lleva muy alto el estandarte del colegio. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —repuso June, muy seria y solemne—. Yo..., yo recordaré siempre estos instantes, Alicia.

Alicia soltó a June.

—Muy bien —asintió—. No dejes que las tradiciones se pierdan. Recuerda que nuestras propias hijas tendrán que venir el día de mañana.

—Y tomarán lecciones de equitación en el picadero de Bill y Clarisa —terminó Felicity, haciendo sonreír a las otras.

Observaron que habían llegado muchos automóviles.

—Vamos —dijo Alicia—. Veo que los familiares empiezan a llegar. Espero que mi hermano Sam vendrá a recogerme. Me lo prometió.

En la sala todos estaban reunidos en grupos. *Mademoiselle* estaba con algunas personas, charlando amistosamente, y Suzanne también daba largas explicaciones de sus progresos. La señorita Potts pasó llevando un par de pijamas que, aparentemente, alguien se había encontrado en la habitación de alguien. El ama mostraba un semblante ansioso y triste. Nadie hubiera imaginado tal cosa de ella. Era el resultado de la excitación de todo el día.

—¡Darrell! ¡Felicity! —las llamaron de pronto. Era la voz del señor Rivers—. ¡Ya estamos aquí! ¿Cómo os encontráis? ¡Os vemos mucho más crecidas!

—¡Oh, es papá! —gritó Felicity, arrojándose en sus brazos—. Vamos, de prisa, Darrell. ¿Ya tienes tus cosas?

—Sí, y mi raqueta —repuso Darrell—. ¿Tienes tú la tuya?

Felicity desapareció corriendo. El señor Rivers abrazó a Darrell riendo.

—¡Ha desaparecido en el acto! —dijo.

—¡Adiós, Darrell! ¡No te olvides de escribirme! —gritó Alicia—. Ya nos veremos el próximo mes de octubre en San Andrés.

Se volvió en redondo, tropezando con *Mademoiselle* y pisándola.

—¡Oh, lo siento, *Mademoiselle*!

—Siempre pisándome —repuso *Mademoiselle* simulando enfado—. ¿Has visto a Catherine? Ha olvidado su raqueta.

Felicity volvía ya corriendo con su raqueta.

—¡Adiós, *Mademoiselle*! ¡Tenga cuidado con las serpientes durante las vacaciones!...

—¡Ahhhhh! ¡Tú, pequeño demonio! —dijo *Mademoiselle*—. «*Lees ssssss*».

La señorita Grayling estaba atónita y lanzó una furiosa mirada a *Mademoiselle*. Ésta, muy confusa, desapareció inmediatamente.

Darrell reía.

—¡Oh, querida! ¡Te adoro por este pequeño minuto de diversión que me has proporcionado al

marcharme! ¡Vamos, papá y mamá! ¡Adiós, señorita Grayling! ¡Adiós, señorita Potts, adiós, *Mademoiselle!* ¡Adiós, *Torres de Malory!*

Y adiós también a ti, Darrell, hasta la vista. Nos encanta haberte conocido. Adiós.

Notas

[1]Lacrosse: Juego por equipos parecido al hockey sobre hierba, pero que se practica con un palo o raqueta que lleva una bolsa de red y se juega principalmente en los países anglosajones.<<

[2]«Police», policía; «Please», por favor. (N. del T.)<<

[3]Juego de palabras intraducible, que significa delicioso. (N. del T.)<<